

BIBLIOTECA DE «APOSTOLADO FRANCISCANO»

COLECCIÓN CHINA

VOLUMEN III

P. José María de Iruarrizaga

O. F. M.

Misionero Apostólico en Shensi



Religiones dominantes en China



GUERNICA
(VIZCAYA)

Imp. de Goitia y Hormaechea

1922

RELIGIONES DOMINANTES EN CHINA



Religiones dominantes en China

Observaciones hechas y notas
tomadas sobre el terreno por el

P. José María de Iruarrizaga

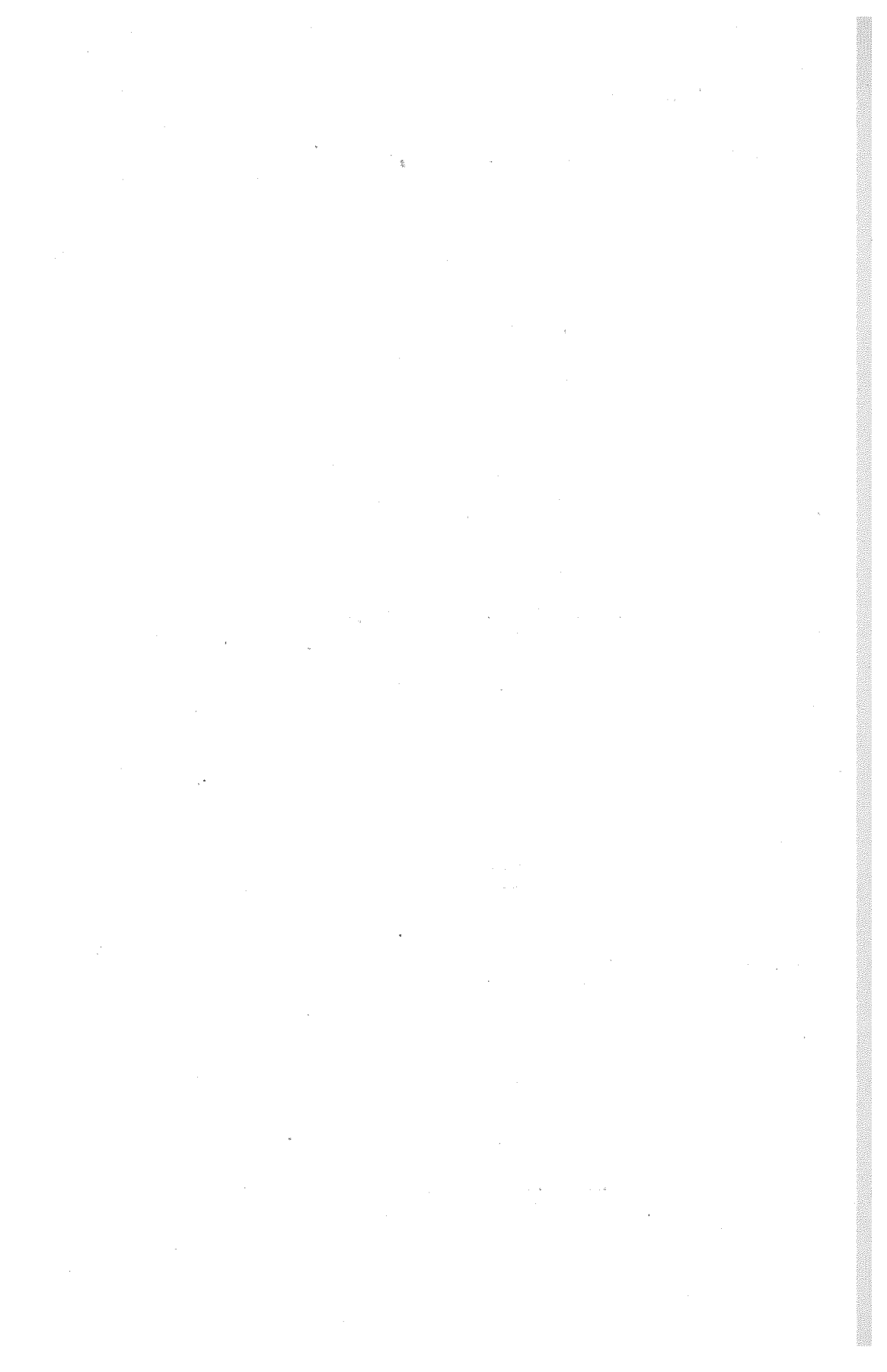
Franciscano

Misionero Apostólico en Shensi

221.53



GUERNICA
(VIZCAYA)
Imp. Goitia y Hormaechea
1922





A GUISA DE PRÓLOGO

EN pleno mar, viajando hacia la China como misionero, vino a mis manos una publicación extranjera, en la cual se insertaba un hermoso artículo intitulado *Misión religiosa y científica del misionero católico*. En estos momentos no recuerdo ni el nombre de la revista ni el del autor del artículo; pero sí que me entusiasmó en gran manera, y que me hizo concebir buenos propósitos, en cuanto fuesen compatibles con mi poquedad intelectual. (1)

El principal deber del misionero católico, decía poco más o menos el articulista, es propagar el Santo Evangelio, catequizar a los pobrecitos infieles, sumidos en las tinieblas de la idolatría, y poner las verdades necesarias para la salvación eterna al alcance del mayor número posible de almas. Esta es su santa y divina misión; este el fin primordial de su vida de perenne sacrificio. Para eso ha abandonado su patria, su familia y sus más caras afecciones, y condenándose voluntariamente, en aras del amor de Dios, a un trabajo ignorado y penoso. Por esto, despreciando cuanto de halagüeño y seductor ofrece el mundo a su juvenil edad, se presenta impertérrito ante las enfermedades, las decepciones, la barbarie, la traición, el abandono y la muerte. Toda su vida, el misionero católico deberá tener presente los caracteres de su vocación, para conservar cuidadosamente el fuego santo del entusiasmo que Dios enciende en su corazón generoso.

La misión que la Providencia confía al misionero católico es la más admirable, más hermosa y sublime que puede darse. Esto lo admitirá fácilmente quien tenga su mente iluminada con los esplendores de la fe católica; y aun los que no la tengan, pero que sin embargo se preocupen del progreso social de la humanidad, reconocerán sin grande di-

(1) Posteriormente he sabido que la revista se llama *Antrophos*, y el artículo es de Alejandro Le Roy (1906, pág. 3).

ficultad la virtud civilizadora del Cristianismo, y, en consecuencia, sabrán interesarse por los trabajos del obrero apostólico. El Evangelio ha puesto ante el mundo un ideal. Hasta el presente, los pueblos todos que lo han aceptado, han marchado visiblemente hacia un estado moral superior. Ahora bien, ¿por qué en adelante no sucederá lo mismo con los pueblos bárbaros a los cuales sea propuesto el mismo ideal?

El misionero puede también ser de grandísima utilidad a su Patria. No que deba constituirse en un agente político, porque si lo hiciera, olvidando su misión, comprometería a la vez las dos causas que trata de servir. Pero no cabe duda que en las colonias de su propia nación es necesario un elemento de moralidad, de educación, de progreso moral y material, que en su seno encierra el Catolicismo. Y en los países extranjeros, ¿no puede hacer mucho, muchísimo, por su Patria idolatrada el misionero que sabe conquistarse la estima y el afecto de los indígenas?

Misionero de la Patria, misionero de la civilización, el misionero católico puede ser también misionero de la ciencia. Puede serlo, y hasta cierto punto, puede exigirse de él que lo sea efectivamente. Verdad es que, como hemos dicho, el objeto primordial del misionero católico es propagar el cristianismo en un país no cristiano, y establecer en medio de un pueblo infiel ese foco de luz, de calor y de moral salubridad que se llama Iglesia católica. Mas para llegar al logro de esta divina misión, necesario es que el obrero apostólico, bajo la sabia dirección del jefe de la Misión, se forme ante todo un plan de campaña, lo cual pide forzosamente estudio y conocimiento del país y de sus habitantes, de las costumbres, leyes, religiones, idiomas, etc. Este estudio, en manera alguna es extraño al cumplimiento de sus deberes; antes al contrario, le es necesario, y cuanto mejor conozca el campo donde se decide a trabajar, menos se expondrá a cometer faltas, a veces irreparables, y mayores probabilidades tendrá de feliz éxito en su empresa.

Por lo que hace al conocimiento del país, como la Misión ordinariamente no dispone de medios suficientes ni de abundante personal, se ve imposibilitada de ocupar toda una región. Es, pues, necesario elegir, y para elegir han de hacerse por fuerza viajes, estudios, composiciones... a fin de establecer los centros de misión, luego las estaciones, después las simples paradas; en fin, una estrategia elemental. Por consiguiente, hasta por su propia vocación tiene que conocer el misionero la geografía física del país que evangeliza, las vías de comunicación, sus obstáculos, sus bosques, sus montañas, sus desiertos; tiene que estudiar la naturaleza general de los terrenos, darse cuenta de la densidad de la población en tal o cual punto determinado, examinar las relaciones de

un pueblo con otro pueblo, de una tribu con otra tribu, de una familia con otra familia. ¡Cuántos servicios puede rendir y rinde de hecho el misionero católico a la ciencia geográfica!

Y aquí ocurre una reflexión muy digna de tenerse en cuenta. Las listas de los viajes de exploración y de científicos descubrimientos hechos en estos últimos tiempos es verdaderamente admirable. Pero también es muy cierto que, por el apresuramiento del explorador y por el deseo de mostrar al mundo sus múltiples descubrimientos, se han acumulado nombres de villas, villorrios, tribus, pueblos, ríos, montañas y desiertos sin conocimiento de la lengua indígena, sin una inquisición seria y madura, fiándose en la buena fe de un guía o de un intérprete, quien no comprendiendo la importancia de lo que se le preguntaba, y fatigado tal vez de las cuestiones que se le proponían, no era el más adecuado para dar respuestas que significasen idea exacta de las cosas. En cambio, un misionero que sabe la lengua del país, porque debe poseerla para el cumplimiento de su divina misión, puede enriquecer admirablemente las noticias geográficas de sus misiones y subsanar no pocos errores.

Pero mejor aún que el país mismo, ha de procurar el misionero conocer a los habitantes. Cuál es su historia, cuál su pasado, cuál su presente. Sus costumbres, sus leyes, su mentalidad propia. Nadie como el misionero puede, en el curso de los años de apostolado, conocer su pueblo. Es más: debe consagrarse a su estudio si quiere ser bien recibido, apreciado y amado; si quiere gozar de la influencia que le es indispensable para el fructuoso ejercicio de su ministerio; si quiere, en una palabra, adquirir en un pueblo indígena carta de naturaleza, y ser, como San Pablo, «todo para todos». Negro con los Negros, Amarillo con los Amarillos, Rojo con los Rojos.

Con estas costumbres y manera de ser de los pueblos, tienen relación necesaria las creencias y prácticas religiosas. Se ha dicho alguna vez, y este es uno de los prejuicios que se lanzan contra nosotros, que el misionero católico no puede conocer ni apreciar bien las religiones paganas; porque siendo su misión combatirlas, y hallándose por adelantado convencido de su falsedad, ¿cómo puede ser imparcial y desinteresado su testimonio?—Somos fanáticos según muchos.—Los fanáticos no se encuentran entre nosotros, digo yo; los misioneros estamos en las mejores condiciones para estudiar y conocer las religiones paganas; lo mismo, por ejemplo, que un médico europeo es, entre los exploradores, el más calificado para darse cuenta de la terapéutica indígena.

Ahora bien; si el examen se hiciese con un poco de inteligencia, podrá fácilmente descubrirse entre las religiones y creencias de los pue-

blos, aun los más atrasados, un fondo de doctrina que pudiera servir muy bien de apoyo a los dogmas y a la moral del Cristianismo. La creencia en un Ser supremo que rige y gobierna el Universo, y en los espíritus que, o son amigos del hombre, o buscan su ruina, la vida futura del alma, la necesidad de la plegaria, el sacrificio creído y practicado en todos los países, la noción del pecado, la obligación moral de la justicia... y mil otras creencias prácticas, son problemas demasiado interesantes, y en los que el misionero tiene imprescindiblemente que fijarse para el ejercicio de su apostolado.

Porque es indudable que hay infinidad de religiones diseminadas y dispersas a manera de sillares de un vasto edificio, que abrigó por algún tiempo a la primitiva humanidad; y rastros que revelan la majestad y grandeza de tan soberbio edificio, encontramos en todas partes, lo mismo en el fetichismo de los negros de Africa que en los cultos religiosos de la India y de China.

Y ¿qué decir del conocimiento de las lenguas? Este estudio ya no es facultativo para el misionero, como puede serlo tal vez el de otras ciencias y conocimientos; es verdaderamente obligatorio. No temería afirmar que es poco digno del calificativo de misionero quien no se halla en condiciones de instruir al indígena en su propia lengua. El misionero no puede contentarse con que le entiendan los indígenas, como lo haría un viajante o un comerciante. El honor de la Religión, a la cual representa, exige de él la obligación de hablar correctamente la lengua del país que evangeliza, y cuanto más su manera de expresarse se aproxime a la de los indígenas, mayor será la consideración, el aprecio y la confianza en que se le tenga, y, por consiguiente, con mayor gusto y aceptación se escucharán sus explicaciones en materias religiosas.

Además, existe otra razón, más grave aún, para que el misionero consagre todos sus esfuerzos al estudio de las lenguas indígenas, así como también al de las leyes, costumbres y religiones; y es la obligación de no comprometer la alta misión que se le ha confiado, sea introduciendo en la religión que predica expresiones y prácticas poco dignas o condenables, sea imponiendo a todo un pueblo la reprobación de usos seculares y perfectamente legítimos. Recuérdese, al efecto, el asunto de los ritos chinos y malabares, que ha sido uno de los más largos y espinosos que la Santa Sede ha tenido que resolver.

Nada digamos de otras ciencias y conocimientos a que, sin perjuicio de sus deberes, y frecuentemente hasta para el más exacto cumplimiento de los mismos, puede consagrarse el misionero: historia, derecho, propiedad, represión de crímenes y delitos, estado social de la mujer y del niño, política, administración, botánica, geología, medicina, etc.

¡Qué horizontes más amplios y útiles se abren a las miradas del misionero!

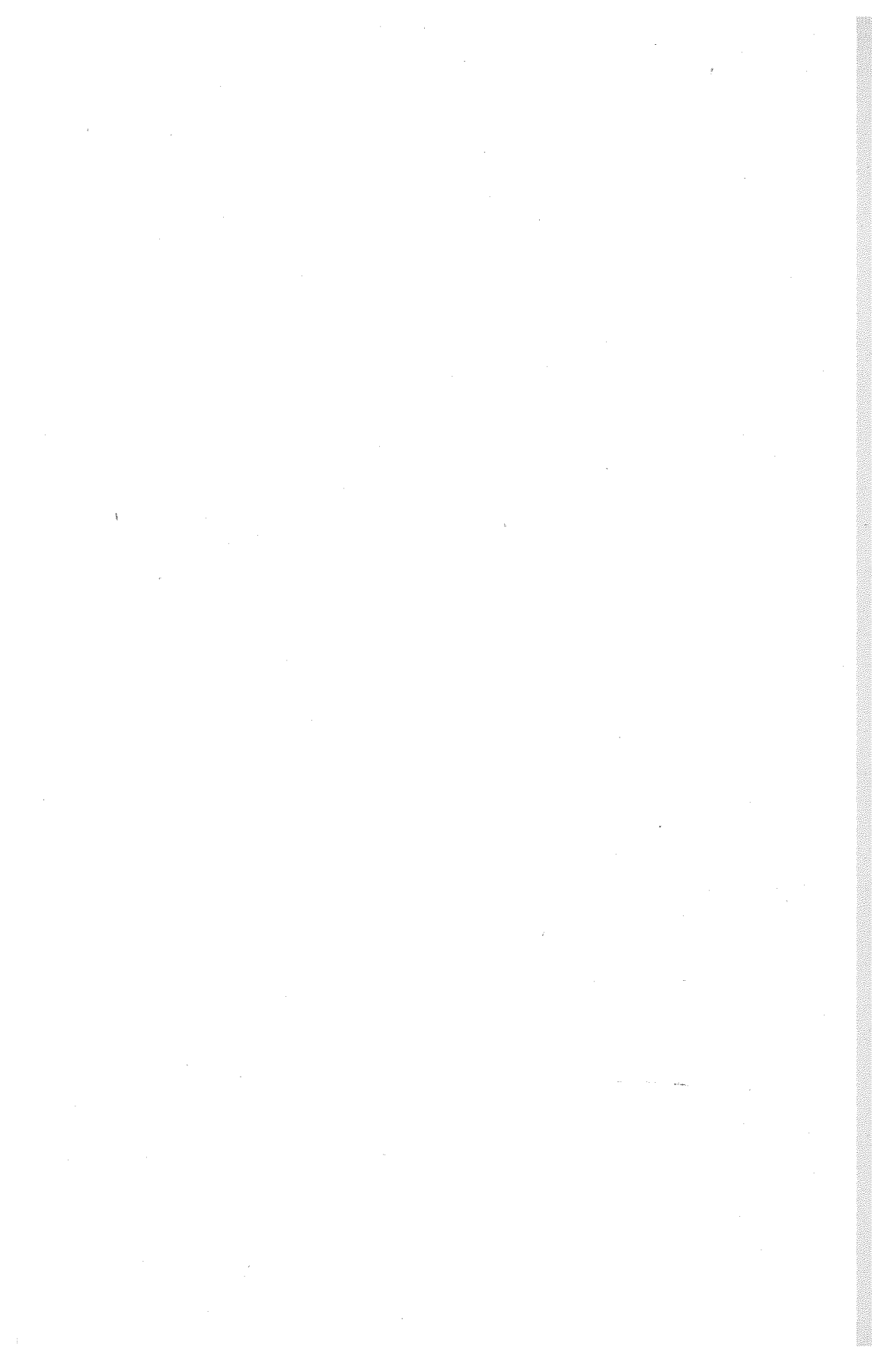
Con la historia en la mano puede afirmarse redondamente que los misioneros han suministrado datos fundamentales a la filología comparada, a la etnología, a la historia comparada de religiones, mitología, etc.

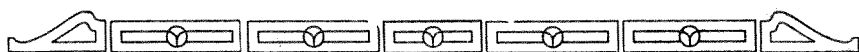
Todas estas ideas me sugirió la lectura de la publicación extranjera de que he hablado al principio, y clavándolas en el alma, he procurado amoldar a ellas mi espíritu en mis años de misión, tal como ha sido siempre la tradición gloriosísima del Instituto al que tengo la felicidad de pertenecer. He aquí expuesto, en pocas palabras, la explicación de este librito.

FR. JOSÉ MARÍA DE IRUARRIZAGA

O. F. M.

Yenanfu, Shensi (China), fiesta de San José, Esposo de María, de 1918.





PRELIMINAR

Por el estudio de las religiones de la antigüedad en su origen y en sus formas diversas, fuera tarea fácil comprobar que la doctrina de la unidad de Dios nunca se ha borrado completamente de la conciencia de los pueblos. Alterado, disfrazado, desfigurado y todo, el monoteísmo se ha conservado como un débil recuerdo, como un eco lejano, como un resto inmortal de la religión primitiva del género humano. A través de esa multitud de dioses creados por la imaginación de los pueblos, aparecía un Dios Supremo, al cual todos los otros dioses le estaban subordinados. Comenzando por el sistema mitológico de los griegos, no se hallará una teogonía en la cual esa jerarquía de celestes poderes no termine o tenga por resultado un poder soberano que los domine y les conduzca a la unidad. Aunque esta subordinación de divinidades inferiores a un Dios soberano estaba muy lejos de expresar claramente el dogma de la unidad de Dios, lo insinuaba, sin embargo, cual creencia primitiva, de la cual la humanidad fuera separándose gradualmente.

Y lo que decimos de la idea de Dios, podemos afirmar también del conjunto de las verdades que constituyen lo que ordinariamente llamamos la religión natural, tal como la inmortalidad del alma, las penas y las recompensas de la vida futura. Ciertamente que, aun en esto, errores de diferente naturaleza habían pervertido el sentido religioso y moral de las mismas, pero no en tal grado que no existiesen vestigios comprobativos de lo que fueron las creencias primitivas del género humano.

Esto demuestra que no ha habido en la historia de la humanidad época alguna en la que la luz de la verdad haya faltado completamente a los hombres. Si el espectáculo sublime del Universo no hablaba de lleno al corazón de muchos mortales; si la voz de la conciencia veíase con frecuencia ahogada por el grito de las pasiones; si la verdad no llegaba sin mezcla de errores por el canal de la tradición, sin embargo, este triple testimonio no había perdido absolutamente toda su fuerza,

toda su claridad y brillantez. Con la ayuda de lo poco que aún quedaba de la revelación primitiva, la reflexión natural podía salvar el espíritu de los paganos de caer en una ceguera fatal.

Del estudio de la religión de los primitivos chinos, y aun del degradante politeísmo, en el que se encuentran sumidos en nuestros días, se desprende evidentemente ese hecho incontestable y común a todos los pueblos del Universo: el conocimiento y la adoración hacia un Dios Supremo, personal y único. Ese Dios es para los chinos de hoy, como para los de otros tiempos, el Shang-ti (Sublime Soberano, Soberano Emperador), o bien el Sang-tien (Sublime Cielo), o el Laot'ien-je (Eterno). Todo chino tiene conciencia de ese Ser, Señor Supremo y Justiciero, que aún domina en el Universo. No existen templos ni imágenes de ese Ser; es más, la noción que de él se tiene no es tal vez ni espiritual siquiera. Para el chino ese Ser es uno, invisible, creador, remunerador. Hace todo cuanto quiere; su voluntad, sus designios, sus ordenamientos, son la providencia celeste. Feliz y bienaventurado en sí mismo, vive absorto en gozo perenne y perpetuo. De él procede toda autoridad sobre la tierra; el Emperador debe ofrecerle sacrificios para obtener el bienestar del Imperio. No existiendo nada que sea digno de ofrecerle, el vulgo contentase con presentarle los sentimientos del corazón, homenaje espontáneo en las circunstancias críticas de la vida, y que se traduce por una exclamación de dolor, de despecho o desesperación.

Es decir: que la semejanza, la afinidad, por decirlo así, los puntos de contacto que encontramos en el fondo de las creencias del pueblo chino con las creencias primitivas, nos llevan insensiblemente a recordar la unidad del género humano, y nos prueban que la religión del Imperio celeste no es más que una desviación lejana de la verdadera religión revelada.

Al lado de este reconocimiento universal, aunque vago y oscuro, de un Soberano y Único Señor, se han propagado en China varias especies de religiones o sectas religiosas, que han tenido por adictos, indistintamente, a todos los habitantes del Imperio. Tales son el Taoísmo, el Confucianismo, el Budismo y la Religión popular. Digamos algo acerca de cada cual de ellas.



TAOISMO

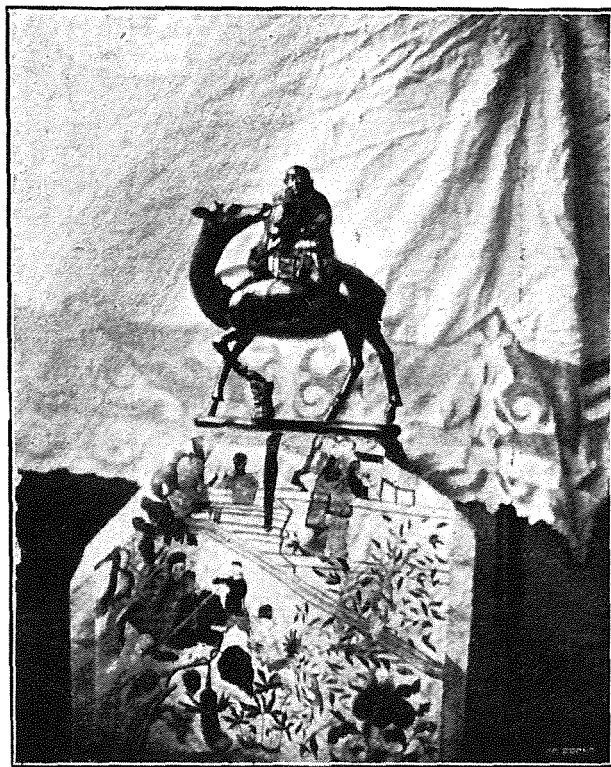
**Lao tse.—Su Tao-Tei-Kin.—Filosofía dogmática de este libro.—
Filosofía moral del mismo.—Resumen**

Lao tse.—La leyenda popular china dice que su madre llevó a Lao tse en el seno por espacio de ochenta años; que al nacer el filósofo —año 604 antes de Jesucristo, en la época misma en que Nabucodonosor subía al trono de Babilonia—tenía los cabellos completamente blancos, y de ahí le viene el nombre de Lao tse, que significa *niño viejo*. Los pintores le representan siempre como un venerable anciano montado en un buey, el cual buey corre *a todo* galope y como retorciéndose y replegándose sobre sí mismo, molestando, al parecer, por el excesivo peso, mientras el filósofo, aterido de frío, se envuelve en ancho manto, y su poblada barba blanca y su rostro sonriente, indicando bondad y malicia al propio tiempo, le comunican un aire cómicamente sarcástico y astuto. A Confucio—del cual hablaremos después—suele compararse con Sócrates, y si esa comparación vale, debe también valer la comparación entre Lao tse y Diógenes; montado sobre un buey, con aire indiferente y descuidado, hace pensar en la linterna del filósofo griego.

Profundo y sutil pensador, Lao tse se lanzó con avidez a la meditación de cuanto la metafísica tiene de elevado y abstracto. Vivía siempre abstraído, como habitando el mundo invisible de las inteligencias. No obstante haber pasado la mayor parte de su vida en la soledad, sumido en la contemplación de verdades abstractas, hizo algunos viajes con objeto de adquirir nuevos conocimientos, *a los países del Occidente*. Es probable que llegase a la Persia atravesando el Himalaya (entre la China y el Indostán), o pasando por Samarkhanda (Turkestan), a la Asiria, países conocidos por los chinos con el nombre general de Tatsin. En estas peregrinaciones hubo de tener frecuentes discusiones con los secuaces de Buda y aun con los judíos. Su carácter poco comunicativo

y su repugnancia a exhibirse, han sido la causa de que se tengan muy pocas noticias de esta parte de su vida, tal vez la más importante; el vacío nunca se llenará.

De vuelta a su Patria, la decadencia moral no menos que la intelectual y social de sus compatriotas, le llegaban al alma, y trató de con-



EL FILÓSOFO LAO TSE

vertirse en reformador social del País. En sus escritos se encuentran bellísimos textos, y párrafos tan hermosos acerca de la creación del mundo, de la divinidad y de diversos puntos de moral, que diríanse entresacados de los libros de la teología católica; lo que, dicho sea de paso, demuestra cómo estos conceptos fundamentales continuaban aún vivos y latentes entre las tradiciones del pueblo chino y en su Teogonía. Con el reclamo y el carácter religioso que dió a sus doctrinas, el filósofo Lao tse se atrajo innumerables discípulos y admiradores, y no sólo la gente vulgar, sino muchísimos sabios acudían a él con la confianza que se deposita siempre en un grande y vigoroso árbol que esparce alrede-

dor la riqueza de sus frutos maduros y la refrigerante sombra de su ramaje lleno de humor y de vida. Mas la metafísica de las doctrinas de Lao tse y su genio poco comunicativo, fueron causa de que poco después de su muerte—misteriosa cual fué su nacimiento—sus doctrinas, sus enseñanzas todas fuesen muy desfiguradas por sus propios discípulos que, llevados tal vez de una admiración excesiva hacia el Maestro, han propalado acerca del mismo leyendas absurdas, en las que el ridículo corre parejas con lo maravilloso e increíble. Los verdaderos sabios de la China conocen perfectamente la falsedad que encierran estas leyendas, pero aprovechanse de ellas para atacar con violencia a los taoístas; nos referimos a los confucistas.

La doctrina de Lao tse, aunque célebre, dista mucho de haber adquirido el renombre de la de Confucio. Lao tse carecía del espíritu de proselitismo y del deseo de ser visto que animaba siempre a Confucio. El carácter y genio de estos dos sabios eran enteramente opuestos, y Lao tse cuyo programa de apostolado era decir la verdad con franqueza y hasta con sutil ironía, reprendió muchas veces el fausto y la vanidad de Confucio. «El sabio, le decía, es amante de la humildad y del retiro y huye de los empleos públicos que signifiquen ostentación y honor; el que es sinceramente virtuoso y verdaderamente grande, no hace gala de sus virtudes ni las anuncia a todo el mundo siempre que se le presenta ocasión para ello». Confucio vióse humillado y calló, pero en sus conferencias con sus admiradores y discípulos, nunca, o rarísima vez, hacía mención de Lao tse. El antagonismo de carácter y doctrinal de los maestros pasó a los discípulos y se ha perpetuado hasta nuestros días, por lo cual, al estudiar las cuestiones filosóficas de la China, es preciso vivir alerta y saber a cuál de las dos escuelas pertenecen los autores cuyos libros vengan a nuestras manos.

El Tao-Tei-Kin.—No se puede comenzar a hablar del Taoísmo como religión dominante en China, sin emitir algunas nociones preliminares acerca del Tao-Tei-Kin, el libro por excelencia de Lao tse, fundador de esta secta religiosa.

El Tao-Tei-Kin tiene dos partes; por esta razón, la obra fué llamada por espacio de mucho tiempo *Tao-Kin*, libro de la Razón, y *Tei-Kin*, libro de la Virtud. Los chinos tienen la costumbre bien antigua de designar las partes de un libro por las palabras que se encuentran al principio del mismo. Más tarde se juntaron los títulos de ambas divisiones, y se ha llamado Tao-Tei-Kin, libro de la Razón y de la Virtud.

Tao tse se manifiesta en este libro filósofo de verdad, moralista juicioso, teólogo eminente y metafísico sutil. La majestad de su estilo y algo también de su obscuridad, recuerdan a Platón. Las opiniones de

Lao tse acerca del origen y de la constitución del Universo, ni son fábulas ridículas ni chocantes absurdos; antes bien, ofrecen el sello y la característica de un espíritu noble y elevado, y hasta en los sublimes desvarios que le distinguen, se nota una conformidad sorprendente e incontestable con las doctrinas que profesaron más tarde las sectas de Pitágoras y Platón. Como los Pitagóricos, Lao tse admite por causa primera el Tao (Razón), Ser infalible, increado, que es el tipo del Universo, y considera a las almas como emanaciones de la substancia etérea, a la cual se reúnen después de la muerte. Como Platón, niega a los malos el derecho de volver a reunirse con el alma universal.

Filosofía dogmática de este libro.—En este libro, Lao tse comienza *ab ovo*, por decirlo así, y en un amplio y profundo vuelo del pensamiento, digno de él, nos revela (cap. 25), que «antes del caos que precedió al nacer del cielo y de la tierra, existía un Ser, inmenso y silencioso; Ser inmutable, infinito, inmortal, obrando siempre sin cambiarse jamás. A ese Ser puede considerársele como padre del Universo. Yo ignoro su nombre, dice Lao tse, pero por darle uno, lo llamo Tao (Razón). El hombre tiene su modelo en la tierra, la tierra en el cielo, el cielo en el Tao, el Tao en sí mismo».

Un autor de la escuela de Lao tse, Ko-tchang (1200 de J. C.), ha hecho acerca de este pasaje de su maestro una glosa admirable, que se creería entresacada de las obras del Angel de las escuelas más bien que de la pluma de un filósofo pagano chino. «El Tao, dice, no tiene ni principio ni fin; no se modifica; no cambia jamás; no tiene cuerpo ni se halla en lugar determinado; nada le sobra, nada le falta, y ni aumenta ni disminuye. No es amarillo, ni rojo, ni blanco, ni azul; carece de interior y exterior, como de bajo y alto, de sonido y de olor. Se extiende por el cielo y la tierra, y hállase en todos los seres; es la fuente de todo lo que nace y raíz de todas las transformaciones. El cielo, la tierra, el hombre y las criaturas todas, necesitan de él para vivir; conserva y nutre a todo lo creado como una madre a sus hijos. Por esta razón Lao tse ha dicho de él que puede considerársele como madre de todos los seres».

Para colmo de singularidad, Lao tse ha dado a este Ser supremo un nombre hebreo, el que en los libros sagrados viene a significar «el que ha sido, es y será», Jehová. En el capítulo 14, dice: «Mirad al Tao y no le veréis, porque es Y, incoloro; escuchadle y no le oiréis, porque es Ky, áfano; tentad de tocarle y no le palparéis, porque es Wei, incorpóreo; tres incomprensibles unidos que *hacen uno sólo*. Ni el que está arriba es más resplandeciente, ni el que se halla abajo más obscuro. Es eterno y no puede tener nombre; llámasele forma sin forma, imagen

sin imagen; es impenetrable. Si le buscáis, no os es posible hallar su rostro por delante, ni la espalda por detrás.

El *divino* Platón, dice Abel-Remusat (1), que creía en el dogma misterioso de la Trinidad (2), parece como que tenía miedo de revelarlo a los profanos. Por eso lo encubría con tupido velo en su famosa carta a los tres amigos; y en la que escribía a Dionisio de Siracusa, le anuncia que se lo explicará por enigmas, no suceda que, viniendo sus tabletas a manos de algún desconocido, éste no pueda leerlas ni comprenderlas.

No lo hizo así Lao tse, y es lo cierto que una de las cosas que con más claridad y expresión se dicen en su libro, consiste en afirmar que un Ser Trino ha creado el Universo. «El Tao, dice en el capítulo 42, ha producido *Uno*; Uno ha producido *Dos*; Dos ha producido *Tres*; Tres ha producido todos los seres. Los seres todos huyen de la calma y buscan el movimiento; un soplo inmaterial forma la armonía». Uno de sus discípulos, Li-se-tsai, dice comentando este texto: «Cuando el Tao hallábase como reconcentrado en sí mismo, *Uno* no existía aún; *Dos* tampoco existía, porque *Uno* no se había dividido todavía ni difundióse por el Universo para formar los seres. Desde que hubo *Uno*, es decir, desde que el Tao se difundió al exterior, al momento hubo *Dos*; *Dos* han producido un tercer principio y formado la *armonía*. El soplo de la armonía o tercer principio ha producido todos los seres». Un poco obscuro es, como se ve, todo esto; pero maestro y discípulo insinúan el admirable misterio de la Trinidad.

En el capítulo 51 habla de la providencia divina cuando dice: «El Tao ha producido todos los seres. El los conserva y los hace crecer, los alimenta y protege. El que ha creado todas las cosas, de ninguna de ellas tiene necesidad; no se gloria de la creación, pero reina sobre todos los seres y los hace libres».

Y en el capítulo 73 se refiere a la justicia de Dios, cuando dice: «La red del cielo es inmensa, y si bien sus mallas son anchas, nadie puede escaparse de caer en ellas». Uno de sus admiradores, explicando este texto, dice así: «El cielo no lucha con los hombres, pero triunfa de todos ellos. Sea cual fuere la severidad de las leyes penales de un Reino de la tierra, hay culpables que consiguen evitar los castigos que les son debidos. La red del cielo, dice el maestro, es vasta; sus mallas anchas, pero ni uno sólo de entre los hombres puede librarse de recibir el castigo que por su culpa merezca». ¡No olvidemos que Lao tse vivió en este mundo por los años 700 antes de Jesucristo!

(1) Memoire sur la vie et les œuvres de Lao tse.

(2) Entiéndase bien esta afirmación del notable sinólogo; porque el dogma de la Trinidad es un dogma esencialmente cristiano, y no judío, ni mucho menos platónico.

Filosofía moral.—Muy digna de su dogmática es la filosofía moral de Lao tse. Aunque, naturalmente, no con la claridad y expresión que en la doctrina católica, en el Tao-Tei-Kin se habla sin ambages ni rodeos del dogma de la vida futura, consolador para el alma cristiana y base de toda moral seria. Hagamos un ligero resumen de los puntos principales de la moral de Lao tse.

1.º El hombre debe esforzarse por imitar al Tao e identificarse con él. «Si el hombre, dice el capítulo 23, se entrega al Tao (Ser divino y fuente de toda existencia) sin reserva alguna, identifiqúese con él; si se entrega a la Virtud (Ser divino también e instrumento por el que todo ha sido hecho), se identifica con la Virtud; mas si se entrega al crimen, identifiqúese con la vergüenza del crimen».

2.º El hombre debe aplicarse al conocimiento de sí propio. En el capítulo 33, dice: «Quien a los demás hombres conoce, es instruído. Quien se conoce a sí mismo, hállase iluminado y rico de una vida interior. Fuerte es quien sabe vencerse. El que muere y no perece, goza de eterna longevidad». Es decir, según reza la glosa, su corazón muere, pero el alma vive para siempre. El alma sensitiva se apaga, mas el alma racional conserva su luz y su vida. Y el cuerpo humano, según otra glosa, es como la envoltura de una cigarra o la piel de una serpiente. Nuestro paso por este mundo es de un sólo día. Así como la envoltura de la cigarra se seca y la piel de la serpiente se descompone, pero el animal, cigarra o serpiente, no muere... así, no obstante los cambios que se llaman vida o muerte, la naturaleza del sabio, del que se conoce a sí propio, del hombre virtuoso, conserva su ser natural y no perece. He ahí la verdadera longevidad, en frase de Lao tse.

3.º Saberse reprimir y vencerse a sí mismo; es decir, aplicarse a refrenar sus propias pasiones *in principio*, cuando comienzan a brotar en el corazón; he ahí, según Lao tse, uno de los medios más eficaces de perfección. «El mayor de los males que el hombre puede cometer (capítulo 46), es el de los deseos desarreglados, y la mayor calamidad para el corazón humano, es el tormento de los remordimientos, consecuencia necesaria de ese gran pecado. Así como el deseo de adquirir es una gran desgracia para el hombre, en cambio, el que sabe vivir contento con su suerte, es realmente feliz». Y en el capítulo 64, añade: «Impedid ese mal antes que cobre fuerzas y eche raíces. Un árbol grande se hace de una raíz flaca y débil como un cabello; una grande torre comienza a construirse por un puñado de tierra; para un viaje de mil kilómetros, ha sido preciso dar el primer paso».

4.º El sabio, el virtuoso, no debe en manera alguna poner su felicidad en los placeres de esta vida que luego pasa. «La música melo-

diosa y armónica (capítulo 35) y los manjares exquisitos hacen detenerse al transeunte». Es decir, según la glosa, que si se escucha una música dulce y agradable al oído, si se percibe el suave olor de una mesa provista de ricos manjares, los que la oyen, o la ven y perciben, detienen el paso. Mas cuando la música cesa y los platos se consumen, los transeuntes que antes se detuvieron, vuelven a correr con paso acelerado. Con esta comparación, quería significar Lao tse que los goces de este mundo son transitorios, son como una ilusión óptica de muy corta duración.

5.º El sabio, el virtuoso, no toma venganza de las injurias sino haciendo beneficios. «Todas las cosas de este mundo (capítulo 63), sean grandes o pequeñas, son iguales y de poca importancia para el verdadero virtuoso, que sabe vengarse de las injurias haciendo favores». A lo que la glosa añade: «Los santos no conocen ni beneficios ni injurias; los santos no ejercitan ni la venganza ni el agradecimiento (es un pagano quien lo dice); sólo procuran el ejercicio de la virtud. Hacen bien a todos, aun a aquellos que les han inferido algún daño o perjuicio. Los santos se vengan haciendo favores».

6.º Lao tse era un hombre que decía la verdad a todo el mundo, a grandes y chicos. Así en el capítulo 53, refiriéndose a los reyes y soberanos, dice: «Si sus palacios son magníficos, los campos, en cambio, hállanse incultos y los graneros vacíos. Los príncipes se visten de ricas telas, ciñen brillantes espadas, se hartan de manjares exquisitos, rebosan de riquezas. Estos tales no se identifican con el *Tao* ni con la *Virtud*; eso no es más que gloriarse del robo». Y la glosa taoísta es tan explícita como enérgica, cuando dice a este propósito: «Para que el príncipe pueda adornarse con vestidos de seda y colores, y alimentarse de ricos manjares, se hace necesario imponer al pueblo graves impuestos y robarle sus riquezas. Es lo que hacen los corsarios y los piratas en los grandes mares. El instrumento musical *Yu* es el mayor y más sonoro de todos; en un concierto, cuando él se hace oír, todos los demás instrumentos que son menores suenan al unísono; así, cuando los grandes ladrones dan el ejemplo, los pequeños ladrones los imitan».

Resumen.—Abel Remusat, en su *Memoire sur Lao tse*, hace un brillantísimo resumen de las doctrinas de este filósofo moralista. Transcribimos del notable sinólogo las siguientes líneas: «Lao tse, que vivía en el siglo VII antes de nuestra era, admite por primer principio de todas las cosas, lo mismo que los Platónicos y los Estóicos, la Razón, Ser sublime, indefinible, que no tiene tipo sino en sí mismo. Como Platón, da a ese Ser un nombre que significa la Razón y la Palabra. Como Pitágoras, explica las relaciones de los seres creados con el Ser que existe

sólo y por sí. Como Platón, ve en el mundo y en el hombre una copia del arquetipo divino. Como Pitágoras y la mayor parte de los filósofos griegos, cree que las almas son emanaciones del Ser divino, que un día irán a reunirse al *alma universal*. Como los Platónicos, compone una triada misteriosa, suprema e inefable, sea de los tres tiempos de Dios, sea de sus principales atributos, y la distingue con un nombre que parece tomado de las Sagradas Escrituras, que tiene su origen en la lengua hebrea. Parécenos que son puntos de semejanza que no pueden atribuirse a la *casualidad*. Son analogías demasiado extrañas, sorprendentes y múltiples para que en ellas no veamos sino los efectos de una comunicación».

Un reparo pequeñísimo, y que no hace al fondo, cabe poner al notable sinólogo, cuyas son las líneas precedentes. Lao tse vivió antes que los filósofos a los cuales compara. Así es que en vez de decir «como Platón... como Pitágoras... Lao tse admite...» debería haber dicho al hablar de los filósofos griegos: «Como Lao tse, Platón admite; como Lao tse, Pitágoras siente, cree...»



II

Amalgama doctrinal del Taoismo.—El Taoismo en la práctica.— Leyendas taoistas.—Consecuencias que se derivan al efecto de la predicación evangélica.

Creemos tiene razón nuestro benemérito hermano, P. B. Maraglia, cuando dice que la acción, la influencia de las doctrinas de Lao tse en el Celeste Imperio, fué vasta, pero poco profunda; difundióse a la superficie, pero penetró poco en lo recóndito del alma nacional. Explicada, glosada de mil modos y maneras por sus discípulos, aparece hoy, especialmente en la práctica, «como una inmensa llama fantástica que se agita y mueve sin cesar, y va arrojando acá y acullá reflejos de todos los colores del arco iris». (1)

Amalgama doctrinal del Taoismo.—Cuando el Budismo penetró en China ofreciendo sus dogmas precisos y su moral práctica como alimento del alma, sedienta de nociones acerca de la vida, la popularidad del Taoismo vióse grandemente comprometida. El Budismo era de importación extranjera, y esta condición, en un principio, fué un obstáculo a su propagación; mas como el pueblo se hallaba sediento de prácticas religiosas, fué aceptado, tuvo inmensa resonancia, y triunfó. El Taoismo, entonces, tuvo un golpe magistral; se asimiló cuanto de seductor ofrecía el adversario: su moral, sus retribuciones de ultratumba, su metempsícosis, su paraíso. *Chinizó* todo esto, y de todo hizo una amalgama, cuidando, sin embargo, de no romper con la religión clásica, con el confucianismo.

En la doctrina clásica, confucianismo, todo se deriva de la *li* o fuerza celeste como del primer principio; en la doctrina de Lao tse, o bien de los taoistas que se llaman sus discípulos, todo viene del Tao (razón suprema). El Confucianismo pondera la maravillosa eficacia del doble principio, *yün* (reposo) y *yang* (acción), proclamando que las generaciones no son sino el efecto de las modificaciones de ambos principios;

(1) P. Bernardo Maraglia. *In China con i nostri soldati*, pág. 181.—Firenze, 1912.—Librería Editrice Fiorentina.

el Taoísmo hace de estas nociones, abstractas y vagas, una de las más tiránicas y más tenaces de las supersticiones del pueblo chino, que constituye el rompecabezas y la desesperación de los vivos que han de sepultar a los muertos; esta superstición llámase *fong-sui*, que luego habremos de explicar. Si los discípulos de Confucio hablan del *Tien* (cielo), los de Lao tse glorifican a su *Tien sen* (espíritu del cielo), a quien le colocan en una de las constelaciones boreales, en la Osa mayor. El Confucianismo preconiza el culto de los antepasados, pero de una manera indeterminada y vaga; el Taoísmo llega a explicar y a definir, a su manera, cómo los ascendientes pueden utilizar ultratumba, en el mundo *yün*, los alimentos, hábitos o ropas, y dinero que se les ofrece por los descendientes. Como el Confucianismo, no admite la doctrina de una vida futura; de aquí que los taoístas, sin duda por no ofenderles, hablan de ella lo menos posible, y con frecuencia, lo mismo que los literatos, no ofrecen más que felicidad terrena y larga vida.

En cambio, los budistas tienen un paraíso para aquellos que han terminado con las vicisitudes de la metempsícosis, lo cual los taoístas posteriores lo admitieron también y aun con más amplitud de miras. A las fantásticas cronologías de los budistas, los taoístas opusieron otras mucho más sorprendentes, que tuvieron buen cuidado de hacer concordar con las mitologías y antiguallas nacionales. El Budismo tiene la trinidad figurada en las paredes de todos sus templos; a ella el Taoísmo opone la suya de los *tres puros*, personajes o personificaciones, de los cuales, habiendo sido tan adulterada la doctrina de Lao tse, sólo se sabe como cosa cierta que son *tres*. Frente al *Dalai Lama* de los budistas, que se perpetúa por sucesiva encarnación, colocan los taoístas a su *Tao-che* vivo, supremo pontífice de la secta. El calendario de los taoístas es por extremo rico en divinidades, lo que halaga grandemente a los chinos; además del *Tien-sen*, veneran ellos al dios de la guerra, al de la longevidad, al del infierno, los ocho inmortales, a saber: grandes dignatarios del Estado, canonizados por los Emperadores y reconocidos como espíritus inmortales por el supremo pontífice de la secta; en fin, mil y mil otros grandes y pequeños dioses de ambos sexos.

Fuera tarea difícil y hasta imposible tratar de explicar la amalgama del Taoísmo, cuya doctrina y cuya moral, sino las más perfectas de las que han sido elaboradas en China, son, por lo menos, en frase de su fundador, «la quinta esencia de todas ellas».

El Taoísmo en la práctica.—Independientemente de las doctrinas que profesan cada cual a su modo y manera, pero con una ignorancia grosera de los dogmas y principios de su secta, los ermitaños y monjes taoístas son, en el Imperio celeste, los portaestandartes del charlatanismo.

mo más extravagante. Recuérdese lo que en la antigüedad fueron los adivinos de la Etruria, los arúspices tan considerados en Roma, que eran encargados de examinar las entrañas de las víctimas para hacer presagios; los astrólogos de la Caldea, que dieron motivo a tantas supercherías; los augures de la Frigia, que adivinaban lo futuro observado el vuelo y el canto de los pájaros; los hechiceros de Tesalia, que, según el vulgo, podían privar a uno de la salud, del juicio, de la vida, o hacerle daño, en virtud de prácticas supersticiosas; los gimnosofistas o brahmanes de la India... todo esto, y con creces, son en China los monjes taoistas que se dicen discípulos de Lao tse. Se dedican, claro es que no por convicción, sino por el interés, a la astrología y a la geomancia, a la frenología y a la quiromancia, a la necromancia y a la hechicería, a la magia y a la cábala; viviendo de exorcismos y de encantamientos, de sortilegios y de talismanes, de unciones y aspersiones, de truhanerías infantiles y de groseras frases, explotando la credulidad de un pueblo que parece nacido para la superstición.

«Ya no pasan el tiempo, los monjes taoistas, reflexionando sobre lo *puro* y lo verdadero; renunciaron ya a su antigua farmacopea para la producción de elixires de larga vida, y conságranse a escribir sortilegios *eficaces* para arrojar a los demonios de las habitaciones a fuerza de tales estrépitos, que hicieran temblar al más fuerte, descendiendo en último extremo a la arena para luchar cuerpo a cuerpo con el diablo desobediente. Son también especialistas, con privilegio de propiedad, del talismán, que preserva de todo peligro a los ciudadanos pacíficos, lo mismo que a los viajeros aventureros. Como los monjes budistas, saben hacerse pagar bien» (1), lo cual, después de todo, es lo más práctico y lo más consecuente para su bolsa y su... estómago.

Por lo demás, dicho sea de paso, los monjes taoistas, sin ser ni con mucho ángeles por su inocencia, gozan en China de bastante mejor reputación que los monjes budistas.

También hay sacerdotisas taoistas, las cuales vegetan en las pagodas como en solitaria tumba, orando y preparando las píldoras de la inmortalidad y otros prodigiosos medicinales mejunges. La historia de estas píldoras es harto bien sabida. La virtud prodigiosa de la pasta consiste en una gimnástica verdaderamente original; tienen estas píldoras la eficacia de hacer formar en el hombre otro cuerpo de la misma naturaleza que el actual; de suerte que, cuando el cuerpo que ahora poseemos viejo ya y carcomido o atacado de muerte, va a desaparecer, es susti-

(1) E. Lamairesse. *L'Empire chinois. Le Bouddhisme en Chine et au Thibet*, pág. 161.—(París, George Carré, 1904).

tuído por otro joven y vigoroso, algo así como la cigarra cuando se despoja de su envoltura. De esta suerte, el que hace uso de estas píldoras, no muere jamás: es inmortal. «Visitando una pagoda taoista de Tien-Kin—dice el P. Maraglia (1)—donde existen no pocas de estas vestales de nuevo cuño, la superiora, una joven *que cifraba* en los cuarenta, me decía con cierta amargura: Los chinos de hoy son demasiado perversos para que las píldoras de la inmortalidad que se fabrican en nuestro laboratorio produzcan en ellos su prodigioso efecto. Porque—me lo decía no con la boca, pero sí con la mirada—¿dónde se hallan en la época presente de corrupción y de pasiones desenfadadas, esos hombres limpios de corazón de que hablan las historias? Y si ya no existen, ¿hemos de maravillarnos si nuestras píldoras de la inmortalidad son y continuarán siendo en adelante, por desgracia, un sueño de la inmortalidad? Sin embargo, señor, el procurarlo a nadie perjudica, y por eso trabajamos...»

Leyendas taoistas.—Las leyendas taoistas son, indiscutiblemente, lo que de más fantástico se ha escrito en el mundo; ante ellas palidecen los cuentos árabes. En lo maravilloso, no hay género alguno que los taoistas no hayan explotado. Nada hay que halague y guste tanto a los pobres chinos como las promesas de esos titiriteros. El poder de convertir el mercurio en plata, he ahí la riqueza; dones los más maravillosos, como la invulnerabilidad, el volar por los aires como los pájaros, o mejor dicho, como espíritus; el hacer a voluntad toda suerte de prodigios; en fin, la inmortalidad perpetuando el gozo, he ahí la felicidad suprema. Y puede verse en todas las historias taoistas cuán poco cuesta a la imaginación lo maravilloso, y cuán poco prueba a la inteligencia y al corazón chino. Sucesos maravillosos de toda clase hállanse relatados en los escritos taoistas como la cosa más vulgar, la más común e indubitante.

Consecuencias.—¿Qué resulta de aquí? Resulta, en primer lugar, que los celestes están ya hartos de saber y cansados de oír cosas maravillosas, y no precisamente en el sentido de que de tanto oír sean incrédulos o poco menos, sino en el sentido de que ya de nada absolutamente se admiran, nada les choca, y lo maravilloso nada prueba a su corazón; de ahí la incapacidad que se observa en estos desgraciados *hijos del cielo* para percibir la fuerza probativa de los milagros como testimonio auténtico de una verdad; de ahí esa extrema facilidad con que a veces vemos cómo se excitan los ánimos de las multitudes, por medio y efecto de cuentos y farsas las más absurdas. Todas las rebeliones de que tan

(1) P. B. Maraglia.—Obra citada, pág. 183.

frecuentemente es teatro China y los conflictos con los extranjeros, comprueban hasta la saciedad este lamentable estado mental de los celestes.

Las imputaciones de arrancamiento de los ojos en débiles infantes y del corazón humano de niños y adultos que se lanzan contra el europeo en general y el misionero en particular, cosas son que parecerían monstruosas a los que desconocieran la mentalidad china. Véase un razonamiento frecuente en este país: los europeos son todos riquísimos, porque poseen el modo de convertir el plomo en plata; ahora bien, como según los libros mágicos taoistas, el modo de convertir el plomo o el mercurio en plata es un compuesto a base de ojos y corazones humanos, luego ellos, los europeos, los arrancan. ciertamente; es así que no arrancan los ojos ni el corazón de sus compatriotas; luego arrancan el corazón y los ojos de los nuestros, de los chinos. De aquí que los taoistas, y con ellos todos los chinos, vean en cada europeo un enemigo que va a la caza de sus ojos y de sus corazones, y que lo odien de veras.

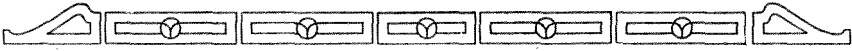
Y no se crea que se trata aquí de un argumento o de una creencia que tal vez en algún tiempo pudo ser universal, pero que ha desaparecido ya; que ahora los celestes están relativamente adelantados para poder rechazar tales monstruosidades. Se publica en Han Kou un periodiquillo, el cual, en uno de sus números del mes de Mayo de 1914, escribía con increíble cinismo: «Desde que algunos puertos de nuestra China han sido abiertos al extranjero, innumerables comerciantes y misioneros católicos y protestantes han invadido el Imperio... Uno de estos días ha sido incendiada la iglesia de la misión de Tan yang, y del interior de la misma se han desenterrado una gran cantidad de huesos de niños. Encontróse también el cuerpo de un niño medio disecado, al cual los católicos habíanle atado a un árbol. El pueblo ha dado fuego a la iglesia y destruido la misión, porque se sabía que allí se daba muerte a muchos niños, para *destilar sus cuerpecitos y sustraer el aceite y otras sustancias medicinales*. Verdaderamente las prácticas de estas religiones (católica y protestante), son abominables, odiosas». Así es que, como dice muy bien un autor, «las fábulas taoistas hacen del pueblo chino un seguro combustible, que sólo espera una chispa cualquiera para arder con fuerza». (1)

Y siendo tan grande la influencia y tan desastrosos los efectos de los taoistas sobre el crédulo pueblo, habituado a escuchar los absurdos más groseros que puede concebir una imaginación oriental, en cuya comparación los cuentos de las hadas y los relatos de las mil y una noches

(1) L. Wieger. *Morale et Usages populaires*, pág. 326. Ho-kien-fon, Imprimerie de la Mission, 1894.

son cosas bien pequeñas, resulta que el pueblo chino creó a puño cerrado cuanto les dicen los taoístas respecto a resurrecciones, bilocaciones, encantamientos, juegos de superchería y de magia y toda suerte de fenómenos inexplicables; y no habiendo fábula, por absurda y ridícula que se la suponga, ni fantasmagoría, por bizarra que se la imagine, que no se halle en los dichos y hechos de los taoístas y no encuentre triste eco en los celestes, resulta, en segundo lugar, que, oyendo de boca del ministro del Evangelio sus misterios y dogmas y los hechos maravillosos de las Santas Escrituras, el chino buscará de un golpe, como por asalto, la manera de oponer a las obras de Dios las fascinaciones de la magia taoísta; a lo verdadero sobrenatural, lo falso maravilloso; a los milagros, las truhanerías; a la profecía, la adivinación; en todo, la ilusión a la realidad; en una palabra, hará la parodia del Cristianismo con afirmaciones las más injustas, inverosímiles y ultrajantes.

Puede ser, y Dios lo quiera, que el adelanto, el progreso, la civilización, el cambio de ideas de que hoy tanto se habla en China, hagan caer en ridículo, o por lo menos en el olvido, estas sandeces; parece ser, en efecto, que algo se ha hecho en ese sentido. Creemos que en un país de ciega sumisión, como es la China, bastaría para ello que las autoridades afectaran no tomar en consideración alguna esos cuentos y que los rechazaran por malsanos.



III

CONFUCIANISMO

Confucio.—Teoría o principios del Confucianismo.—El Confucianismo en la práctica.—La piedad filial.—Un caso de conciencia.

Confucio.—El año 21 del reinado del emperador Ling-gou-ang, de la dinastía de Tchou, año 552 antes de Jesucristo, nació Confucio en el pequeño principado de Lu, hoy Yen-tchou-fu, provincia del Sang-tong. Fué Confucio contemporáneo de Pitágoras. A la edad de tres años, quedó huérfano de padre, a la de 16 o 17, de madre. (1) Casóse a los diez y nueve años con la bella hija de Kien Kuan, de la estirpe real de los Soung, y tuvo un hijo, a quien puso por nombre Pe-yu. Según la descripción que de él hacen los historiadores chinos, Confucio era de alta estatura, de ancho espaldar, color aceitunado, ojos grandes, barba larga y negra, aplastada nariz, y voz fuerte y aguda. Visitó alguna vez a su contemporáneo Lao tse, pero entre ambos filósofos hubo siempre un antagonismo doctrinal muy marcado, que ha continuado, y en nuestros días continúa entre sus respectivos discípulos. Hizo repetidas excursiones por los países limítrofes de la China. Ocupó diversos e importantes cargos públicos, y murió a los setenta y tres años de edad, el año 479 antes de Jesucristo, y noveno del nacimiento de Sócrates.

Bien que Confucio sea la personificación de su Escuela o secta religiosa, hay que tener en cuenta que las enseñanzas que él propagó con celo y éxito sorprendentes, no son enseñanzas propiamente suyas. El mismo decía con frecuencia a sus numerosos discípulos: Yo no he compuesto obra alguna nueva; mi entusiasmo por los antepasados y sus sa-

(1) El diccionario *Enciclopedia Universal ilustrada Europeo-Americana de Hijos de Espasa*, al tomo 14, pág. 1196, le hace huérfano de madre a los veinticuatro años de su edad, después de haberse casado a los diez y nueve con la joven Ki-Koan-Che. Juzgamos más acertada la opinión de Mgr. Alphonse Favier en su *Pekin-Histoire et description*, págs. 35 y 36. (Paris Desclée, de Brouwer et C.^e, 1902), y le seguimos.

bias enseñanzas llega al delirio; he ahí todo mi trabajo. Antes que se escribieran los *libros sagrados* de la China, que son, tal vez, los monumentos profanos más antiguos del mundo, ya existían en el seno de la colonia fundadora y pobladora de la China obras morales, históricas y religiosas, que perecieron, desgraciadamente, y a las cuales los actuales *libros sagrados* hacen frecuentemente alusión. Existía, además, una tra-



CONFUCIO

dición oral, perfectamente conservada, acerca de las enseñanzas de los antepasados, y referentes también a los anteriores monumentos escritos. Confucio, en virtud de los importantes cargos que desempeñaba en la corte, así como por su reputación, tenía libre entrada a la biblioteca de los soberanos, donde se conservaban preciosísimos manuscritos, de los cuales apenas se sabe hoy otra cosa sino que existían realmente. De esta suerte, Confucio pudo asimilarse las doctrinas de sus mayores, proponiéndose desde un principio la ardua misión—misión digna de un sabio de la antigüedad—de poner a la disposición de sus compatriotas esas enseñanzas sublimes, así como los ritos y ceremonias cívico-religiosas, que habían de perpetuarse hasta nuestros días. En pocos años, la fama de Confucio fué prodigiosa; el número de sus discípulos se contaba

por millares; su Escuela filosófico-literaria, basada en la tradición, arrojaba incomparable esplendor.

«Confucio ocupa el primer lugar en la historia del mundo chino como genio filosóficamente benéfico, como enérgica figura de apóstol, que de las venerandas tradiciones religiosas y civiles de sus abuelos, toma argumentos y fuerzas para levantarse impertérrito contra todas las aberraciones del entendimiento y contra todas las bajezas de la vida sibarítica de sus contemporáneos. Y después de siglos tantos, su memoria, venerada y viva, lleva como elemento rebosante la parte más noble y escogida del pensamiento de los modernos *hijos del cielo*. Su doctrina ha sido proclamada mil veces por los emperadores tan de absoluta necesidad para los celestes, como el agua lo es a los peces, y es seguida por millones de hombres. Como filósofo, diplomático, moralista humano, puede dudarse que en el mundo haya habido una figura que con él pueda compararse. Sus obras están en las manos de todos los chinos, que desde la niñez las aprenden de memoria». (1)

Dado el modo de ser de los chinos, el nombre de un sabio como el del filósofo-moralista Confucio, no podía tardar en ser objeto de la pública veneración. A su muerte, hicieronle solemnísimos funerales. Los letrados han rendido siempre a Confucio el culto y los honores que se tributan a los grandes *santos*, a los grandes sabios, por veneración y por agradecimiento. Los emperadores han sido siempre los primeros en conceder a Confucio un culto especial como a santo y sabio bienhechor del Imperio.

Teoría o principios del Confucianismo.—El Confucianismo, ya que no sea precisamente la religión oficial de la China, es, sin embargo, la religión de la China oficial; es decir, de la aristocracia, que la constituyen los literatos y dignatarios. Su doctrina se inspira en las máximas de Confucio, y su moral en una perfecta conformidad con lo que el Maestro llamaba *li* celeste, o bondad natural, innata, que tiende a librar el corazón de toda inclinación viciosa, y a conservar en él durante la infancia el amor a las letras; en la juventud, la emulación del bien; bajo la tutela de los padres, sentimientos de piedad filial; en el desempeño de un cargo, la fidelidad; a la vista de un menesteroso, instintos bienhechores; en presencia del bienestar del prójimo, la lucha contra la codicia... en todos los actos de la vida, la honestidad.

«Para Confucio, el hombre no había pecado en Adán, dice la Enciclopedia Espasa, sino que se encontraba *in statu naturae integrae*,

(1) Son elogios de Confucio que hemos entresacado de muy diversos autores, entusiastas de las cosas chinas, que luego habremos de refutar, en parte por lo menos.

dentro de un orden puramente natural» (1). Y es así; para él todos los hombres son rectos al nacer; el conjunto de las cualidades naturales de todos los hombres es el mismo. El hombre, según él, tiene siete inclinaciones o propensiones innatas, a saber: gozo, cólera, dolor, temor, amor, aversión y codicia. La aversión y la codicia son los dos grandes móviles psicológicos. El corazón humano es un misterio insondable, en el cual el mal y el bien cohabitan sin que ello aparezca al exterior. Según el mismo filósofo, «los deberes humanos se reducen a los siguientes: que los padres sean tiernos y amorosos para con sus hijos, y éstos dotados de sentimientos de piedad filial para con aquéllos; que el hermano mayor sea bueno para con su menor hermano, y éste respetuoso con aquél; que el marido sea razonable y justo, la esposa obediente; los ancianos bienhechores, los jóvenes complacientes; el soberano sea humano, los súbditos leales». «Las leyes universales son cinco: de príncipe a ministro, de padres a hijos, de marido a esposa, hermanos con hermanos, y amigos con amigos». «Las reglas generales—o como si dijéramos virtudes cardinales—son: penitencia, beneficencia, justicia, urbanidad y sinceridad». «La observancia de todos estos principios y leyes se reduce a una sola cosa: a seguir en todo y por todo el dictamen espontáneo de la conciencia innata; inútil buscar otra regla de costumbres» (2).

Podemos asegurar, sin género alguno de duda, que el Confucianismo no es una religión; que Confucio no dejó a sus discípulos sistema alguno religioso. El Confucianismo no es más que una colección de máximas morales recogidas en los clásicos, y cuyo objeto se circunscribe estrictamente a este mundo material. Lo hemos visto por las cinco relaciones humanas, llamadas, eso sí, relaciones establecidas por el cielo, relaciones constantes, innatas, pero humanas no más. En cuanto a la sexta relación, la del hombre con el Ser Supremo, que tiene derecho a sus homenajes, Confucio no hizo otra cosa que observar, de ninguna manera esclarecer, la noción conservada en las antiguas tradiciones de la China.

Que se considere la religión según quieren algunos como la comunión de los hombres con Dios; que se la haga consistir esencialmente en el coloquio misterioso del alma con Dios, o que sencillamente se la defina con la doctrina católica, la unión moral o conjunto de relaciones del hombre con Dios, del Criador con la criatura, la religión no

(1) Enciclopedia Universal, Espasa, tomo 14, pág. 1196: «Confucio».

(2) Léase L. Wieger. *Textes philosophiques*, pág. 143. Ko-Kien-fon. Imprimerie de la Mission, 1906.

puede existir sino a condición de admitir la existencia de un Dios, y la dependencia y sujeción del hombre a El. Ahora bien; en lo que respecta a un Ser Supremo, y relaciones del hombre mortal para con el mismo, en Confucio sólo se encuentran afirmaciones enteramente contradictorias.

Mucho antes que Confucio viniera al mundo, los chinos admitían un Shang-ti, «que gobierna el cielo azulado, como un Emperador terrestre gobierna su imperio. A los ojos del emperador y del pueblo, el Shang ti aparecía como un Dios personal, dirigiendo sus caminos, sosteniéndolos en sus dificultades y castigándolos por sus faltas. Y los viejos *libros sagrados* del celeste imperio, decían: «Dios es el principio de todo lo existente; es árbitro omnipotente al par que omnisciente; padre del pueblo, escudriñador de los corazones y juez de las acciones del hombre, sin aceptación de personas». «Ese Shang-ti, era para los chinos el Dios que ha colocado su tribunal en el fondo de la conciencia del hombre y es justo castigador de los malos y largo remunerador de los buenos».

Ante problemas tan importantes, trascendentalísimos, parece que se ve a Confucio cogido como por un dilema: creía o negaba. Pero halló un término medio, a saber: inventó la palabra cielo, *Tien*, y prometió para la virtud una vida tranquila y cómoda. Apenas si en sus escritos cita alguna que otra vez al *Shang-ti*, para decir que por sus sacrificios al cielo y la tierra los reyes de épocas anteriores honraban al Sublime Soberano, mientras que por las ceremonias que cumplían en los templos sacrificaban en honor y obsequio de sus antepasados. Y ese Ser y Señor, añade el filósofo, es el Cielo. «Sólo el Cielo es grande. El Cielo no puede ser engañado por nadie...» Si se preguntase si por la palabra *Tien*, cielo, que con frecuencia tanta se cita en las obras de Confucio, y al cual *Tien* se le representa como decidiendo sobre la suerte de los hombres y vigilando sus acciones, entendía el eminente filósofo-moralista un Ser Supremo y Dios único, verdadero, nos sale al paso Tchouhi, uno de sus discípulos más celebrados y el que más fielmente representa la doctrina de su Maestro, diciendo que no tal. «A uno de sus discípulos, escribe Tchouhi, que le preguntaba cierto día qué era lo que en la doctrina confucista había que entender por la palabra *Tien*, dió el Maestro la siguiente respuesta: «En ciertos pasajes únicamente significa la bóveda celeste; en otros la energía, la fuerza por la cual el cielo produce y lo dirige todo; a veces significa el principio inmaterial que le forma y anima, pero jamás un ser supremo y personal que de lo alto juzga las acciones humanas y premia las buenas y castiga las malas».

Ni admite tampoco Confucio la sumisión del hombre a Dios. Para

él, en cierto modo, el hombre es independiente del cielo y a veces su igual. Para él la plegaria es inútil, porque el cielo no obra sobre el alma humana. Para él el hombre nace bueno, y esta bondad original puede ser en él, si lo desea, una naturaleza. Tampoco existe en Confucio una afirmación categórica y terminante del alma racional, de una vida futura, de una sanción (penas y premios) de ultratumba. La virtud, según él, tiene su recompensa, el vicio su castigo; pero es por la prosperidad o la miseria temporales que se extienden a los descendientes.

En una revista católica de la América Central, escribía yo hace años: «Es cosa extraña, sin embargo, que Confucio admita el culto de los antepasados, el culto de los espíritus. Concediendo entre las cinco leyes universales o relaciones en que se funda su moral el primer rango a la piedad filial, y habiendo hallado ya en vigor el culto de los ascendientes, el filósofo no se atrevió a rechazarlo. Mas si se desea hallar una razón filosófica de este culto, no se encontrará por ninguna parte en sus escritos. Encontróse con una práctica que estimó conveniente para consolidar su moral; ahí está la razón. Imitar a los antiguos, hacer los mismos ritos, la misma *música* que ellos hicieron en vida, venerar lo que ellos veneraron, amar lo que amaron ellos, servirles después de su muerte imaginándose que viven todavía; he ahí la perfecta piedad filial y la explicación de ese culto» (1).

Mas ¿puede deducirse de ahí la existencia de una vida futura? ¿Cre-yó en ella Confucio? Repito que pueden leerse los escritos todos del filósofo y no se hallará que él busque nunca una fuerza, una base estable para sus enseñanzas en el dogma, tan propio para sostener la virtud y desalentar el vicio, de las consoladoras esperanzas y saludables temores de la otra vida. Es más: se cuenta que a uno de sus discípulos que le preguntaba un día «si los muertos se hallaban dotados de conocimiento o privados de él, respondió: Si yo digo que se hallan dotados de conocimiento, no faltarán hijos piadosos que se darán muerte para ir a reunirse con sus parientes difuntos; si digo que se hallan privados de razón, habrá hijos despiadados que ni siquiera se tomen la molestia de enterrar los cadáveres de sus padres. Dejemos la cosa sin resolver. Cuando mueras sabrás lo que hay después de la muerte». Interrogado acerca de la muerte, el filósofo, por simple respuesta, le aconsejó que empezase a vivir bien» (2).

En Confucio, lo mismo que en sus discípulos, obsérvase en esto de la moral un dualismo de ideas verdaderamente inexplicable. Por una

(1) L. Wieger. *Textes philosophiques*, ya citados, pág. 136.

(2) L. Wieger, lugar citado, pág. 184.

parte, parece como que se reconocen las antiguas tradiciones de la inmortalidad del alma en sus ritos póstumos, sus tabletas, la plegaria en favor de las almas de los difuntos, y hasta la canonización de los hombres célebres que hacen los emperadores, comenzando por el mismo filósofo; por otra se ve la indiferencia más lamentable y triste de los eternos destinos. «Preguntad, dice el experto Mgr. Otto, a un hombre del pueblo, que se levanta de haberse postrado ante la tableta de sus antepasados, cuál es la suerte del alma después de la muerte, y, admirado de la pregunta, no sabrá qué responderos. A lo más os responderá que la muerte es el aniquilamiento completo. Otro os dirá que la muerte es *pu tei mie*, el alma que se extingue como una lámpara. El letrado más instruido imita a los bonzos, lo mismo que la gente del pueblo, y lo que más extrañeza causa es ver la profunda indiferencia de todos para el porvenir de futuros eternos destinos. Lo que interesa sobre todo para la hora de la muerte, es disponer de un buen ataúd, magníficos funerales y buen sepulcro» (1).

El Confucianismo en la práctica.—Fuese cualquiera la opinión personal del Maestro, es cierto, por lo menos, que sus modernos discípulos no saben elevarse de este mundo material. Ellos, como literatos, hablan a lo materialista, y como particulares, obran cual rebaños de Epicuro» (2). Los literatos chinos, como todos los confucistas del imperio, son dignos sucesores de sus antiguos colegas de Roma y Atenas. Ahí están ellos para demostrar prácticamente que las reglas de moral, faltándoles una base sólida, tal como la retribución del bien y del mal después de la muerte, terminan por ceder en las manos de los maestros del pensamiento. Los literatos chinos, que saben de memoria los preceptos y las sentencias del Maestro, «violán todo derecho divino y humano, pisotean la razón, la religión, la justicia, la ley, la honestidad y los derechos de la sangre y de la amistad, siempre que se les presenta ocasión para satisfacer sus instintos de comodidad y de placer terreno. Verdaderos vampiros del Estado, no se nutren sino de la sangre del pueblo» (3). Hay un proverbio, común en toda la China, que dice: «Cuando el emperador concede grados académicos a los nuevos literatos, no hace sino alargar la cuerda, sin saberlo, a los verdugos, a los asesinos, a los sedientos de arruinar y devorar al pueblo». «La virtud incluye en sí un sacrificio, el sacrificio de la pasión al deber, de la virtud a la ley, del interés propio al bien general; sacrificio penoso con

(1) Mgr. Otto, Vicario Apostólico del Kan-sou. «Etude sur les clasiques-chinois, pág. 90, en la nota.

(2) L. Wieger. *Morale et Usages populaires*, ya citado, pág. 160.

(3) P. B. Maraglia, libro ya citado, págs. 202 y 203.

frecuencia, y siempre costoso. Y precisamente por librarse de este sacrificio, incompatible según ellos con la felicidad, los epicúreos, lo mismo exactamente que los confucistas chinos, constituían en la mayor suma posible de placeres terrenos la felicidad» (1).

A pesar de haber dado pruebas del más puro materialismo en todas sus obras, no obstante su carencia absoluta de religión, «de la santidad de Confucio a ningún chino pagano se le ofrece la menor duda; bien es verdad que en lo de aquilatar santidades los chinos son poco escrupulosos; si no, ya se habrían fijado un poco más en ciertas imperfecciones de su santísimo maestro, a quien gustaba el traguillo y las buenas tajadas más de lo que fuera menester para ser santo... A tanto llega el crédito de la santidad de Confucio, que hablando con cristianos, todavía tiernos en la Fe, hay que esforzarse mucho y pensar lo que se les dice acerca de Confucio, porque fácilmente podrían escandalizarse» (2). A Confucio no sólo se le tiene en China como un santo y un sabio inmortal, sino también como «igual al cielo» y como un Dios. Los versos que se le cantan durante la ceremonia de los sacrificios que dos veces al año —primavera y otoño— le ofrecen los jefes de la nación en persona, dicen así: «Grande es Confucio, el filósofo—El primer vidente, el primer sabio—Es igual al cielo y a la tierra—Y guía inmortal de todas las edades... Hoy celebramos su virtud deslumbradora—Al sonido armonioso de trompetas—El llevó la perfección a un grado de excelencia—Antes ni después de él conocida...» «Los libros sagrados chinos, cuando hablan de él, dicen que «fué heredero de la sabiduría y virtud de los Yao y de los Chuen (dinastías chinas); que en su modo de ser y portarse fué regular como las estaciones del año, límpido como el agua, estable como la tierra». Su imagen suele ocupar puesto de honor en todos los centros académicos y lugares de reunión de letrados; la tableta de Confucio—una tabla ordinaria pintada, y en la que basta escribir su nombre para que el espíritu del gran maestro venga a reposar sobre él—se muestra en todos los innumerables templos que las edades le han consagrado y en las paredes de todas las escuelas de China. Tanto los maestros como los discípulos, hállanse en el deber de postrarse ante la tableta al comienzo y fin de las clases.

Ahora bien, cabe preguntar aquí: ¿la China debe agradecimiento verdadero a las enseñanzas de Confucio? No puede negarse que el Imperio celeste debe a las enseñanzas de este maestro la revivificación de antiguos usos y costumbres que mantenían, que constituían un lazo

(1) Mgr. Freppel. *Les Apologistes chrétiens au 2.^e siècle*. 3.^o edition, 1887, página 342.

(2) Juvencio Hospital. *Las religiones chinas*, pág. 140.

moral entre las clases de la sociedad; una moral, una enseñanza uniforme fundada en esa moral, y una monarquía paternal, cuya existencia, sin embargo, no es china; una venalidad general y vergonzosa en la justicia y en la administración. Confucio insiste tanto acerca de guiarse por el ejemplo de los ancianos, que sus enseñanzas han contribuído a inspirar a los chinos una admiración profunda a su país, a su pasado, a sus propios recursos, a sus propias fuerzas comparadas con las de los extranjeros. «Confucio no creó nada ni descubrió nuevos horizontes, pero disipó las nieblas que ocultaban lo pasado; no emprendió rumbos desconocidos, sino que siguió fielmente las huellas de la tradición—ya lo hemos dicho páginas antes—sin separarse, ni a diestra ni a siniestra, del trillado camino y de la antigua rutina, por lo que con justo motivo se le hace a Confucio responsable del atascamiento en que han vivido sus paisanos hasta el presente; pero también hay que reconocer, en honor suyo, que a él se le debe principalmente la uniformidad de sentimientos y aspiraciones, la unión íntima moral e intelectual de un pueblo tan grande como el chino, la estabilidad inalterable de sus leyes y gobierno, la civilización no escasa, el orden perfecto y la tranquilidad absoluta que han gozado los chinos durante tantos siglos» (1).

La piedad filial.—Pero, en mi humilde opinión, los daños causados por Confucio a su Patria son incalculables. Fijándonos tan sólo en sus enseñanzas acerca de la piedad filial, que es como el fundamento de la moral confuciana, y, por decirlo así, la sola obligación moral precisa que conocen los confucistas, puesto que el culto de los antepasados no es sino una manifestación moral de la piedad filial, y la lealtad, la obediencia al Soberano, principio fundamental del Confucianismo, no es sino otra de sus formas y manifestaciones, una como consecuencia general; la piedad filial, digo, ¿ha hecho otra cosa que convertir la familia en un asilo de esclavos y reducir un pueblo, ya grande y civil, en la más absoluta ineptitud para toda noble iniciativa, para toda nueva creación? Fanático *laudator temporis acti* Confucio ha sido la causa de que en China todo innovador sea tenido por elemento disonante, heterogéneo y peligroso. Las doctrinas de Confucio han cloroformizado a un gigante.

Un caso de conciencia.—En la revista *Apostolado Franciscano* reproducía yo hace años un caso de conciencia relativo al principio confucista de la piedad filial, que lo tomaba de un periódico japonés. A título de curiosidad, y para que se vea la evolución que viene operándose en las ideas y mentalidad de los chinos y japoneses, lo traigo a este lu-

(1) Juvencio Hospital, libro ya citado, pág. 129.

gar (1). Muy joven aún, dice un japonés, mis padres lograron fuese yo admitido como empleado de una fábrica. Por mi honradez a carta cabal y mi aplicación seria y constante al trabajo, he sabido conquistarme una situación halagüeña que hoy me permitiría sostener holgadamente esposa e hijos; es decir, que la sociedad podría contarme entre las familias honradas de la nación. Pero ¿tengo yo derecho a casarme y a vivir en familia con esposa e hijos? Para la resolución del caso que propongo a la deliberación del público, habrán de tenerse en cuenta varios *considerandos*. Mi padre es dado a la embriaguez y a otros vicios que, ordinariamente, a ese acompañan y que no puedo manifestarlos ante el público. Tengo un hermano y una hermana; mis padres son pobres, y la familia toda hállase necesitada de mi salario para pasar los días. Mi madre está continuamente enferma, con lo cual aumentan las necesidades de la casa. Mi padre no se resuelve a corregir sus excesos, y a tal estado han llegado las cosas, que, día por día, mi salario resulta insuficiente y con frecuencia nos vemos en grandes aprietos. Debo confesar que, no obstante la precaria situación de mi familia, estoy perdidamente enamorado de una joven, bella y honesta, que desearía fuese mi esposa. El matrimonio, naturalmente, ocasiona nuevas necesidades y gastos. Cuando considero que si me viese en la necesidad de cercenar algo de lo que doy a mis padres, reduciría mi familia a la miseria, me encuentro en una situación moral angustiosa en extremo, e incapaz de una decisión definitiva. Ahora bien, pregunto yo a la voz pública: ¿me es lícito, sin contravenir el precepto de la piedad filial, seguir mis inclinaciones, contraer el matrimonio con la joven que es dueña de mi corazón y constituirme en familia propia e independiente, o bien debo continuar en el estado en que actualmente me encuentro, víctima de los desórdenes de mi padre, y sacrificar mi amor ardiente, natural y justo?

El caso, tal y como se expone, cándida y sencillamente, parecerá, a primera vista, muy poco interesante a más de uno. También por aquí conocemos ejemplos de esta naturaleza; es decir, se dan hijos que desearían casarse, pero no lo hacen para cuidar, con más independencia y libertad, de sus propias madres viudas, etc. Mas para formarse idea del interés que pueda ofrecer el caso presente, hay que saber que el de ese joven, que se halla indeciso entre el amor filial y el amor de una esposa futura..., y que constituye al público árbitro y juez de sus actos sobre el particular, denota evidentemente una revolución profunda en la *mentalidad* de los pueblos extremo-orientales.

(1) Véase *Apostolado Franciscano*, revista mensual ilustrada de misiones franciscano-españolas, dirigida por los Padres de Cantabria, año IV, núm. 43, Julio de 1918, páginas 161, 62, 63 y 64.

La doctrina de la piedad filial es *in principio* la sola obligación moral precisa—ya lo dejamos dicho—que los pueblos extremo-orientales conocen; y el culto de los ascendientes, y el de los genios, y el de los héroes, no son sino manifestaciones y consecuencias de la piedad filial. En el Japón, como en la China, existen sobre el particular los mismos idénticos sentimientos religiosos; la doctrina de Confucio acerca de la piedad filial ha sido el fundamento de la ética japonesa, y el libro «de los veinticuatro ejemplos de piedad filial que conviene imitar» es tan conocido por los nipones como por los celestes; en fin, la teoría de la piedad filial es lo mismo en Japón que en China un dogma intangible.

El Japón, bajo la influencia de las nuevas ideas de progreso, de civilización, de adelanto en todo orden de cosas, hállase en peligro de olvidar hasta el recuerdo de estas «pequeñeces». Porque si es verdad que gran número de sociólogos gritan todavía contra el abandono en que las nuevas generaciones dejan los viejos ideales; si levantan vibrante su voz de alarma contra el peligro que comienza a correr la moral tradicional, sustituida por nuevas ideas «menos patriarcales» importadas del occidente; si lloran a lágrima viva el terrible golpe inferido a los viejos modelos con la proclamación de la república china, que destruye el principio confuciano de la piedad filial debida al Soberano por sus súbditos, y que de rechazo puede tener funestas consecuencias sobre el sistema moral japonés, en el cual (sistema) la lealtad y sumisión del Emperador es algo así como el coronamiento y la última y más elevada escala de perfección—tanto que para los viejos nipones un rescripto imperial es como el evangelio escrito...—a pesar de todo eso, hoy en el Japón hay muchos que se alegran y manifiestan públicamente su satisfacción por esa revolución profunda de tremendas consecuencias político-religiosas.

Takekoshi Yosaburo, conocidísimo en el Japón, cree, y lo manifiesta a voz en grito, que es preciso olvidar un código moral deshonrado ya, eminentemente contrario a la libertad del individuo, enemigo de toda energía y de toda iniciativa, y que retiene, en fin, a la nación en un nivel decadente, humillado y sin fuerzas. No sólo pone a discusión el viejo dogma de obediencia filial ciega y completa, sino que se dirige enérgicamente contra los padres que se consideran dueños absolutos y propietarios indiscutibles de las ganancias de sus hijos, y que a tal extremo llegan en el uso de sus derechos, que no creen cometer injusticia alguna haciendo indigno tráfico de prostitución con sus propias candorosas hijas.

Claro está que, en rigor, Yosaburo tiene muchísima razón, así como puede ser también verdadera la tesis del «Japón Chronicle» al decir que

los sacrificios que se imponen los padres en la educación de sus hijos tienen a veces el carácter de un real «cambio de letras». Pero es necesario admitir que si los deberes de los hijos para con sus padres son considerados en el Japón, lo mismo que en China, como artículos de fe, intangibles, y respecto a los cuales no puede cuestionarse, no sucede lo mismo respecto a los deberes u obligaciones de los padres para con sus hijos. La solución racional sería que los padres llegasen a comprender las estrechas obligaciones que les incumbe en todas ocasiones respecto de sus propios hijos y que supiesen definir claramente y practicar lo que les es lícito o ilícito exigir de los mismos, a fin de evitar que los hijos, influidos por las modernas ideas, llegasen a poner a discusión y a dudas sus deberes para con los padres. Mas he ahí cabalmente la evolución, la transformación gradual que adquieren las ideas, toda vez que el simple concepto de que los hijos no sean «medios», sino «fines», hállese en abierta oposición con las doctrinas confucianas acerca de la piedad filial.

Ahora bien, ¿debemos lamentar esos *asaltos* entre el espíritu moderno y las antiguas doctrinas, en los pueblos extremo-orientales? Juzgamos que debe permitírse nos creer que no hay motivo para ello. El Confucianismo pasa ya, poco a poco, a la historia. Entre las transformaciones que se están operando en el Japón, y que no tardarán en tener su repercusión en China, habrá tal vez alguna o algunas que sean causa de injusticias y moralmente poco plausibles, mas en general puede asegurarse que el abandono de los preceptos confucianos no puede menos de abrir a esos pueblos ancho camino de resurgimiento, de adelanto y de progreso. Las trabas pudieron tener utilidad política en tiempos que ya pasaron, pero han sido rotas, pisoteadas por las nuevas generaciones, a las cuales cumple ahora hacer buen uso y aprovecharse cual conviene de la «libertad» adquirida.

Claro está que con esto no se resuelve el caso propuesto por el joven japonés. Fuera para él cosa por cierto bien cómoda desprestigiar los preceptos confucianos y comenzar a *vivre sa vie*, a vivir vida independiente sin cuidarse de su familia actual. Pero también es cosa cómoda para un padre el obligar a su hijo a que se sacrifique a deberes que en primer término pertenecen al padre de familias. Los japoneses, como los chinos, tendrán aquí materia para largos discursos y sabrosas disputas. En tiempos pasados todo el mundo se creía con derecho a obligar a ese joven a que, contrariando sus deseos e inclinaciones, permaneciese célibe; mas hoy son muchos los que le conceden completa libertad. Todo lo cual prueba hasta la evidencia que la doctrina moral antigua está sufriendo grandes cambios.



IV

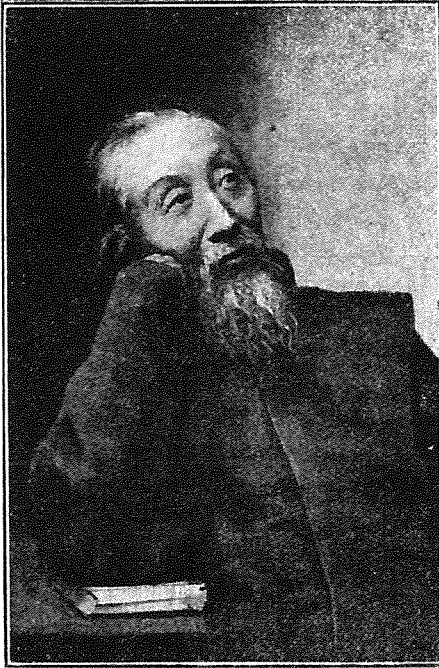
Retroceso y evolución del Confucianismo en nuestros días.—Libertad de cultos ficticia.—Los cristianos chinos y las carreras del Estado.

Retroceso y evolución...—Durante los días de revolución, que dió al traste con la exótica dinastía tártara que venía desgobernando la China e implantó la república en todo el eximperio—1912—dijéronse muchas cosas buenas, referentes a nuevas orientaciones de progreso y civilización de la rejuvenecida China. En la prensa europea y americana se ponderaba con verdadera y razonable complacencia el cristianismo de los jefes revolucionarios chinos, se hablaba de la participación en el gobierno nacional de numerosos jóvenes educados en las escuelas misioneras, del desafecto con que se miraba a ciertos grandes templos nacionales, como el del Cielo, en Pekín, que había de ser convertido en instituto agrícola, de la abolición del homenaje tradicional y obligatorio a Confucio en todas las escuelas de la nueva república. La satisfacción de los delegados de la «Unión cristiana en China» fué grande cuando, a raíz de la proclamación de Yuan-che-kai para la presidencia de la República, recibidos en audiencia especial, oían de labios del eminente jefe de Estado frases encomiásticas que significaban una calurosa felicitación por sus trabajos en pro de la regeneración, y les ofrecía su concurso eficaz para la consecución de los nobles fines que se proponía la «Unión cristiana». Con la velocidad del rayo corrió por toda la cristiandad la noticia de que el Gobierno chino, por primera vez en la historia, se acercaba a las iglesias cristianas pidiendo que en ellas se intercediera por la China, por su Gobierno, por el Parlamento, por la paz y prosperidad de la Nación, señalando el mismo Gobierno un día determinado de oración y de plegarias al Todopoderoso, que fué el domingo 27 de Abril de 1913. A las hermosas solemnidades del culto católico, celebradas con pompa nunca vista en la catedral de Pekín, asistía el ministro de Estado en persona y representaciones de la Presidencia y del Gobierno, afluyendo al templo del verdadero Dios los hombres más ilustres de la sociedad china y un pueblo inmenso.

Los discípulos de Confucio no se resignaban al silencio; antes al contrario, emprendieron una activísima campaña abogando porque el Confucianismo fuese declarado oficialmente como religión del Estado chino. Como el Confucianismo, al decir de la prensa, contaba con más de trescientos partidarios en el seno mismo del Parlamento, el peligro para las religiones cristianas presentábase grave e inminente en extremo. Los católicos, protestantes, budistas, taoístas, etc., tampoco se dormían; en las ciudades más importantes celebráronse mitins de propaganda pidiendo la libertad de cultos; los católicos y adictos a la secta protes-

tante, budista, etc., constituídos en distritos, formaban asambleas. La lucha, la guerra religiosa estaba entablada.

A la cabeza del movimiento religioso en favor de la libertad de cultos hallábase un hombre, por muchos títulos ilustre: Ma-sian-peí. Nacido de padres fervientemente católicos en Tainton, provincia del Kian-sou, es tenido por uno de los más grandes y fecundos literatos de la China actual, y posee a perfección las principales lenguas extranjeras. Durante los primeros años del reinado de Koan-siu, los desórdenes de Tong-Kio-t'ang (discordias de partidos), en Corea, dieron mucho que pensar al Gobierno chino. Ma-sian-peí, que formaba parte de la misión pacificadora enviada



MA-SIAN-PEI

a la Corea por el Emperador, distinguióse como diplomático eminente, consiguiendo zanjar las diferencias surgidas entre los diferentes partidos, confirmando la sumisión a la madre patria de aquel estado tributario. Más tarde le encontramos en los Estados Unidos de América negociando con los capitalistas yanquis la creación en China de varias bancas nacionales en favor del progreso de la industria, que colocasen a su Patria al nivel de las naciones más grandes del mundo, ya que las riquezas naturales de su suelo lo permiten con creces.

¡Lástima grande que por entonces la China no se hallase aún

abierta a los ideales de progreso, y que Ma-sian-pei, víctima inocente de furiosas calumnias, se viese obligado a abandonar sus proyectos de verdadero patriota. Convencido de que sus compatriotas no le comprendían ni podían comprenderle, emprendió una serie de provechosos viajes de instrucción por Europa y América, retirándose después a su pueblo natal a recopilar sus observaciones, y consagrarse, durante prolongado retiro, al estudio de la literatura, de la filosofía y ciencias suyas predilectas. Fué por entonces cuando completó la grandiosa obra gramatical *Mase-Wen'on*, de su ilustre hermano Ma-Kien-tsong, ya difunto.

Hacia el año 27 del reinado de Koang-siu (1869), inició la idea de fundar, ayudado por los católicos de Shanghai, la universidad «Aurora». Para esta grande institución, en la que habrían de enseñarse todas las ciencias modernas y todas las lenguas vivas y muertas, Ma-sian-pei sacrificó toda su fortuna. Ahí está todavía ese centro docente cada vez más pujante, reconocido por el Gobierno con todos los títulos y privilegios de Universidad nacional, pregonando los triunfos pedagógicos de Ma-sian-pei.

Proclamada la república, y esperando que su Patria idolatrada entrara definitivamente por las puertas del progreso para llegar al colmo de la grandeza, Ma-sian-pei salió de nuevo a la vida pública, y le encontramos sucesivamente como jefe de administración de Nan Kin, la segunda ciudad de China, rector de la Universidad de Pekin, consejero de Estado, presidente del *comité* para la elaboración de las leyes constitucionales de la nueva república, y miembro el más escuchado del Parlamento chino.

Católico práctico, Ma-sian-pei ha trabajado mucho y bien por la Religión. Conservamos entre nuestros apuntes de cosas chinas los párrafos más salientes de su discurso pronunciado hace poco en la populosa Shanghai: «Las murallas que rodeaban la ciudad, dice refiriéndose a Shanghai, han caído por tierra, y nuevos torrentes de aire y de luz circulan por las calles; las miserables casuchas en ruína han desaparecido, el terreno está allanado. Es necesario edificar una nueva ciudad llena de esplendor y de vida, pero la ciudad que yo quisiera para Shanghai, para el Kiang-sou, para toda la China, nuestra Patria amada, es la que quería edificar el gran santo de la Iglesia católica, San Agustín: la Iglesia de Dios». Con razones teológico-filosóficas, y trayendo a contribución su pasmosa erudición en las ciencias modernas, demuestra que el hombre tiene deberes imprescindibles con el Creador, que ese Creador, cuya idea, aunque vaga, reside en el fondo de todas las conciencias, no puede ser otro que el Dios de los cristianos, y termina invitando a sus compatriotas a alistarse en las filas católicas para que el

catolicismo sea la base, el fundamento de la nueva China próspera y grande que se trata de edificar. El caso es que Ma-sian-pei mereció los más calurosos aplausos y felicitaciones del escogido auditorio, formado de consejeros municipales, insignes letrados, grandes mandarines y lo más selecto de la sociedad china de Shanghai.

Abrigábamos la confianza de que, teniendo el Confucianismo un enemigo tan formidable, y la libertad de cultos un defensor tan elocuente y entusiasta en el Parlamento, los discípulos de Confucio no podrían conseguir que el Confucianismo fuese declarado religión de Estado.

Queremos hacer constar que en esa formidable lucha religiosa, nuestro pobre Vicariato del Shensi septentrional no podía ser ajeno al grandioso movimiento, y en la ciudad de Yenanku, asiento del Obispo-Vicario Apostólico, tuvimos el consuelo de ver reunidos, durante tres días consecutivos, a los cuatro delegados de los católicos del Vicariato, los cuales, tras maduro examen y deliberación, determinaron quedar constituidos en asamblea permanente para velar por los fines de su delegación, y elevar al Parlamento de la Nación un serio mensaje, cuyos principales puntos, que en aquella ocasión nos fué dado examinar, fueron los siguientes: 1.º El Confucianismo no es religión propiamente dicha. Confucio fué, sencillamente, un filósofo, y a mucho conceder, un *santo*. El mismo tuvo maestros que le enseñaron y educaron; por consiguiente, si se trata de prestarle adoración, préstese a sus maestros preferentemente. (No se olvide que son chinos los que así razonan). 2.º La república china está constituida de cinco razas, y en esas razas, el catolicismo, el protestantismo, budismo, taoísmo y mahometismo, hállanse más extendidos que el confucianismo; la proclamación de esta doctrina como religión de Estado acarrearía inevitablemente el desconcierto social, el rompimiento de la unidad nacional. 3.º El Confucianismo, lejos de fomentar el progreso y la regeneración de la Patria, ha de conducirnos a un retroceso brutal, constituyendo a la Nación en baldón y objeto de mofa de las potencias extranjeras, que terminarán por ahogar nuestra existencia política; y 4.º Se invita a los señores diputados generales y senadores de la República a que estudien las instituciones políticas y la historia de los países más grandes de Europa y América, y juzguen con el ánimo sereno y libre de prejuicios y personales opiniones lo que en ellas se ordena en materias religiosas.

Libertad de cultos ficticia.—Hubiérase dicho cosa hecha: la libertad de cultos solemnemente garantizada por la nueva constitución de la república china, era proclamada de nuevo por decreto de su Presidente, con fecha 25 de Septiembre de 1914. «Que nadie se llame a engaño,

decía el decreto, y que todo el mundo lo sepa. La libertad religiosa es una ley común a todas las naciones. La república china está compuesta de cinco grandes razas: la china, manchue, mongola, musulmana y tibetana. Cada una de estas razas tiene sus propias y características costumbres y usos, y es natural que sus religiones sean también distintas. Es indudable, por lo tanto, que fuera contra razón señalar una religión de Estado acomodada a todas ellas. Nuestro pueblo, así constituido de cinco razas distintas, tendrá la más completa libertad de abrazar la religión, entre las existentes en el mundo, que más le plazca, a fin de que los habitantes todos de nuestra grande república puedan vivir en paz y en la más completa armonía».

De fijarse solamente en el tenor de este decreto oficial, creeríase que tan importante cuestión quedaba definitivamente resuelta y sancionada, y que la preciosa libertad, por tantos siglos de cruel despotismo tan ardentemente deseada, estaba asegurada para siempre.

Pero ¡aquí la sorpresa! No se comprende cómo hombres cuyo talento y diplomacia es forzoso reconocer, hombres que han dado testimonio de energía y de clarividencia en medio de tantas dificultades por las que la China ha atravesado, en estos últimos años, para establecer un nuevo orden de cosas completamente inusitado entre los pueblos orientales, puedan engañarse a sí mismos y tratar de engañar también a los otros. Porque en ese mismo decreto, bajo el mismo sello y la misma firma presidencial, se describen extensa y minuciosamente el ceremonial y ritos que han de guardarse para los obligatorios sacrificios al Cielo y a Confucio. «El comité político—dice una parte del decreto—nos ha presentado una propuesta concebida en los siguientes términos: Habiéndonos reunido para discutir la cuestión referente al culto del cielo, que habéis tenido a bien someter a nuestra deliberación, somos de parecer que la forma más imponente de los ritos es el sacrificio-ofrenda; y que la más importante especie de sacrificio es el sacrificio al Cielo. Es necesario que estos sacrificios al Cielo, observados en China desde la más remota antigüedad, se conserven incólumes. El Presidente de la República ofrecerá estos sacrificios como representante del pueblo, y los funcionarios públicos de las diferentes provincias como personificación de sus respectivos subordinados. En Pekín, los sacrificios al Cielo deberán tener lugar en el templo llamado del Cielo, el día del solsticio hiemal, acompañados de postraciones, etcétera; se sacrificará cada vez un toro». «Y yo, gran Presidente de la República—termina diciendo el decreto—sabiendo que el sacrificio-ofrenda al Cielo ha sido tenido en grande estima desde los tiempos más remotos, vengo en decidir, conformándome con el dictamen del

comité político, que escrupulosamente se guarde también en los tiempos venideros».

Esto en lo que se refiere a los sacrificios al Cielo, que; respecto a Confucio, el mismo decreto es tan explícito y no menos riguroso. «La virtud, dice, y el talento de Confucio, no han tenido rivales en el mundo, por lo cual debe ser venerado a perpetuidad. La nueva república debe conservar el culto que ha venido tributándosele desde los tiempos más antiguos. Estos sacrificios en honor a Confucio se harán dos veces al año, en la primavera y el otoño, y el día de la apertura del curso de las escuelas y universidades y en el aniversario de su natalicio».

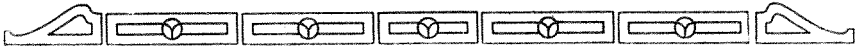
Los católicos, protestantes, budistas, taoístas, etc., que venían haciendo—como hemos dicho—una campaña activísima en pro de la libertad de cultos, quedaron estupefactos, mudos de espanto a la vista de estos decretos, porque si bien Yuan-che-Kai y sus consejeros se explicaban diciendo que por ellos no se impone a la China, como obligatoria, religión alguna de Estado, y que en la persona de Confucio sólo se venera al filósofo y su doctrina y su moral, con todo, es evidente que se trata de una veneración perfectamente supersticiosa, y como tal, prohibida a los cristianos, católicos o protestantes.

Los cristianos chinos y las carreras del Estado.—Si únicamente se tratara de rendir tributo de admiración en las escuelas de diversos grados a la cultura literaria de los viejos autores, modelos acabados de estilo chino, esta tendencia nada tendría de reprochable. Porque no puede negarse que entre los jóvenes chinos que cultivan las ciencias llamadas europeas, hay muchos que se encuentran en una ignorancia lamentable de lo que debieran saber antes de todo, su propia lengua, la literatura nacional. Problemáticos y todo, los gloriosos hechos, las hazañas de los antiguos héroes de la vieja China, que se describen con vivo colorido en hermosas leyendas, aprovecharían grandemente a los jóvenes chinos.

Mas, por desgracia para la China, el fin que en ese decreto persiguen el Presidente de la República y sus consejeros pagano-confucistas, es muy otro. Quieren que los grandes letrados y héroes de la vieja China sean venerados, como lo eran en la antigüedad; por ritos sagrados. Es verdad que se nos dice que esos honores, esos ritos, en manera alguna constituyen un culto religioso; pero los católicos juzgamos las cosas muy de otro modo. Condenamos como supersticiosas ciertas prácticas recomendadas en los documentos oficiales, particularmente la postración ante las tabletas de Confucio, ordenada para escuelas, colegios y universidades del Estado.

La consecuencia es clara, evidente a todas luces; si los mandatos de la Presidencia y las leyes y provisiones del Ministerio de Instrucción

pública han de observarse a la letra, los católicos y los protestantes tienen, por el hecho de serlo, cerradas las puertas de los colegios y universidades, y, por ende, el acceso a los grados académicos y a las carreras del Estado. Y de esta suerte, la China veráse privada del concurso de los jóvenes cristianos, los cuales, frecuentemente, ya por su capacidad intelectual, bien por la moralidad y fuerza de sus costumbres, pudieran rendir a la nación grandes servicios. ¡La joven China ganaría mucho si, olvidando de una vez para siempre rancias prevenciones, diera la más amplia libertad a las ideas religiosas de todos los ciudadanos. Sus mejores súbditos los hallará entre sus cristianos.



BUDISMO

Lo que significa la palabra «Buda».—Introducción del Budismo en China.—Vicisitudes que el Budismo ha sufrido en China.

Lo que significa la palabra «Buda».—Quien desee vivir larga vida, suelen decir los chinos, ha de encomendarse a Lao tse; si quiere ser adinerado y poderoso en la tierra, póngase bajo la protección de Confucio; el que se propone practicar la virtud, ser hombre honrado y sin mancha, alístese bajo la égida budista, dirija sus miradas a Buda.

Con la palabra genérica «Buda», los chinos quieren significar a los sabios que, de vez en vez, y según las necesidades de cada época, aparecen en el mundo para iluminarlo, para instruir y conducir a los hombres de buena voluntad por la senda de la virtud y de la vida. Todo «Buda» es para ellos un salvador, no precisamente por naturaleza, sino por gracia de los méritos acumulados durante sus existencias precedentes.

Si preguntáramos a un mongol o a un tibetano quién es Buda, respondería inmediatamente que era el salvador del mundo. Y yo, por experiencia personal, puedo asegurar que la idea de la redención del género humano, que la idea de la encarnación divina es tan común, tan popular entre los budistas, como la que nosotros tenemos de la verdad de la venida de N. S. Jesucristo a la tierra en virtud de su amor infinito hacia el hombre, su criatura de predilección, y la que tenemos de sus milagros y de su admirable y pobre y trabajosa vida; los budistas, al escuchar de labios de un católico estas cosas, se limitarían a exclamar: Jesucristo ha hecho lo que han hecho nuestros Budas. «Buda no es un dios, sino sencillamente un hombre que se ha perfeccionado a sí mismo, y que, por medio de la mortificación, ha adquirido la victoria y el dominio completo de sus sentidos y logrado la plenitud de la sabi-

duría y la perfecta iluminación del entendimiento; es el maestro de la humanidad y su guía y salvador» (1).

Mas la palabra Buda no es solamente su nombre de oficio, sino que es también un personaje histórico y real, célebre en la India, y padre y fundador de las instituciones y de la doctrina comprendidos bajo la denominación general de «Budismo». Según unos, este personaje histórico nació el año 1031. La responsabilidad de esta fecha, siguiendo la opinión del P. Wiegner (2), habrá que dejarla al *Miroir historique*, porque no sin grandes probabilidades los anales chinos de los Mé (380-556) fijan su nacimiento en Behar, reino de Mogada, a orillas del Ganges, el año 687 antes de J. C. Hay dos maneras de contar la era budista, y así los unos hacen vivir a Buda en el siglo x y los otros en el vi antes de la era cristiana. Si hemos de creer a los libros de sus secuares, Buda tenía color y tinte de oro puro; su cuerpo era sin mancha ni irregularidad alguna, como la piedra mármol; sus cabellos eran de color lápiz-lázuli (el lápiz-lázuli, silicato aluminoso de sosa y cal, tiene hermoso color azul y empléase para preparar el azul de ultramar) y caía formando bucles redondos no mezclados ni ensortijados; poseía, asimismo, todas las bellezas, los encantos todos de la naturaleza. De palabra persuasiva, dotado de una extraordinaria inteligencia, de un corazón compasivo para el menesteroso como para el rico, de una dulzura de trato y una disposición sin reserva para recibir sosegado e impávido toda suerte de insultos, de conducta sin mancha, y dotado, en fin, de cualidades verdaderamente excepcionales, Buda, en la propagación de su doctrina, ejercía tal atracción sobre las masas, que el vulgo decía: «los dioses bajan del cielo para verle y para oírle». Agobiado por la asombrosa actividad de sus predicaciones, y habiéndole hecho daño una comida de carne fresca de cerdo, dicen las leyendas que se echó al suelo, y después de pronunciar la frase «nada es durable», expiró.

Mucho se ha fantaseado alrededor de la vida de este personaje, pero la crítica, a nuestro modo de pensar, no ha podido aún formarse un concepto exacto, justo y cabal de ella. Y sin que éste arduo y tal vez insoluble problema—por otra parte nada interesante a nuestro objeto—nos distraiga demasiado en estas breves *observaciones y notas*, pasaremos a hablar de la

Introducción del Budismo en China.—El año 65 de Jesucristo, Ming-ti, XV emperador de la dinastía de los Han, abrió al Budismo las puer-

(1) Juvencio Hospital. *Las religiones chinas*, ya citado, pág. 227.

(2) Véase L. Wiegner, S. J. *Textes historiques*, pág. 120. Ho-Kien-fou, Imprimerie de la Mission, 1902.

tas de China. El hecho es contado de diversas maneras. Sin embargo, aceptamos como más probable la relación siguiente (1). El año 65 de la era cristiana, un hombre dorado y resplandeciente apareció en sueños a Ming-ti. El Emperador reunió todo su consejo para obtener la explicación del misterioso sueño. Uno de sus ministros, llamado Fu-i, le habló y dijo: He oído decir que en el país de Tarim (India) hay un Chen (santo) llamado Fuo: debe de ser el que ha aparecido a Vuestra Majestad. El emperador nombró una embajada compuesta del consejero Trae-tsing y el literato Tsing-King para que inmediatamente se pusieran en camino hacia el Occidente, hasta la India, con orden de no volver a su país hasta encontrar al *Santo* que el *Cielo* le había hecho conocer. Era por entonces, poco más o menos, cuando Santo Tomás predicaba el Evangelio a los indios. Dos o tres años más tarde, los embajadores volvían a Lao-yang, villa situada cerca de Kai-fung-fu, capital actual de la provincia del Honan, donde se hallaba la corte. Los embajadores eran portadores de la estatua de Buda, y venían acompañados de varios bonzos, dos de los cuales Kashiapa-Matanga y Dharma-Aranga son bien conocidos en la historia china. El emperador les hizo espléndido recibimiento, dándoles por morada un amplio y regio local, fuera de los muros de la capital. Los bonzos hicieron una traducción de sus libros budistas. Hecho el examen de la traducción, hallóse que sus dogmas o doctrinas consistían en cinco puntos principales: 1.º Tender a Nirvana (Nirvana—que luego explicaremos—es una creencia budista según la cual el ser humano, después de la muerte, se identifica con la esencia divina). 2.º Practicar obras de caridad y de misericordia y no dar muerte a ser viviente. 3.º El alma del hombre no se aniquila después de la muerte, sino que pasa a un nuevo cuerpo (transmigración). 4.º Las acciones buenas o malas hechas durante la vida son premiadas o castigadas ultratumba; y 5.º Practicar todo acto de virtud a fin de constituirse en Buda.

Así se introdujo en China el Budismo, con sus bonzos, sus libros y sus imágenes. Sin embargo, en un principio hizo pocos prosélitos el Budismo, y sólo unos cuantos príncipes de sangre y mujeres del harén, gente ociosa y ávida de novedades, parece que abrazó la secta. La glosa (2), comentando el hecho de la introducción del Budismo en China, dice: «En tiempo de las dinastías y de nuestros antiguos sabios, el Budismo hubiese sido proscrito sin perdón, por ser sus preceptos

(1) Así describen la introducción del Budismo en China, L. Wieger, *Textes historiques*, ya citados, pág. 808. Ilmo. Juvencio Hospital, *Las religiones chinas*, ya citado, pág. 206, y P. Lecomte, *Lettres sur Peking*, pág. 417.

(2) Véase, al efecto, lo que escribe L. Wieger, lugar citado de *Textes historiques*.

y los ejemplos de Buda manifiestamente subversivos de todo orden. Mas el emperador Ming-ti tenía un padre y le entusiasmaba el Budismo, que destruía la doctrina de la piedad filial. El emperador de China afilióse a una sociedad de bárbaros extranjeros, y con ello labró a la China males sin cuento que duraron millares de años. El error, el pecado cometido por Ming-ti es de los que claman al cielo». ¡Singular figura, en efecto, la de este emperador, confuciano y budista al mismo tiempo! Porque, aun cuando la historia no lo dice expresamente, una anécdota prueba que fué personalmente devoto de Buda. Ming-ti tuvo querrela con su hermano Ying. Este, para ganarse la voluntad y aplacar la ira del emperador, le hizo saber que había renunciado al Taoismo, que, tras un ayuno de tres meses, había jurado a Buda enmendarse de sus defectos, y que con sus propios intereses contribuiría en adelante a sustentar y apoyar a los bonzos. Si el emperador no hubiese sido públicamente favorable al Budismo, su hermano no empleara ese argumento de persuasión.

Vicisitudes que el Budismo ha sufrido en China.—Si pasamos de largo unas cuantas páginas de la historia china, y llegamos al año 194 de la era cristiana, nos encontramos con el reinado de Liou-hie, emperador Hien (190-220) el último de la dinastía Han, y aquí una anécdota interesante desde el punto de vista de la propagación del Budismo en China. Un tal Tao-Kien, gobernador imperial, tenía un subalterno, *factotum* de la provincia de su mando. Ti-young, que así se llamaba este hombre, era budista, y para dar mayor renombre y pompa a las ceremonias de su culto, invitaba al pueblo al estudio de los libros budistas. Llamó de las provincias vecinas a las familias adictas a la secta, colocándolas decorosamente en términos de su jurisdicción; de esta suerte pudo reunir más de cinco mil familias de convertidos al Budismo. Cuando estas familias celebraban sus procesiones, abluciones y fiestas en honor de Buda, hacía extender por el suelo preciosas alfombras y esteras de colores. Mas Tao-Kien fué vencido en guerra con otro general (Tsao-tsao), y su lugarteniente Ti-young vióse obligado a huir seguido de todos sus cofrades budistas, refugiándose en Koang-hin, cuyo gobernador les hizo un buen recibimiento. Ti-young y los budistas, viendo que la plaza era rica y poco defendida, se sublevaron, haciéndose dueños de todo. Buda, sin embargo, no siempre les fué propicio. Ti-young era atacado y vencido por el general Liou-you: la hecatombe de budistas fué horrorosa.

Después de la gran dinastía de los Han, que había ocupado el trono de la China durante cuatro siglos y medio, y que terminó el año 220, hasta la fundación de la dinastía de los T'ang, célebre como la que más

en la historia del Imperio celeste, hubo en China una serie de efímeras dinastías y reinados, durante un período de enormes disturbios y contiendas a mano armada. En esta época precisamente, diría yo con perdón de la historia, y a pesar de lo que acabo de referir en párrafos precedentes, debe colocarse propia y verdaderamente la introducción en China del Budismo como *secta religiosa*. Me fundo para ello en que durante 270 años, el Budismo, predicado única y exclusivamente por los bonzos indios, no había penetrado en el corazón del pueblo chino. Durante todo ese tiempo, fué tan solo una novedad reservada a ciertos *dilettanti*, más bien que una secta con sus adeptos. Mas ya lo cosa va a cambiar de aspecto.

Combinando fechas, allá por los años 330 a 340, nos encontramos en la historia con un señor Chen-li, que a sí mismo se llamaba Rey celeste del gran Tchao, y con su heredero y sucesor, Chen-hu, borracho y libertino. El heredero presunto de este último, Chen-sui, era antropófago. De cuando en cuando hacía cortar la cabeza a varias mujeres del harén, y bien preparadas y fritas, las servía a sus convidados, teniendo buen cuidado de hacer pasar antes la cabeza cruda a la vista de los invitados para hacerles ver que no habían sido inmoladas las menos bellas. Chen-hu descargaba en su *digno* hijo muchos de los negocios de Estado. Cada vez que no los resolvía a su placer, Chen-sui recibía una paliza; diz que de esta manera le salía la cuenta a tres o cuatro *tundas* mensuales. Chen-sui se cansó luego de este régimen y atentó contra la vida de su padre y soberano. Un bonzo, famoso por entonces, llamado Buda-fanga (1), advirtió a Chen-hu del peligro que su vida corría. Chen-sui fué decapitado con sus mujeres y niños. Sin ser ellos muy devotos del Budismo, Chen-li y Chen-hu, por agradecimiento, dieron honores a los bonzos y decretos de tolerancia para su secta. Los

(1) La historia de los Tsin, cap. 95, dice hablando del famoso Buda-fanga: «En 310 llegó a China, haciéndose pasar por hombre de más de cien años de edad. Había nacido en la India, y desde su infancia se había consagrado al estudio de la doctrina budista. Se alimentaba principalmente del aire, y, en consecuencia, pasaba largas temporadas sin tomar alimento. Recitaba admirablemente las fórmulas y palabras mágicas, y hacía obedecer y servir de los K'oei (diablos) y de los Chen (espíritus). A un lado del abdomen tenía una abertura que se llenaba con un tapón de algodón. Cuando, de noche, destapaba la abertura, salía de ella un rayo de luz que iluminaba el libro y la habitación. Los días de purificación budista, muy de mañana, dirigiase al borde de un río de aguas corrientes, sacaba una por una, de dicha abertura, todas sus vísceras interiores, las lavaba en el agua, y luego las volvía a colocar en el mismo lugar. Mas en lo que Buda-fanga sobresalía era en su admirable previsión de las cosas futuras, interpretando el sonido de unas campanillas que tenía colgadas del tejado de su casa. Sus predicciones eran infalibles...»

bonzos indios llegaron a tener novicios chinos, y estos novicios, hechos mayores, propagaron rápidamente el Budismo. Se edificaron pagodas, y gran número de chinos se hicieron rapar la cabeza e ingresaron en las boncerías. Los Simancos chinos (bonzos de Chamen) pululaban por todas partes.

Después, hasta el año 881, la historia general de China no hace memoria del Budismo, sino es para decir que en 366 se consagró al culto búdico la primera de las grutas de Cha-tchou, en el Nan-sam, o para referirnos la introducción y propaganda de la secta en Corea, año 372, por el bonzo Cho-un-tao. Cuéntase que más tarde, precisamente a las postrimerías del reinado del tristemente célebre emperador Hiao-ou-ti, de los Tsin, año 381, el monarca, habiéndose hecho convencido budista, hizo establecer una boncería en su propio palacio, donde, despreciando amonestaciones y ruegos de sus fieles servidores, pasaba los días con sus bonzos. Parece ser que el Budismo no consiguió hacerle reformar sus depravadas costumbres, pues la historia, el año 389, nos dice de él: «Al principio, el emperador dirigía los negocios de Estado personalmente, como buen príncipe. Mas habiéndose entregado a la bebida y a la lujuria, ya no era él, sino un tal Sen-matao-tsen quien realmente gobernaba. Ahora bien, éste se dió también al vino, y ambos pasaban los días y las noches cantando báquicas canciones. *Ferviente* budista, el emperador vació el tesoro imperial en favor de los bonzos de ambos sexos, con los cuales vivía en la mayor intimidad». Y añade: «Un día, el analista Lou-ua, pasando ante las puertas del palacio imperial, exclamaba: ¿Es posible que podamos permitir que esta morada se convierta en una boncería? Además, el comandante de la guardia imperial, Hfu-yíng, puso su *placet* a un decreto que decía así: Gentes miserables y ruines, bonzos y bonzas, gobiernan y disponen a su placer, vendiendo los altos cargos de Estado a quien mejor paga. ¡Ya no existe justicia en el Imperio! ¡Buda, un espíritu extranjero, con sus dogmas oscuros y vacíos de sentido, reina en todo por sus ministros, bonzos y bonzas, que propagan sus cinco preceptos y sus groseras observancias en el pueblo ignorante para arrancarle sus riquezas!...» El decreto no fué oído, ni tuvo, por consiguiente, efecto alguno satisfactorio. Y con esto, y con que seis años más tarde, en 405, Yao-híng, rey de Tsin, llamara a su corte al célebre bonzo Kumarajiva (que significa maduro de temprana edad), tratándole como a un dios y asistiendo él con todos sus ministros a todas las instrucciones que a sus monjes daba este Samaneo, se levantaron de Oriente a Occidente y de Norte a Sur de la China innumerables y magníficas boncerías, y pagodas y torres budistas. Aparte de esto, y como si ello no bastara a la propaganda de la

secta, varias expediciones de los bonzos más afamados de la India llegaron por este tiempo al Celeste Imperio como a tierra conquistada.

El emperador Nam, devoto de Buda, que reinó de 397 a 418, fué el último de los monarcas de la dinastía de los Tsin. Después hubo varias otras de tan corta duración, y con soberanos tan ruines y miserables, que la historia ni se digna siquiera incluirlas, a no ser de pasada y como por no perder el hilo de la narración, en la lista de las dinastías chinas. Sin embargo, en lo que afecta a la historia del Budismo en China, la siguiente dinastía de los Soung (420-478) nos ofrece, en muy corto espacio de tiempo, uno de esos fenómenos frecuentes en la historia de las naciones, y especialmente en la del pueblo chino, por ser la inconsecuencia, la incoherencia, un como principio fundamental y característico de los gobiernos de este país.

Aparte de otras pequeñeces y decretos con los que el Budismo y los bonzos ganaban bien poco, por los años 446, reinando el emperador Wen-ti, segundo de los Soung, nos encontramos con un personaje, reyezuelo que se hacía llamar Príncipe Genio de la Paz Suprema, el cual Príncipe Genio, conocido en la historia con el nombre de Tuo-pa-tao, dice que, visitando un día uno de los templos budistas, admiróse de ver en una de sus dependencias un depósito de armas de fuego. Ojo alerta, fué recorriendo todo y dió con una habitación donde los bonzos hacían y guardaban buena cantidad de aguardiente... y, en fin, llegóse a un subterráneo lleno de mujeres y de candidas doncellas. *Edificado*, naturalmente, Tuo-pa-tao de la vida y costumbres que se observaban en aquel monasterio, condenó a muerte a todos los miembros del mismo, sin excepción alguna. Un ministro suyo, Tsoei-hao, enemigo declarado del Budismo, aprovechó tan bella ocasión para aconsejar al Príncipe que hiciera lo mismo con todos los bonzos de la jurisdicción. «Quemad, le decía, y destruid todos sus templos, todos sus libros, todas sus imágenes». Consintió el reyezuelo y dió un decreto concebido en estos términos: «En tiempos pasados, un príncipe imperial de la dinastía de los Han, dando crédito a una doctrina falsa y perversa, acabó con los buenos usos y ritos antiguos y suprimió la enseñanza de los clásicos. Yo he decidido dar muerte a esa falsa doctrina y restablecer la verdadera. En consecuencia, ordeno que la policía busque cuantos objetos existan relacionados con el culto budista en toda nuestra jurisdicción y los quemem públicamente. Los bonzos todos, sin distinción de edad ni de sexo, son, por las presentes, condenados a muerte. En adelante, quien diese culto a los Chen (espíritus) exóticos, es condenado, sin perdón, a la pena capital con toda su familia».

Había por entonces un príncipe de sangre real, Tuo-pa-hoang, fer-

viente budista, que hizo todo lo posible por evitar se promulgase el terrible decreto, y si no lo consiguió del todo, obtuvo, sin embargo, que se retrasara su promulgación los días suficientes para que un buen contingente de monjes se salvara con sus libros y sus imágenes; los templos budistas fueron todos destruidos. El golpe que recibiera el Budismo fué tremendo.

Pero es lo que decíamos que pasa en la historia de los pueblos, y especialmente en la del chino; apenas había muerto Tuo-pa-tao, en 452, y caliente aún su cadáver, Tuo-pa-tsung, su sucesor, anuló las leyes de proscripción y, comenzando por permitir la erección de un templo por distrito y el ingreso en los mismos a razón de cuarenta o cincuenta bonzos en cada uno, no guardándose estas restricciones, como la historia lo confiesa ingenuamente, resultó que cuanto Tuo-pa-tao echó por tierra, Tuo-pa-tsung lo levantó con creces. Este se hizo tan devoto budista, que llevaba la cabeza rapada como los bonzos, y en 467 hizo fundir una gigantesca estatua de Buda, empleándose en ella no menos de cien mil libras de cobre y seiscientas de oro puro. La Historia, burlándose de Buda y del rey, registra aún, al año 469, el hecho siguiente: Un superior general de los bonzos, llamado Tang-yao, presentó al Gobierno la demanda siguiente: Como el pueblo no sabe vivir al día, fuera conveniente conceder el título de nobleza a cuantas familias depositen en las boncerías seiscientas medidas de grano cada año; en tiempos de escasez y de hambre, los bonzos se encargarán de distribuir estos granos a los pobres necesitados. Además, fuera bueno que se concediera el título de «individuos de la legión de Buda» a los miserables esclavos de los tribunales; éstos podrían servir para la limpieza, aseo y demás trabajos de las boncerías. Como Tuo-pa-tsung concediera cuanto se le pedía, luego los graneros de los bonzos se llenaron, y fueron muchas las familias *nobles* del reino. Tuo-pa-tsung retiróse definitivamente a una pagoda que él construyera en su parque real, donde apartado del bullicio del mundo, vivía en comunidad con los monjes contemplativos y ascéticos.

Nos dice la historia que un poco antes, por los años de 458, el bonzo Tan-piao, gran mago él, se creyó llamado a organizar una fuerte revolución para destronar al emperador Hiao-ou-ti (454-464), y hacer que ocupara el trono un tal Kao-che, su amigo y devoto. Descubierta la conspiración, fueron decapitados los conspiradores, y el soberano dió un edicto contra los bonzos, ordenando que a todos se diera muerte sin remisión (1).

(1) Aquí tenemos una prueba evidente de las circunstancias porque ha atravesado el Imperio chino en aquella época de disturbios y disensiones intestinas. Nos halla-

A la dinastía de los Soung, sucedió la de los Tsi, que duró veintidós años (479-501); vino luego la de los Leang, que vivió cincuenta y cuatro años (502-556); tras los Leang, los Tchuang, con un año de existencia (557-558); finalmente, los Sui, con veintiocho años de vida (559-617), cuyo último emperador, Yang-t'ung, conocido oficialmente con el nombre de Kung-ti, fué asesinado. Dice la historia que, habiéndosele significado que debía morir, extendió en el suelo una estera, y puesto sobre ella, invocó a Buda en estos términos: «Hacedme la gracia de que no renazca como miembro de una familia imperial». Dicho esto, bebió el mortal veneno, pero, como no pereciese al pronto, los áulicos, que deseaban verle cadáver, le estrangularon.

En fin, caso frecuente en China, un general enérgico vino a restablecer la paz del imperio. Li-che-min, que era el valeroso soldado, proclamó emperador a su propio padre, con el nombre de Tang-kao-tsu, que es el primero de los monarcas de la grande y célebre dinastía T'ang, cuya capital fué la actual Sian-fu, de nuestra provincia del Shensi. En 626, el emperador retiróse para acabar sus días en un palacio independiente, abdicando en favor de su hijo, que tomó el nombre de Tang-tae-tsung.

Limitándonos a nuestro asunto, debemos registrar que los últimos meses del año 626, que oficialmente forman parte del reinado de Kao-tsu, el nuevo emperador tomó, en materia religiosa, importantes decisiones. Relacionado con el Budismo, uno de sus ministros, Fu-i, presentóle un memorial que, en resumen, decía: «El Budismo vino del Tarim bajo una forma extraña y bárbara, a pesar de lo cual, en un principio no ofrecía peligro alguno. Mas luego, después de los emperadores Han, se tradujeron a nuestra lengua china los libros indios de la secta. Su difusión por el país fué causa de que, poco a poco, la fidelidad hacia el Soberano y la moral relativa a la piedad filial, degeneraran. El pueblo se afeitaba la cabeza a lo bonzo, se negaban al príncipe y a los padres de familia los honores que les son debidos, perdióse todo espíritu de obediencia y sumisión. Los bonzos hicieron creer al pueblo que Buda era el árbitro de la vida y de la muerte, de la fortuna e infortunio, de la riqueza y pobreza. Antes que Buda fuese conocido en China, los príncipes fueron grandes, los ministros fieles, los sacrificios ofrecíanse con regularidad. Después que se comenzó a dar culto a ese

mos aquí en presencia de un imperio dividido en pequeños reinos independientes. ¡Y qué imperios! ¡Y qué emperadores! ¡Qué reinos! ¡Qué reyes! Nos parece esta la época más difícil a estudiar de la historia china. Algunos autores la pasan por alto, citando, a lo más, el nombre de las dinastías de esa época.

Chen exótico, los bárbaros han invadido nuestro país, los príncipes son una nulidad, el gobierno es tiránico, los ministros traidores, los sacrificios han sido abandonados. Actualmente, los bonzos de ambos sexos se cuentan por millones. Fuera de desear que éstos se casaran entre sí, lo cual daría un producto de más de cien mil nuevas familias con hijos, de los cuales pudieran hacerse buenos soldados, defensores de la Patria...» El memorial fué sometido a deliberación. El resultado fué favorable a la demanda.

El 648, anterior a la muerte de Tae-tsung, el planeta Venus se hizo visible frecuentemente durante el día. Un célebre astrólogo declaró con toda gravedad que el fenómeno era presagio de que una mujer usurparía el trono de los Tang. Al mismo tiempo, una profecía se hizo muy común, según la cual, después de tres emperadores, la dinastía sería aniquilada por una mujer llamada Ou. Estupefacto el emperador, llamó a su presencia al astrólogo, y preguntándole si esta profecía y oráculo eran dignos de fe, el adivino respondió categóricamente: «Tan cierto es todo eso, que la mujer fatídica está ya en vuestro propio palacio; sentarse en ese vuestro trono dentro de treinta años; ella hará perecer a gran parte de la familia Tang. Desgraciadamente, añadió el astrólogo, los signos que lo anuncian hacen que el hecho sea inevitable. ¿Y si yo, dijo el emperador, diese muerte a todos los moradores de palacio? Lo que el cielo ha determinado realizar, el hombre no lo puede impedir, contestó el astrólogo». Se dice que se trata aquí de una profecía hecha después de los acontecimientos; el caso es que resulta curiosísima por todos conceptos y en extremo interesante la historia de China en un espacio de menos de cien años, que los ocupa casi por completo una mujer, espíritu diabólico, fecunda en recursos para salir de aprietos, concubina del emperador Tae-tsung primero, esposa después de su hijo Kao-tsung, asesina del hijo e hija de éste y también de dos emperadores, de un número increíble de príncipes, altos funcionarios y otros rivales suyos; usurpadora del trono equivalentemente durante cuarenta y seis años y absolutamente durante más de veinte, llevando títulos tan relumbrantes como Madre Emperatriz Sobrenatural, Emperatriz Superior a todos los antiguos, Grande y Santa Emperatriz Mandataria del Cielo; sanguinaria, política hábil y... supersticiosa hasta las cachas. Como no faltase un bonzo, Fa-ming, que leyendo un libro de la secta die- ra con una profecía que Buda hiciera a un tal Deva: «Antes que te conviertas en Buda reinarás sobre el mundo en forma o cuerpo de mujer, y en todas las ciudades y villas y aldeas, los hombres y las mujeres, los grandes y los pequeños aceptarán los cinco preceptos y observarán la ley y los ritos (de Buda)» y descubriera que la emperatriz Ou era ni más

ni menos que la Buda que *había de venir*, por consiguiente que había de ocupar el trono (ya lo ocupaba de hecho), para reinar sobre el mundo, fácilmente se comprende el desarrollo que adquiriera el Budismo, especialmente luego que ese admirable descubrimiento se hizo público por todo el imperio, y la emperatriz dió en llamarse, con preferencia a todos sus títulos precedentes, Santa Sobrenatural Emperatriz Depositaria del Disco de Oro (1). En cada esquina de cada calle de cada pueblo, se levantó una pagoda.

Esta tristemente célebre mujer moría en 705 después de haber abdicado, casi en la agonía—tal era el gusto que sentía en mandar—a favor de su hijo Tsun-tsung, quien la sobrevivió pocos años, pues en 710, habiendo comido una galleta amasada por su propia esposa, pasó *ad patres*, sucediéndole en el trono, gracias a una conjura tramada contra la emperatriz asesina, que fué también decapitada, su hermano Joei-tsung. La primera preocupación del emperador fué consagrar sus dos hijas como bonzas del Budismo o Taoismo, edificando un convento para cada cual de ellas. Quisieron impedirlo algunos de sus ministros o censores. «Para exhortaros a que no lo hagáis—le dijeron—os recordamos preciosos ejemplos de antiguos y modernos príncipes y soberanos modelos. Sabéis que vuestro abuelo Tae-tsung fué un gran príncipe, a quien todos los negocios le salían según su corazón. Ahora bien, Tae-tsung no autorizó sino poquísimos templos budistas, y durante su reinado, muy pocos eran los ciudadanos que obtenían permiso para consagrarse al servicio de ese espíritu extranjero. ¿Lo hizo mal? Sabemos que el cielo le colmó de favores. Vuestro hermano Tsun-tsung edificó innumerables templos budistas, y durante su reinado, todo el mundo podía consagrarse al servicio de las boncerías. ¿Lo hizo bien? Cierto es que fué juguete de una mujer que terminó por asesinarlo». El emperador admiróse de la franqueza de sus ministros—dice la historia—pero no por eso dejó de ofrecer sus dos hijas a los espíritus... y llegaron a ser abadesas de sus respectivos conventos.

En 740, durante el reinado de Hoang-tsung, hijo de Hoi-tsung, las crónicas de nuestra capital provincial (Shensi-Sianfu), nos recuerdan que sólo en el perímetro de la ciudad había 46 pagodas y conventos de bonzos con 27 de bonzas budistas, y eso que en 714 el mismo emperador había dado el decreto de secularización contra 12.000 bonzos de ambos sexos, y prohibido edificar nuevos templos y boncerías, fundir estatuas y copiar libros de la secta.

(1) Disco de Oro, que se dice caído del cielo, como signo de investidura de los Soberanos escogidos para la propaganda del Budismo.

En 845, reinando Ou-tsun, de los mismos Tang, se dió al Budismo el golpe más terrible que antes ni después haya recibido en China. Veamos, por curiosidad, algunos de los documentos relativos a este célebre asunto religioso-budista.

La historia china dice: «Año 845. Descontento en gran manera de que los bonzos de ambos sexos *devorasen* el Imperio, el monarca resolvióse a dar contra ellos el golpe de gracia. Comenzó por ordenar se destruyesen todas las pequeñas boncerías situadas en las montañas y en la campiña. Enseguida, por decreto, ordenó que en Sianfu y Lao-yang se dejase tan sólo una pagoda con un *maximum* de treinta bonzos. Igual gracia se concedía a limitadas villas de grande importancia. Todos los demás bonzos de ambos sexos eran obligados a volver al siglo. Salvo las pagodas toleradas, todas las demás debían ser irremisiblemente demolidas en tiempo prefijado. Delegados imperiales enviados a todas partes, presidían, a nombre del emperador, la ejecución del edicto. Tierras y bienes de las pagodas eran confiscados en provecho del fisco. El bronce de las estatuas y campanas, fundido y convertido en sapecas. Como consecuencia de este edicto, fueron destruidas en todo el imperio más de 4.600 pagodas y boncerías; las pequeñas pagodas desaparecidas no bajaban de 40.000. Se calcula que los bonzos secularizados fueron en número de 260.500 personas. Las tierras confiscadas eran millares de hectáreas de *king* (el *king* equivale a más de 600 áreas); los esclavos libertados de las pagodas 150.000». Como es costumbre en China en tales semejantes ocasiones, muchos funcionarios se excedieron en las facultades que el edicto les concedía, y dieron muerte alevosa a un gran número de bonzos.

El texto del edicto de proscripción, probablemente original y de puño y letra del emperador, dice así: (1) «Que yo sepa, en tiempo de las tres dinastías (Hia-Chang Ying y Tchou), el nombre de Buda era desconocido en China. Fué en tiempo de los Han cuando las imágenes y los libros budistas penetraron en el Imperio. Corriendo los años, esa hierba rastrera, esa superstición indigna, se ha propagado en tal grado, que llega ya a destruir nuestras costumbres nacionales y a pervertir al pueblo. En las provincias, en las capitales y villas y aldeas, los discípulos de los bonzos se multiplican de un modo alarmante. Los templos budistas hállanse cada día más frecuentados. El pueblo gasta sus fuerzas edificando esos templos y sus dineros en adornarlos elegantemente. Los dos primeros emperadores de nuestra gran dinastía pacificaron el país por las armas y reformaron sus costumbres por medio de la ense-

(1) Véase en L. Wieger, lugar ya citado de *Textes historiques*.

ñanza. Las armas y la instrucción son los dos agentes indispensables y suficientes a gobernar la China. ¿A qué título, de consiguiente, ha de imponérsenos una doctrina vil, absurda e importada del Occidente? En diferentes ocasiones los emperadores emprendieron contra ella, pero no la exterminaron, y el mal continúa minando la sociedad. Yo, el emperador, por examen y conocimiento propio, y habiéndolo consultado con mis ministros y gobernadores, ordeno que 4.600 grandes pagodas y boncerías sean demolidas; que 260.500 bonzos de ambos sexos sean inmediatamente secularizados; que 40.000 pagodas rurales esparcidas por las villas y aldeas del imperio sean destruidas; que los millares de hectáreas de *king* de excelentes tierras, que constituyen hoy la principal riqueza de las boncerías, sean confiscadas. La tolerancia ha durado demasiado y es necesario que termine de una vez para siempre...»

El edicto, según los historiadores, cumpliósese a la letra, así que el golpe recibido por el Budismo fué tremendo. Pero ¿qué? Murió el emperador un año más tarde, efecto tal vez de una droga, precisamente el elixir de la larga vida que le dieron los taoístas, que en esta hecatombe tuvieron también ellos harto que sufrir, y el primer acuerdo de su tío y sucesor, Suang-tsung (844-859), fué deshacer lo que su predecesor había hecho contra los budistas. Estos comenzaron enseguida a levantar cabeza con nuevos bríos y fervores. Calcúlese la vitalidad del Budismo teniendo en cuenta que en 955, habiendo ordenado el emperador Chentung (954-959) la supresión de todas las pagodas erigidas sin decreto de autorización, se hallaron sólo 3.646 con sus documentos en regla, y se procedió a la supresión de 30.000 no autorizadas. Y un poco más tarde, en 1019—nueva dinastía Soung—las crónicas nos señalan la existencia en China de 230.127 bonzos y 15.643 hembras de la secta.

Y así continuó el Budismo, perseguido unas veces, y sacando fuerzas de la misma persecución, contemplando hoy sus templos destruidos por el fuego o el picachón, para mañana, en el mismo lugar, levantarse con sus torres más erguidas y orgullosas que precedentemente, durante las siguientes dinastías: la de Yuan, mongola (1280-1367); la china de los Míng (1368-1643), y la tártara de los Tsing (1644-1911), que es la destronada por la revolución última, que implantó en China el régimen republicano.



VI

El Budismo en teoría.—Nirvana.—Breve respuesta a una objeción. El Budismo en la práctica.—Monjes budistas.—Corolario.

El Budismo en teoría. — «Lo primero que se me ocurre exponer acerca del sistema religioso del Budismo, dice el Ilmo. Hospital (1), es que, propiamente hablando, no existe tal sistema, por la razón evidente y sencillísima de que no puede existir, siendo, como es, el Budismo, una religión... completamente atea. Esto me parece indubitable si se atiende a los principios fundamentales del Budismo; ahora que, como los Budistas, por una de esas inconsecuencias tan comunes en los hombres, no se conforman en la práctica con lo que admiten en teoría, cabe decir, en un sentido lato, que el Budismo es un sistema religioso».

Y tanto es verdad esto último, que no podrá negarse que el Budismo, como sistema religioso, tiene derecho a la más seria atención de todo espíritu verdaderamente pensador y reflexivo. Aunque fundado en errores capitales, enseña, sin embargo, un número sorprendente de los más bellos preceptos y de acabadas verdades morales. Del seno mismo de las tinieblas budistas se desprenden como rayos de luz de una claridad y fulgor sorprendentes. Para todo pensador, este sistema religioso es uno de los más grandes trabajos emprendidos para elevar a la humana naturaleza de su humilde nivel, arrancando del corazón las pasiones y disipando del espíritu el error. Es el más grande esfuerzo de la humana sabiduría para descubrir la causa real de nuestras miserias, y hallándola, curarlas en lo posible. Si el filósofo indio, que tan bien ha explicado el hecho de la degradación miserable del hombre, ha fracasado en sus tentativas para conducirlos por el camino de la verdad y de la vida, es debido a que el hombre es incapaz de enmendarse por su propio esfuerzo, es porque tiene necesidad de algo superior a él para salvarse.

Moralista más bien que filósofo, Buda discurre con más facilidad y

(1) Juvencio Hospital. *Las religiones chinas*, ya citado, pág. 222.

exactitud acerca de lo bueno y de lo malo, que de lo verdadero y lo falso, y su doctrina tiende más bien a corregir los vicios del corazón que los del entendimiento. Penetrando, por decirlo así, hasta la médula, hasta lo más recóndito de las existencias materiales, proclama su vanidad y su pequeñez, y el conocimiento que adquiere de las cosas de este mundo, le empuja a lanzar tremendas excomuniones contra toda existencia material. Para él la vida misma es un mal, y cuanto tiene existencia no es sino un fantasma hipócritamente lisonjero, y llama que con su esplendor engaña y que atormenta con la pena que causa.

De principios axiomáticos como estos, dérivase todo el sistema filosófico-religioso del Budismo. En el mundo que se agita y se mueve con viveza, en las alegrías y regocijos del corazón, en los suspiros del espíritu inundado de vehementes deseos, no ve sino sombras vanas, ilusión pasajera, impalpable y fugaz. Según esa doctrina, cuanto a los hombres nos rodea semeja a un buque cargado de mil penas y sufrimientos, navegando por mares desconocidos hacia un puerto ignoto, perdido en la bruma... hacia la muerte. Semejante a un artista de imaginación enferma, Buda riega todo lo existente con riego de amargas lágrimas. ¿Que el sol desaparece al anochecer envuelto en nubes grises o ígneas? es que el astro rey va llorando lágrimas de sangre y de fuego por su prematuro, rápido descendimiento. ¿Que la tierra, con sus flores olorosas y sus verdes plantas, se halla envuelta en ténue neblina? esa neblina no significa, no es otra cosa que las lágrimas de la tierra... El dulce murmullo de las aguas, el silbido de los vientos, el tumulto de las olas del mar, no son sino el llanto de dolor de la naturaleza, expresado con sonidos más o menos débiles, con voces más o menos fuertes. ¿Y a qué tanto dolor y lágrima tanta? ¿Cuál es su causa? Las pasiones del corazón, respondería Buda, y en especial la concupiscencia, la cólera, la ignorancia son la causa motriz. Y explicada así la causa del dolor, es fácil, según él, endulzar las lágrimas, hallando al efecto su remedio eficaz, que no puede ser otro que la observancia de los preceptos de la ley, y, mediante esto, libre el corazón de las pasiones, puede obtener un estado de completa indiferencia para todas las cosas.

Como entre los bracmanes, así entre los budistas la metempsícosis es un dogma fundamental. Para los unos y los otros, todo ser es como una flor cerrada que debe abrirse poco a poco hasta llegar a su completo desarrollo y a lucir sus variados y ricos colores. Todo ser, mediante evoluciones sucesivas, se desembara de la conexión que con la materia tiene, se purifica, se sustrae al ominoso yugo de sus pasiones y libre de los lazos con que el mundo a él ligado le tiene. Mas el resultado final no es el mismo entre los bracmanes y los budistas. Según los

primeros, todo ser, mediante estas purificaciones y sucesivas evoluciones, tiende a la esencia suprema, en la cual piérdese como una gota de agua dulce se pierde en el Océano; es la existencia individual que se pierde en la existencia universal. Ateo el budista, y negando, por consiguiente, el Ser supremo y hasta la realidad de las cosas, aspira a un estado de separación, de universal ilusión, de aniquilamiento y extinción del *yo* individual. Según los budistas, todo ser que eficazmente tiende a la perfección, a un estado de completa indiferencia para cuanto existe, cuando llega a obtenerlo, no se halla ya sometido a nuevas pruebas ni *obligado* a la ley de la existencia; su estado es el de Nirvana. ¡Y de ahí esa legión de anacoretas que, según se lee en los libros, se han dejado devorar de los tigres o morderse de venenosas serpientes antes que, resistiéndolas, salir de su estado de indiferencia tras arduo trabajo y vencimiento propio adquiridos! Y es que suponían que el cuerpo no era sino un simple compuesto de elementos, y como todas las demás cosas, pura ilusión y carencia de realidad.

Nirvana.—Según los budistas, hemos dejado dicho, todo ser que eficazmente tiende a la perfección, a un estado de completa indiferencia para cuanto existe, aun para la suya propia, cuando a obtenerlo llega, no se halla ya sometido a nuevas pruebas ni obligado a la ley de la existencia: su estado es el de Nirvana. Ahora bien, ¿qué es o qué quiere significarse con este término budista «Nirvana»? Acerca del Nirvana o Ni-pa-lam, como se dice en China, que es la suprema y última esperanza de los budistas ortodoxos, para algunos es la aniquilación total de la existencia; otros entienden que es una vida quieta y perdurable, en la que ni se goza ni se padece, por estar como adormecidos, o mejor dicho, muertos los sentidos; y no faltan quienes afirman que el Ni-pa-lam significa la terminación de la metempsícosis, y que los que han entrado en él quedan exentos para siempre de volver a nacer de nuevo, y de la muerte» (1). El Ilmo. Bigandet (2) dice que «la palabra Nirvana significa lo que ha terminado de ser y de agitarse, o bien un estado de calma perfecta. Así que, vivir en el estado de Nirvana, tal y como lo admite el Budismo, significa sencillamente ser conducido fuera del dominio de la existencia, de suerte que, a la idea de Nirvana, se asocia la de extinción, ni más ni menos, pongo por ejemplo, que una lámpara que cesa de arder, cuya llama se apaga por falta de combustible». El mismo Mgr. Bigandet refiere que, una tarde, hallábase en conversación con un devoto birmano cuando la lámpara que alumbraba la habitación,

(1) Juvencio Hospital. *Las religiones chinas*, ya citado, pág. 228.

(2) Mgr. Bigandet. *Vie ou leyende de Gaudama*, pág. 306. París, 1878.

do se encontraban llegó a apagarse. «Alegróse mi interlocutor, dice, y exclamó con aire de triunfo: no me preguntéis ya por el estado de Nirvana, ni pretendáis que yo os explique lo que es; habéis visto que esa lámpara se ha apagado cesando de iluminar la habitación, sin duda por haberse acabado el aceite; pues bien, no otra cosa es el estado de Nirvana, cuya explicación me pedíais en estos momentos; el hombre es lo mismo desde el momento en que se acaba en él el principio o causa de su existencia». (1).

Sin embargo, hay que confesar que el pueblo chino, en su mayor parte, no cree en el Nirvana, o cree que el Nirvana es un lugar donde se goza de toda clase de placeres y de delicias sin término, por toda una eternidad. El instinto natural de su alma racional, conservado relativamente sano por la moral budista, reconoce confusamente la existencia de un Ser superior acerca del cual su religión es muda, pero hacia el cual el corazón se dirige por la plegaria en momentos de serio peligro o de grande tribulación. Los budistas chinos son de tal naturaleza, que en circunstancias normales ofrecen sus homenajes a toda suerte de espíritus inventados por su imaginación; mas en la hora crítica, cuando el peligro arrecia, acude instintivamente a su *Lao-tien-ye*; al Eterno que lo ve todo, y es juez y soberano, y padre tierno y compasivo. Así es que el Budismo, con ser un error y un mal, no ha dejado de ser para los chinos un bien, o sea un mal menor. El Budismo ha preservado a millones de hombres del egoísmo y del furor del Brahamanismo y de la atrofia y frialdad del Confucianismo.

Breve respuesta a una objeción.—Debido a la semejanza que ofrecen ciertas creencias y prácticas budistas con el dogma y con la liturgia de nuestra santa Iglesia y divina Religión, el racionalismo ha pretendido que la Iglesia se ha inspirado en el Budismo para la celebración de su culto, que el Catolicismo ha pedido de limosna, o robado tal vez, al Budismo su liturgia y sus dogmas. Sin que pensemos en separarnos de nuestro intento en estas *observaciones y notas*, digamos una palabra sobre el particular.

Toda religión, en el mero hecho de serlo, ha de tener algunos caracteres o rasgos de semejanza con las demás religiones, ha de asemejarse a ellas, algo así como un reloj se asemeja a otro reloj, ya que el fin para el que fueron fabricados es el mismo, aunque los artífices sean distintos. La religión es uno de los sentimientos más potentes del alma humana. Es una pasión que nos impele hacia Dios, a unir nuestra existencia con la suya divina. A esta aspiración del alma por lo divino se

(1) Mgr. Bigandet, libro y lugar citado.

referían, sin duda, los antiguos filósofos cuando decían que el hombre era un «animal religioso». Si no fuese así, si la religión no fuese una pasión connatural del alma humana, si esta alma no poseyese la facultad de percibir, de sentir, de querer lo divino, ninguna fuerza humana pudiera hacerla sentir la necesidad de Dios y de la plegaria.

Siendo, pues, la religión un sentimiento propio del alma humana, ha de tener naturalmente rasgos de semejanza en los dogmas o creencias de todos los pueblos. Pero la religión cristiana es profundamente diversa de las religiones humanas. Ella es del cielo, las otras son de la tierra; pero tanto la una como las otras, tienen una base idéntica: la religiosidad natural del alma humana, ¿Qué maravilla, de consiguiente, si aun en la religión cristiana se encuentran ritos y ceremonias exteriores y aspiraciones humanas comunes a las otras religiones? Siendo un deseo innato del corazón el unirse a Dios, y siendo el ideal de toda religión la consecución de este deseo, no puede haber plagio alguno de la religión cristiana al Budismo, desde el momento en que ambos estriban en la religiosidad natural del alma humana.

Pero particularicemos el asunto. En la liturgia budista se hace uso, como entre nosotros, de la música, escultura y pintura; del agua bendita y exorcismos, del incensario, con sus cadenas y todo para abrirlo y cerrarlo a voluntad. Los Lamas, en las solemnidades de su culto, llevan báculo y mitra, y visten casullas, dalmática y capa pluvial; y esos mismos Lamas o sacerdotes del Budismo, guardan, *a su manera*, el celibato eclesiástico, y bendicen a sus adeptos extendiendo la mano derecha sobre sus cabezas, y en los monasterios cantan sus salmos a dos coros, y tienen sus días de retiro o ejercicios espirituales, etc., etc. Es más, estudiando a fondo la teoría del Budismo, hallamos en él creencias como la de un Dios eterno, el Ur-Buda; la de la Trinidad, supuesto que cada Buda tiene un hijo por emanación y al propio tiempo un sosías (vera efigies) fuera del mundo de las formas; la de la Redención, ya que cada Buda es un redentor; la del Paraíso, que es Nivana.

El racionalismo, repetimos, se ha aprovechado de estos rasgos de semejanza para despoticar contra la liturgia y dogmas católicos, ignorando ciertamente que San Justino, en el siglo II, hacía notar la analogía aparente que ofrecía el rito de la iniciación cristiana con las purificaciones que se practicaban, no ya entre los budistas, *que no los había aún*, sino entre los paganos de su tiempo. No puede negarse, en efecto, que las aspersiones y ceremonias lustrales prodigábanse en países politeístas como medios de lavarse interiormente de faltas cometidas. Pero esta comparación prueba, a lo más, que el Budismo, así como todas las grandes instituciones del cristianismo, fué ya antevisto y en cierto modo

bosquejado con antelación en el mundo antiguo. Siempre y en todas partes, la humanidad ha tenido el sentimiento de su decadencia, y no hay en la tierra pueblo alguno que no haya buscado en un rito exterior y sensible el medio de obtener el perdón del cielo. De suerte que el agua que empleamos para el bautismo, es, entre todos los signos exteriores y sensibles, el que mejor expresa la acción misteriosa por la cual el hombre se ve purificado y limpio y perdonado de su culpa; de ahí que hasta los paganos simbolizan por aspersiones de agua esa limpieza y purificación. El bautismo no pierde nada de su origen divino, aun cuando se pruebe la existencia de un rito de iniciación semejante en la mayor parte de las religiones o filosofías antiguas. Esta concordancia, más aparente que real, prueba sencillamente que el cristianismo se adapta a nuestra naturaleza, y satisface a maravilla todas nuestras necesidades, puesto que la razón abandonada a sí misma ha adivinado o prefijado algunas de sus admirables instituciones. El más elocuente testimonio de vasallaje y sumisión que el error puede tributar a la verdad, es la necesidad en que se encuentra de conformarse a ésta para adquirir prosélitos.

Las semejanzas no indican siempre y necesariamente identidad de origen, sino más bien identidad de las condiciones que las han producido, de suerte que, al notar estas al parecer extrañas semejanzas, fuera más filosófico deducir que las mismas causas tanto exteriores como psicológicas, han movido al Tibet y al Occidente a adoptar idénticos medios para obtener resultados iguales. En varios lugares incomunicados entre sí pudieron ser adoptados los mismos ornamentos y vestuario, naturalmente, o por efecto de circunstancias o necesidades semejantes. ¿Qué dificultad puede haber para admitir, por ejemplo, que el Pallium, la Dalmática, la Capa pluvial son ornamentos de los cuales los sacerdotes de diversas religiones y en países de análogos climas se sirvieron para sus viajes y demás fines? Este es, por lo menos, el origen que atribuyen a la indumentaria del culto católico los más ilustres arqueólogos (1).

En la doctrina budista, cuanto existe sobre la tierra, hállase ligado con los vínculos de la fraternidad; en el mundo hay, sí, muchas voluntades, muchas inteligencias, pero todas iguales, todas son humanas. Ninguna distinción existe, según esto, entre el hombre y el bruto: y en todo animal, aunque sea de la especie más ínfima, hay que reconocer su existencia *de hombre*, o *in fieri*, o *ido a menos*, decaído de su primi-

(1) Véase López Ferreiro. *Lecciones de Arqueología sagrada*, págs. 389-407. Santiago de Galicia, 1894.

tivo estado. Y para confirmar esta tesis, la leyenda budista dice que Buda contaba a sus discípulos, que él mismo había nacido y muerto, y vuelto a nacer y morir quinientas cincuenta veces, habiendo pasado por ser hormiga, topo, papagayo, león, mono... hombre, y finalmente Buda. «Es decir, exclama aquí nuestro hermano de hábito el P. Maraglia, algo así como nuestros profesores de las universidades, los cuales, a fin de que sus discípulos se persuadan de que el hombre es una *bestia perfeccionada*, no saben sino repetir la historia del hombre que, antes de serlo, ha pasado del estado de protoplasma al de célula, al de animalejo, oscidio, anfibio... y así hasta el de los monos orangutanes de brazos largos, chimpancé, toglodita, etc., y, finalmente, es una *bestia perfeccionada* (1).

Después de haber proclamado la igualdad entre todos los seres vivientes, y como consecuencia inmediata, Buda predica la caridad, la piedad, el amor universal y de benevolencia. Y no se comprende cómo esa caridad, ese amor universal, que no es posible sin el Corazón divino de Jesús o el de un Serafín de Asís, pueda armonizarse con una doctrina enteramente atea, y que no conoce otro fin que el de sustraerse al dolor y llegar a Nirvana. Si amor quiere decir abrir el corazón, difundirlo, por decirlo así, para acoger en él a todos, para abrazarlos como en un seno materno, y alegrarse con los que se alegran, y llorar con los que lloran, y padecer con los que padecen, y llevar cada cual el peso de sus semejantes, *alter alterius onera portate*, que dice San Pablo (2), no es fácil concebir cómo pueda verificarse el amor universal predicado por Buda entre todos los seres, que, según él, son pura vanidad, ilusión, y cuya existencia no es realidad.

Y francamente menos comprendemos que haya habido pensadores que han querido poner en parangón la caridad budista con la caridad cristiana.

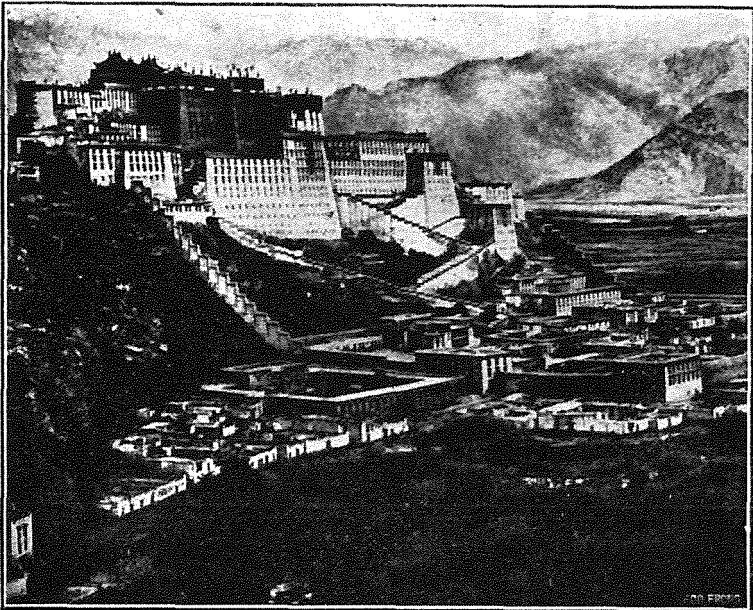
Para hacerlo suponen como esencia de la moral budista un amor lleno de piedad, de compasión hacia todos los seres vivientes. En ello hay, no puede negarse tal vez, algo de verdad, pero convendría tener en cuenta, es necesario reconocer que entre ambos principios de moralidad existe una grande diferencia intrínseca. La lengua del Budismo carece de palabras para expresar la poesía del amor cristiano, de aquella caridad admirable descrita por el Apóstol en todo el capítulo XIII de su primera carta que escribiera a sus queridos fieles de Corinto; la realidad de donde esta poesía del amor y de la caridad ha sa-

(1) P. B. Maraglia. *In China con i nostri soldati*, ya citado, pág. 220.

(2) San Pablo. *Ad Galatas*, 6.

lido para infiltrarse en el mundo cristiano, no tiene comparación posible en el mundo budista.

Tal vez pudiera admitirse como semejanza incierta que el amor de benevolencia que se manifiesta en la moral budista, y que es un sentimiento en parte positivo y en parte negativo, se parece sí a la caridad cristiana, pero quedándose lejos de ella, algo así como la felicidad, la beatitud de la Nirvana budista diferénciase intrínsecamente de la felicidad, de la beatitud según el ideal cristiano. El Budismo no enseña tanto



BONCERÍA DE LASHA, LA MECA DEL BUDISMO

a amar al enemigo como a no odiarlo, y en el amor budista se ve una disposición, un sentimiento de bondad y de compasión hacia todos los seres, pero sentimiento que no es espontáneo, misterioso y no razonado del amor, sino más bien ciencia adquirida por la reflexión, o una persuasión y esperanza de que la ley de la naturaleza procurará una recompensa a los que así se conduzcan.

La diferencia resulta soberanamente grande si se ponen en parangón los efectos correspondientes al ideal cristiano y al ideal budista. ¿Dónde están en el mundo budista los hospitales, los asilos para los abandonados, los orfanatos, las hermanas de la caridad y todo ese ejército de religiosos y monjes que, renunciando al mundo y a sus más caras afecciones, constitúyense en padre y madre, en hermano y hermana, en

maestros, en ángeles de paz para los afligidos, para los desheredados de la fortuna... para hacerse, en una palabra, *todo para todos*? El Budismo, en su amor universal, no ha creado sino religiones mendicantes, predicadores de una religión vaga, vaporosa, atea, y la caridad de que se hallan inflamados no es fuego que calienta, ni sonrisa que alegra el corazón del desvalido; no es sino fuego fatuo, flor infecunda que no produce fruto alguno.

El Budismo práctico.—La aceptación y los progresos del Budismo en China fueron debidos principalmente a que ofrecía algo que venía a llenar el *déficit*, el vacío de las nociones religiosas nacionales sobre la vida de ultratumba. Confucio guardó absoluto silencio acerca de estas cosas; el culto ritual de los antepasados reducíase a una vaga creencia en la presencia de los parientes difuntos y en pensar que éstos aceptaban los dones y ofrendas de sus hijos. Estas aspiraciones, naturales a toda alma, a conocer algo de lo de *más allá*, fueron satisfechas, en cierto modo y medida, por el Budismo. Los budistas decían al pueblo: guardad los diez mandamientos (1), orad, observad la abstinencia, haced limosnas, y vuestras obras os purificarán, y poco a poco llegaréis a la paz de Nirvana. Esto es muy vago, pero es algo. El confucista, en tiempos de bonanza y cuando la fortuna le sonríe, se burla de estas *monerías*; mas cuando suena para él la hora del sufrimiento, cuando se le acerca la muerte, se vuelve al Budismo, y le pide el consuelo supremo que su propia religión le niega. Recurriendo el Budismo a sus ministros, los monjes budistas, en ciertas críticas circunstancias de la vida, tales como casamientos, funerales, sequías, inundaciones y calamidades de todo género, el pueblo chino rinde justicia a ciertas abstracciones de la doctrina budista. El instinto natural de su alma, conservado relativamente sano por la pura moral budista, descubre, si bien confusamente, la existencia de un Ser Superior, hacia el cual, según ya dejamos dicho, se lanza su corazón por la plegaria en el peligro y en la desgracia. El pueblo, generalmente, cree en la vida después de la muerte, pero en

(1) Principios morales de Buda: Ser misericordioso.—Evitar la crueldad.—Tener compasión hacia todas las criaturas.—Observar la ley. Más tarde añadió otras reglas de acciones humanas: No matar criatura viviente.—No robar.—Ser casto.—No abusar de la mujer ó de la hija del prójimo.—No romper las buenas relaciones con los semejantes.—No denigrar a nadie.—No embriagarse ni comer hasta la saciedad.—No desear sin motivo, ni acumular bienes sin piedad para con el pobre.—No hacer amistad con individuos de mala conducta.—No hablar demasiado, ni reír sin medida.—¿Y para qué tanta ley y tanto sacrificio? La respuesta de Buda era esta: Porque solamente observando la ley es factible vencer al enemigo del bien, y gustar sobre la tierra aquella paz y tranquilidad de ánimo, que es preludio del Nirvana.

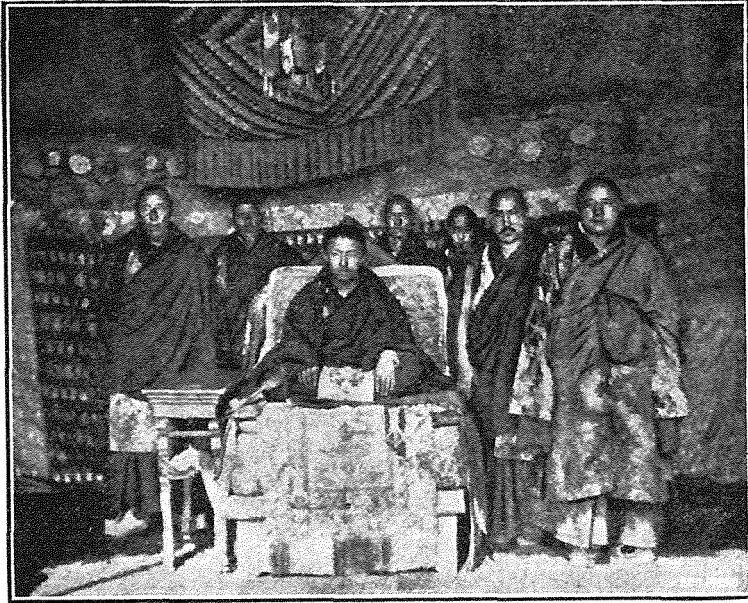
un estado corporal y con necesidades análogas a las de la vida presente. La inmensa mayoría de los chinos cree, con los budistas, en un período de expiación seguido de una reincarnación. Cree en las buenas obras, en la influencia de los méritos adquiridos en la vida actual para las vidas subsiguientes, en una cierta justificación por obras de caridad y de misericordia.

Así son los budistas chinos; en circunstancias ordinarias ofrecen sus homenajes a diversos espíritus cuya naturaleza desconocen (y para nada les preocupa el conocerla), un poco para obtener su protección y mucho por temor, para que los espíritus no les hagan daño ni ocasionen perjuicios, es decir, para que les dejen vivir en paz. Pero en ocasiones críticas y difíciles, invocan con vivas ansias, con fervor admirable, que fuera de desear en muchos católicos, al *Lao-tien-ye*, el que vive en los cielos, el que todo lo ve y lo sabe, y todo lo juzga, y es padre compasivo, sobre el cual los libros guardan silencio, pero cuya existencia la razón y la conciencia testifican de manera indubitable, así como sus derechos y su bondad.

Mas no obstante la aceptación que el Budismo, reducido a sus dogmas principales, puesto en forma vulgar, y con la amalgama de elementos heterogéneos tuvo en China; no obstante el recurso frecuente del pueblo celeste a los oficios de los monjes, budas, bonzos o lamas, éstos han sido tenidos siempre, y en todas partes, en la más grande desconsideración, en el mayor desprecio, pues hay que confesar que, a pesar de las enseñanzas de su religión, distan mucho de haber conseguido librar su corazón de las tres grandes pasiones—concupiscencia, cólera, ignorancia—y de haber adquirido el estado de completa indiferencia para todas las cosas preconizadas por sus doctrinas.

Monjes budistas.—A los monjes budistas se acusa especialmente de los siguientes grandes defectos: *Su orgullo*, el cual, según se dice, llega a tal grado, que desde el último novicio hasta el más elevado en dignidad de los bonzos, considérase como un hombre superior, ante el cual todos los demás deben inclinarse y arrastrarse por el suelo. *Su rapacidad*: especialmente en el Tibet, por su desenfadada usura a intereses compuestos, arruinan al país, acaparándose de gran parte de la riqueza pública: monedas, muebles e inmuebles; están exentos de impuestos y prestaciones vecinales. Teniendo una inmensa fortuna en sus manos, han llegado a ser, casi exclusivamente, los banqueros del país, los comerciantes más fuertes, los prestamistas de cereales, etc., etc. El país, es decir, toda la sociedad se empobrece a proporción del aumento de la fortuna de las lamaserías. Hasta la medicina la practican con una grosera ignorancia e insaciable ambición, a fin de explotar en mayor escala

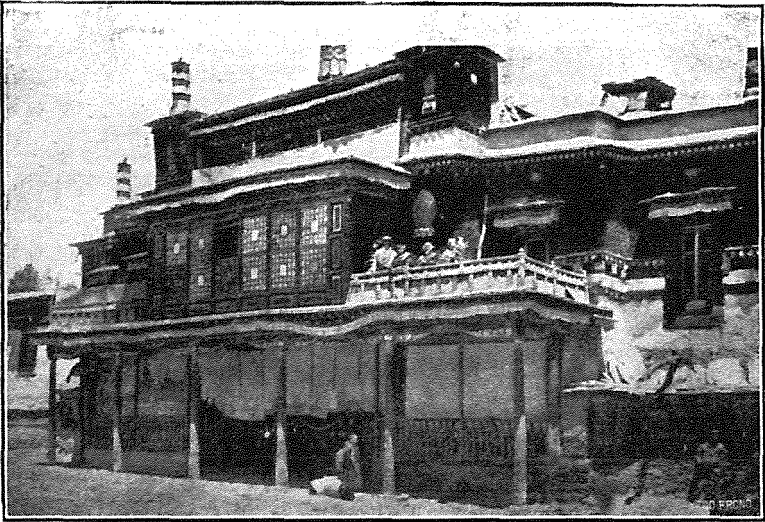
a sus víctimas. La expulsión de los malos espíritus que, según una superstición universalmente propagada, especialmente entre la clase pobre de la sociedad china, residen en la parte enferma del individuo, les impone preces a grandes voces, exorcismos, encantamientos, ritos lúgubres y ruidosos, acompañados casi siempre de una música de campanillas, guitarras y otros instrumentos que aturden, y de danzas frenéticas también que no suelen carecer de un fin grotesco y repugnante.



LAMA, O SUPERIOR DE LOS BONZOS, CON SUS MINISTROS

¿Que no obstante todo eso muere el enfermo? El charlatanismo de los bonzos tiene preparada la respuesta para toda eventualidad, y la superstición y buena fe de los infelices embaucados, creencia para todo. Si muere, la muerte debe ser considerada como el castigo de alguna falta cometida en la existencia presente o en alguna anterior, fatalidad a la cual nada ni nadie puede sustraerle. Esta misma fatalidad excusa también al enfermo a los ojos de sus parientes si él les despoja de su herencia en favor de los monasterios de los lamas, sea por testamento del enfermo, sea por renuncia de los parientes del difunto para librarlo de las penas de ultratumba. *El deseo de dominar:* en rigor de derecho, el gobierno del país no es en modo alguno eclesiástico ni lo ha sido nunca, y el cuerpo religioso ni con los emperadores tenía autoridad alguna civil o política. Mas *de hecho*, los monasterios de lamas o bonzos impo-

nen con harta frecuencia su voluntad a los mandarines, reprimiendo, contrarrestando, reduciendo a la nada la acción de los magistrados cuando éstos tienen que intervenir no solamente contra ellos mismos, sino también contra todo laico o particular que se coloca bajo su protección. *Su ignorancia*; los lamas son, por su vocación, los depositarios de la ciencia y los ministros del culto religioso. Dicen ellos que toda la vida la consagran al estudio. Y sin embargo, todos sus conocimientos adquiridos *con trabajo constante y duro* se reducen a un tropel de fórmulas budistas. Las bibliotecas de sus monasterios, según se dice por



MONASTERIO DE BONZOS

ahí, llenas están de escritos antiguos que no prueban desarrollo intelectual alguno en los monjes. Por ejemplo, en la biblioteca de Lhasa—capital del Thibet—y como la Roma del Lamanismo—donde se hallan diez mil libros amontonados, apenas podría encontrarse otra cosa que algunas oraciones y plegarias, *milagrosos* formularios, prácticas para exorcismos y especulaciones astrológicas. Por lo demás, la totalidad de estos libros nadie los comprende, y duermen tranquilo sueño envueltos en polvo y suciedad. Los bonzos y lamas, en una palabra, son, por su ciencia, poco instruídos, y por la pureza de sus creencias, muy poco superiores al vulgo.

Una pluma casta no puede detenerse a contar otros excesos que el vulgo atribuye a los bonzos. Las puertas de entrada a los monasterios *se han caído*, y la *clausura* ha perdido por esto su rigor. «Lhasa, la

ciudad de los espíritus, la Roma del Lamanismo, la villa del mundo donde hay más monjes, el lugar de las peregrinaciones tan frecuentado como la Meca, la capital de la religión budista, es, en frase del Padre L. Wieger, la villa de los leprosos, de las hembras; son los bonzorios, tanto del uno como del otro sexo, el basurero en donde converge toda la hez de la sociedad china (1).

Corolario.—Tales son, a grandes rasgos, las tres religiones propias de la China. El imperio celeste ofrece ese espectáculo, único tal vez en el mundo, de tres religiones de orígenes y naturaleza en todo y por todo distintas, mezcladas hasta tal punto, que muchos practican dos de estas religiones y no pocos hasta las tres al mismo tiempo. Generalmente se busca la explicación de este hecho tan extraño en la naturaleza íntima de estas diversas religiones, y, sobre todo, en los vacíos que presenta cada cual de ellas desde puntos de vista diferentes. A la una, faltaríale la moral, la psicología; a la otra, la metafísica, los principios teóricos; a la tercera, el culto, las ceremonias, los dioses. Reunidas, forman un todo completo que responde a las tendencias del hombre. Mas si me fuera permitido emitir mi opinión personal, yo diría que esta explicación, al parecer tan sencilla y convincente, resulta del todo insuficiente para la explicación de este extraño fenómeno. Porque si estas religiones coexisten hoy de acuerdo hasta cierto grado, este acuerdo es relativamente reciente. Durante más de doce siglos han luchado entre sí a sangre y fuego, y en sus múltiples disputas han tenido que intervenir con frecuencia los gobernantes y hasta los emperadores. Hoy en día las tres religiones subsisten, al parecer pacíficamente, la una al lado de la otra, no precisamente por una combinación de los vacíos que cada una de ellas aisladamente pueda presentar y verse en la precisión de llenarlos de préstamo, sino a consecuencia de un compromiso involuntario que proviene de acontecimientos y disposiciones naturales. Las doctrinas confucianas y el culto nacional de la China, especialmente en nuestros días, ha vuelto a adquirir su supremacía, y oficialmente ocupa toda la vida religiosa de la China. El Budismo teórico ha sido encerrado en las boncerías, como el Taoísmo en las comunidades de sus monjes. Además, la autoridad misma ha concedido a esas sectas religiosas una parte en los actos del culto, que, por lo menos, puede satisfacer su amor propio, y quitarles todo motivo para perturbar el orden establecido. Buda, Lao tse y todo su cortejo divino son admitidos en los templos

(1) Cf. Lamairesse. *L'Empire chinois. Le Bouddhisme en Chine et au Thibet.* París. Georges Carré, 1904, passim.

L. Wieger, libros ya citados, también passim.

con los mismos títulos y las mismas prerrogativas que los genios nacionales. Las fiestas públicas en honor de los unos y los otros, satisfacen a los más exigentes, y los chinos, indiferentes absolutamente a las teorías de pura especulación, se contentan con esto, y dicen sin melindre que las tres religiones son idénticas, o que las tres religiones hacen una: San-Kiao-Koei-i.



VII

Religión popular de los chinos.

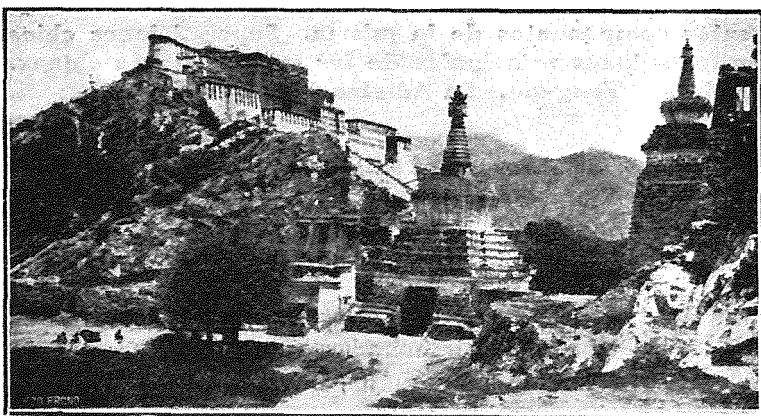
**Elementos componentes de la misma.—Supersticiones chinas.—
Manifestaciones principales de las supersticiones chinas.—El
Dragón.—El Fong-sui.—La Adivinación.**

Elementos componentes de la religión popular de los chinos.—Hacer una exposición completa de la religión y de las divinidades populares de la China, fuera trabajo que ofrecería grandes dificultades y punto menos que imposible. Las divinidades chinas se cuentan por centenares, toda vez que cada provincia, cada distrito, tiene las suyas. Además, las supersticiones se han multiplicado en tal grado, que en vano se ensayaría de recogerlas todas. En fin, la religión popular de la China es algo así como el compuesto de las creencias de todos los pueblos que habitan o han habitado en el mundo, y en su origen extranjeras la mayor parte, lo que constituye un compuesto heteróclito que dificulta, si no es que hace imposible, su análisis. No podemos, pues, forjarnos la ilusión de ofrecer a los lectores sino una exposición muy sucinta del culto popular de los súbditos del Hijo del Cielo. Daremos algunos rasgos, los más principales, de la religión popular china, ordenando las observaciones y notas que en el decurso de nuestra misión hemos podido obtener *de visu* y entresacar de la lectura de notables sinólogos.

Una de las cosas más dignas de notarse en el culto popular de los celestes, es la pérdida de toda fe y hasta el excepticismo religioso. El chino carece de fe cierta y determinada y de creencias bien definidas. El hecho esencial que domina toda la historia de la religión popular de los chinos, es el decreto imperial o la costumbre antigua que observa el soberano al ofrecer los sacrificios al Shang-ti, y no deja para la masa de la nación más que los genios privados y de un orden inferior. Y claro es que, de esta suerte, el pueblo se desinteresa poco a poco, insensiblemente, del culto del Ser Supremo y Señor Soberano, no ocu-

pándose más que de personajes mediocres, espíritus inferiores a los cuales puede recurrir directamente en sus necesidades particulares. Y así el pueblo ignorante hállase dispuesto a aceptar de buen grado cuantos dioses, cuantas divinidades se le ofrezcan, a condición de que sean *aptos* para concederles los bienes que se les pida, y aparten de él los males y peligros que teme le acaezcan. Los dioses, los espíritus, las divinidades sin cuento de los budistas y taoistas tuvieron de esta suerte franca entrada en el espíritu del pueblo chino.

En definitiva, el culto de los chinos compónese de diversos elementos heterogéneos de las diferentes religiones que sucesivamente han vivido entre ellos. En lugar de distribuirse las provincias y los distritos



ENTRADA PRINCIPAL AL MONASTERIO BUDISTA DE LASHA

y sus fieles adeptos, en lugar de constituir un coto redondo para cada una de ellas, estas religiones o sectas religiosas de la China prefirieron mezclarse entre sí, hacer entre sí una amalgama de ideas, sin que entre ellas se permitiese intransigencia alguna de doctrina, sino más bien una admirable condescendencia para con todos los sectarios. En materia religiosa, los celestes creen y hacen lo que les conviene hacer y creer; discípulos de Lao tse, de Confucio, de Buda, hoy ya no existe disputa alguna doctrinal entre ellos; por consiguiente, Taoísmo, Confucianismo y Budismo, es decir, una mezcla sin nombre, sin dogmas ciertos, sin principios, he ahí la *Religión popular de los chinos*.

En efecto, «un chino no es confucista, taoísta o budista, como un europeo es católico, protestante u ortodoxo. Como las ocasiones o la conveniencia son las que determinan las convicciones de los chinos, según las ocasiones, lo mismo se arrodilla él delante del monstruoso Buda de abultado vientre, que del grotesco ídolo taoísta o de las tabli-

llas de Confucio. El letrado que en su escuela rinde culto a su idolatrado Kun-tse (Confucio), irá después de la clase a una pagoda o templo de Fuo (Buda), y allí, ante el dios de bronce, colgará una cadena al cuello de su hijo para que los dioses le libren de todo peligro de enfermedad y de muerte, y más tarde, el mismo día tal vez, acudirá con dádivas a los tao-che (taoistas) para que le señalen un día propicio para las bodas de su hijo o para dar sepultura a su padre. A un pagano que se convierte a nuestra religión adorable no hay por qué preguntarle a qué secta religiosa o a cuál de los cultos existentes perteneciera hasta entonces; para salir del paso, un letrado respondería que había sido confucista, y las gentes del pueblo dirían que seguían la religión heredada de sus antepasados» (1).

Hasta el presente, de todos mis convertidos apenas si he podido obtener algo que me sirviera de enseñanza o viniera a aumentar mis escasos conocimientos en materia de suyo tan interesante. Parece como que estoy oyendo exclamar a los que me leen: ¿pero es que estas doctrinas de Lao tse, Confucio y Buda no forman un cuerpo, no están expresadas en algún sitio... no tienen un credo? A estas cuestiones los discípulos más listos, los sectarios más fervientes no creo que pudieran darnos una respuesta categórica y favorable. Cada cual practica a ojos cerrados lo que ha visto hacer a sus abuelos.

De esta mezcolanza de ideas resulta la facilidad que tienen los chinos en admitir las contradicciones más singulares en sus creencias, que forman una como unión mecánica de doctrinas que recíprocamente se combaten. Es difícil, imposible hacer comprender a un chino pagano que dos formas distintas de la fe se excluyen mutuamente. No entiende él, ni quiere cuidarse para nada de lógicas repugnancias. Adquiere por instinto el don de conciliar las ideas más opuestas, y por una educación especial (¡tan especial!) de su inteligencia, ha llegado a hacerse unir las formas del pensamiento más irreductibles, diríase que como los líquidos se unen por exósmosis y endósmosis. El chino ha elevado la hospitalidad intelectual y doctrinal a una altura que es el suicidio de la razón y de la fe.

Supersticiones chinas.—Esta ausencia de fe religiosa no exime a los chinos de entregarse a mil géneros de supersticiones tan inveteradas, que parece han tomado carta de naturaleza en el corazón de la nación china. Y se comprende perfectamente que así sea, porque aun entre los griegos de la antigüedad, cuanto más ruin y frívolo se hacía el senti-

(1) H. J. Leroy. *En Chine au The-Ly.*—S. E. *Une mission d'après les Missionnaires*, págs. 103 y siguientes. (Société de St. Augustin, Bruges-París, 1899).

miento religioso, más ardiente, más viva parecía la fe exterior, y por un contraste de la naturaleza humana, la superstición siempre marcha a la par con la incredulidad. Apenas un europeo pone pie en tierra china, se encuentra en medio de una verdadera trama de errores que le harían reír, y comprenderá, no precisamente que los chinos no tienen religión, pero sí tal vez que su acción es casi nula, mientras que observará que la superstición es tan universal y potente, que lo absorbe todo y lo invade todo. Llegado el caso, el chino no dudará en saquear, y despojar, y destruir si se quiere un templo budista, pero difícilmente se atrevería a dar sepultura a su padre difunto sin haber consultado antes con los sabios geománticos, pidiéndoles un día y lugar propicio para la ceremo-



NATIVOS DEL TIBET CONSAGRADOS A BUDA

nia. El chino, repito, reiráse, se burlará de las grotescas figuras, de los enormes cráneos, de las abultadas panzas de las divinidades taoístas, pero cuidado si temblará de miedo, y levantará el grito al cielo si un su vecino se propone elevar un muro más alto de lo ordinario; eso sería un grandísimo peligro para él, ese muro podría contrariar el *fong-sui* de su casa y familia.

«El que desee estudiar la influencia que la superstición ejerce sobre el espíritu humano, ha escrito Matignon (1), hallará en China un campo de observación como no lo ofrecerá, sin duda, país alguno del mundo. El alma del pueblo chino está como saturada profundamente de ideas supersticiosas. Estas juegan un papel importante en la vida de

(1) J. J. Matignon. *Superstition, Crime et Misere en Chine*, 4.^e edition, págs. 2 y siguientes. (París. A. Maloine).

cada chino, dictándole la norma de conducta en sus negocios, secundando o contrarrestando sus planes; influyen en el valor de sus propiedades, hacen valer su poderío en la elección de una esposa, o en el día propicio para su casamiento; intervienen en sus relaciones con los hijos, alguna vez abrevian la vida, y siempre señalan el lugar, día y las ceremonias de sepultura de los difuntos». Realmente—decimos nosotros—es necesaria toda la flema del chino para no volverse loco ante tal aglomeración de supersticiones. Y sin embargo, él vive tan contento en esa atmósfera de supersticiones a cual más ridículas y a cual más terroríficas. «Clemente de Alejandría parece haber tenido a la vista el pueblo chino —escribe Mgr. Freppel (1)—cuando pinta el miserable estado a que la idolatría condujera al mundo pagano. Semejante a esos reyes bárbaros que encadenaban sus cautivos a los cadáveres, dejándoles que se pudrieran en ese terrible abrazo entre la vida y la muerte, así el demonio liga los hombres a los ídolos con los lazos de la superstición, a fin de que los vivientes, apareados con los muertos, se corrompan a su contacto y perezcan con ellos». La imagen es bella y en gran manera apropiada al caso.

Manifestaciones principales de las supersticiones chinas.—Por lo curioso e interesante tal vez, nos parece conveniente decir aquí algo referente a las tres manifestaciones principales de las supersticiones chinas, a saber: el Dragón, el Fong-sui y el Pa-koa o adivinación.

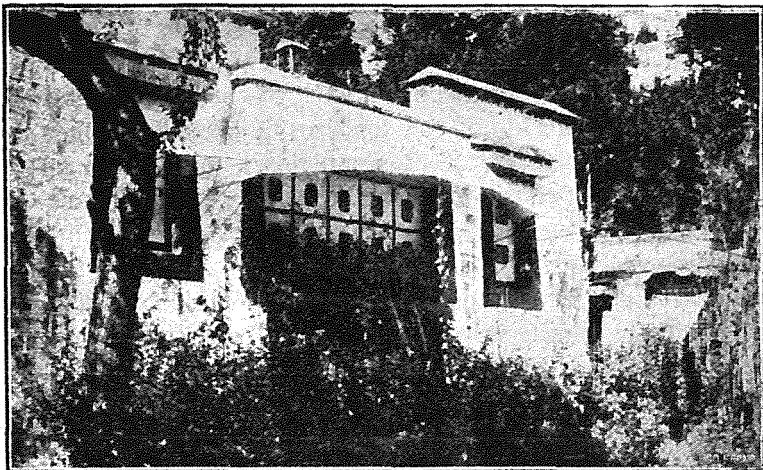
El Dragón.—El dragón, el terrible y misterioso dragón, que si existe o existió en algún tiempo, no deja de ser un monstruo horrible, ha hallado lugar en los altares de los templos y en las banderas de la nación más numerosa del universo. El chino es, por naturaleza, un ser tímido, medroso, hecho verdaderamente para ser amedrentado. Nada tiene de extraño que el golpe de un repentino temor, y no elevándose jamás del efecto a la causa, produzca en su imaginación eminentemente fecunda una multitud de seres fantásticos. «En este sentido se expresaba, escribe el P. Wieger (2), en 685, un cierto Chenn su: La existencia de los monstruos nace de las inquietudes de los hombres; los produce su imaginación exaltada. Los monstruos, exteriorizados y pasando a ser existentes y reales, son el terror de los hombres. Cuando el corazón está tranquilo, allí no se crean ni producen los monstruos; al contrario, cuando se turba, pululan».

Tal fué el origen del dragón chino, expresión por excelencia de todos los monstruos y seres fabulosos producidos en la imaginación del

(1) Freppel. *Clement d'Alejandro*, 3.ª edición, 1885, pág. 71.

(2) L. Wieger, libro ya citado, pág. 117.

pueblo por una pusilanimidad infantil. Y ese dragón es la personificación de la evaporación y condensación de las aguas, de las tempestades, de las lluvias. Hacia mediados del otoño, desciende y se esconde en los abismos. El pueblo chino rinde verdadero culto al dragón. El emperador lleva su imagen sobre el pecho; el pueblo bajo le atribuye la prosperidad de las familias y la fecundidad de los campos. En las curvas que los ríos forman en su marcha, se observan los tortuosos movimientos del dragón, y en muchos lugares, en los recodos de los ríos, la superstición le ha fabricado templos donde perpetuamente se le quema incienso. El oro y la plata están marcados con este signo; no pudo encontrarse otro



HABITACIONES PARTICULARES DEL SUPERIOR DE LOS BONZOS

simbolo más adecuado para los sellos de correos y para la proa de los barcos de guerra chinos. El dragón acapara todo el genio de la nación. Su imagen se encuentra doquiera. En las fachadas de los monumentos, como en las banderas, en pabellones, en casas particulares, allí está él con sus enormes ojos amenazadores, las garras extendidas, dejando escapar de su boca enormes surtidores de fuego, expresión de crueldad, y no inspirando más que horror y miedo. Las naciones cristianas no hallan otro medio más adecuado para representar el genio del mal. Para el chino, todas las energías de la naturaleza son manifestaciones del dragón.

El dragón ha de ser seguramente un obstáculo a la civilización de China, porque encarna la superstición y la rutina. Verdad es que siendo cada paso por el camino del progreso una como victoria laboriosamente conseguida contra este antiguo dios, parece que el haber sido ya

en nuestros días—con el nuevo régimen político—arrojado de la bandera nacional, constituye un gran paso hacia adelante, hacia la civilización y el progreso. Pero que esto ha de costar muchísimo, lo prueban *notas de cartera* que conservamos y que, a título de curiosidad, vamos a exhibir a nuestros lectores. Véanse, en efecto, las cuestiones que proponía un periódico chino cuando Yuan-che-kae, primer presidente de la república, quiso coronarse emperador y cimentar en su familia una nueva dinastía. «1.º *Ropa imperial*. El comité nombrado para preparar las ceremonias que han de tener lugar en el momento de la entronización del nuevo emperador, ha fijado ya la clase de ropa que ha de vestir el monarca en los actos públicos; el traje será de seda roja bordada de *dragones* de oro; sólo el gabán llevará bordados *setenta dragones*. 2.º *Organización militar*. Corren rumores de que Fen-Kuo-tchang será nombrado jefe de estado mayor general; un modelo de bandera con *dos dragones*, destinado al generalísimo del ejército y de la marina, será sometido a la aprobación del jefe de la nación. 3.º *El dragón como buen augurio*. Estos últimos días varios europeos ilustres han penetrado en las cuevas Chen-Kae de las montañas de I-tchang, en el Hunan, y han descubierto un dragón en piedra de quinientos pies de largo (sic.) Tras minucioso estudio, dichos europeos aseguran que este dragón petrificado es el esqueleto de un verdadero dragón que vivió muchos siglos hace (si está petrificado no cabe duda que su existencia fué siglos hace). El hallazgo significa la prosperidad de la nueva dinastía imperial que trata de crearse en China; que el cielo, lo mismo que la tierra (los hombres) aprueban el movimiento dinástico» (1). Y... vivan la civilización y el progreso, si el progreso y la civilización consisten en vestirse de corbata y zapatitos de charol, además de peinarse a la europea, pero arrancar del corazón chino lo que constituye en él una naturaleza, es decir, la superstición, eso ya es otra cosa y más dura de pelar.

El Fong-sui.—El fong-sui (viento-agua) es otra manifestación brillante de la superstición popular. «Los autores afirman unánimemente, escribe Wieger, que antes de la dinastía de los Han—203 antes de Jesucristo, según más adelante queda indicado—no se pedía jamás el auxilio de la geomancia para saber si el terreno destinado a una casa o a una sepultura era fausto o infáusto. En cuanto a las construcciones, se buscaba un lugar bien situado, al abrigo de las inundaciones, etc., y nada más. Hacia fines de dicha dinastía, a las precauciones racionales comenzaron a unirse las ideas supersticiosas. Se inventaron los *tien-tao* y *ti-tao*,

(1) Que estos párrafos son transcritos de un periódico chino, lo certificamos con toda seriedad, si bien por olvido dejamos de consignar la fecha del mismo.

caminos del cielo y caminos de la tierra, que son una especie de arterias o de venas, o como dice el pueblo, unas corrientes de aire a flor de tierra que un objeto de alta elevación puede con su sombra detener o desviar en su carrera, o bien son como corrientes telúricas, corrientes de agua o de aire que, a guisa de flúido magnético, se infiltran a través de misteriosas hendiduras; y no ya sólo la sombra de un edificio, sino hasta su especial arquitectura, los colores vivos de una bandera extranjera y mil otras causas y motivos, pueden cortar y desviar esa corriente» (1).

En este sentido, la geomancia ejerce actualmente en China sobre los espíritus y sobre las costumbres, una tiranía de la cual ni idea siquiera



RECEPTORES DE OFRENDAS QUE SE HACEN A BUDA

puede formarse quien no haya recorrido algo de este desgraciado país. Poner a un chino dudas acerca de estas cosas, es provocar las iras más ciegas, las reacciones más violentas y los mayores disturbios. Este pueblo tan sufrido ordinariamente y tan paciente ante mil vejámenes de otra especie, escribe Wieger (2), se revuelve y entrega a mil desmanes y excesos cuando piensa que su favorable *fong-sui* hállase comprometido. El *fong-sui* es una especie de alzaprima de un efecto sorprendente, maravilloso para excitar las iras del populacho. ¡Pobre del emperador, virrey, prefecto o mandarín, si los letrados hostiles aseguran al pueblo que una mina, un ferrocarril, un telégrafo ha de destruir el *fong-sui* de su felicidad! La obra comenzada habrá de abandonarse sin remedio». Y

(1) L. Wieger, *Textes historiques*, ya citado, págs. 1879 y siguientes.

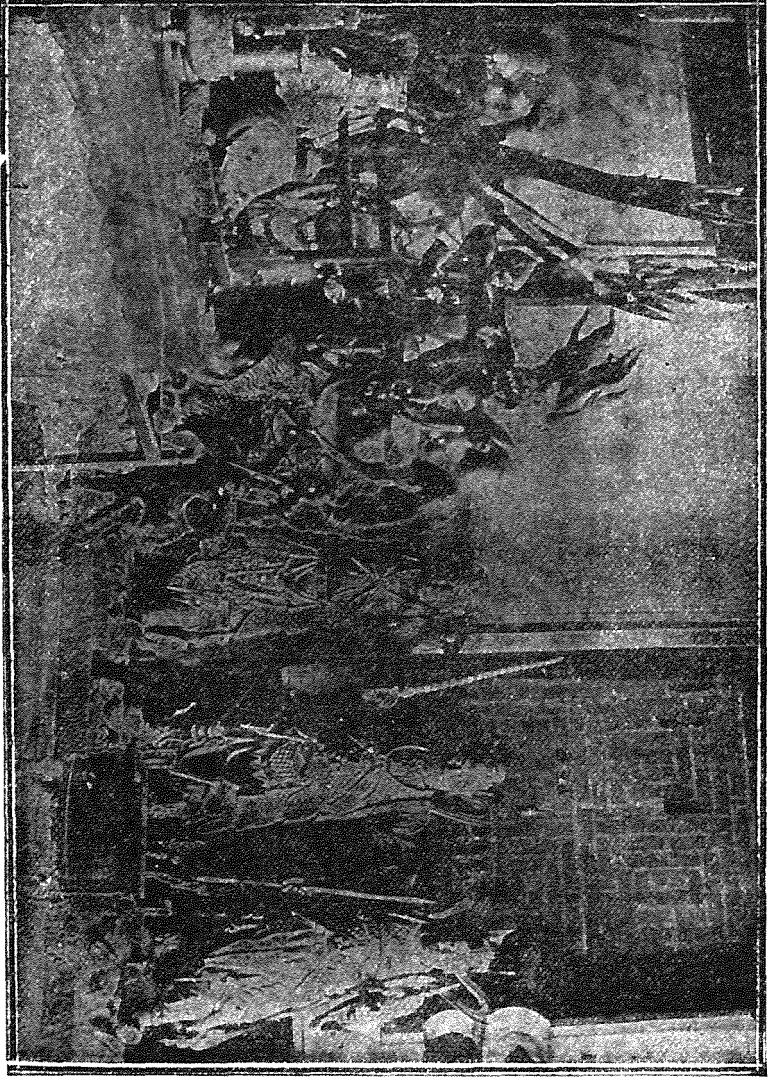
(2) L. Wieger, libro y lugar citado. Puede verse también, sobre el particular, *Morale et Usages populaires*, del mismo autor, ya citado, págs. 389 y siguientes.

nosotros pudiéramos citar ejemplos a granel. Por lo demás, la creencia en el *fong-sui* da lugar a buenas ganancias a los geománticos y a los propietarios también, quienes, deseosos de vender un terreno, se entienden con ellos para que lo recomienden a sus crédulos clientes.

Por lo que hace a las sepulturas de los difuntos, es de notar que para el examen del *fong-sui* no se busca un terreno donde los muertos descansen en paz, sino un lugar tal que una corriente de prosperidad y bonanza vaya a chocar con los restos mortales de los parientes difuntos, de los cuales, por reflexión, esa bonanza y felicidad se derive a todos sus descendientes. Por eso es que cuando una familia vive en prosperidad, el mayor ultraje que puede hacerse—y causa frecuente de infinidad de cuestiones judiciales—es la exhumación de los mortales restos de sus antepasados. A eso es debido el que los chinos tengan por cosa indubitable que los famosos rebeldes Hoang-tchao y Li-tsu-tchang, bien conocidos en la moderna historia china, que al principio tuvieron tan buena fortuna, finalmente fueran vencidos, porque el gobierno pudo destruir las sepulturas de sus antepasados. Como es cierto también que los Boxers, el año de 1900, se empeñaron tan de veras por violar los cementerios europeos de Pekín, causa y motivo, a su parecer, de los progresos del cristianismo y del desarrollo siempre creciente del comercio extranjero, que a todo trance querían impedir. Muchos letrados han hablado contra la geomancia con elocuencia, y tal vez, hasta con convicción. En nuestros días, días de progreso, según dicen, y de europeización, pocos serán los letrados que se atrevieran a defender *en teoría* los principios del *fong-sui*, pero *en la práctica* son poquitos los que no se someten servilmente a ellos.

La adivinación.—Después de haber estudiado lo más brevemente posible las dos manifestaciones más comunes y extendidas de la superstición china, sólo haremos mención de la tercera, el *pa-koa*, adivinación. La adivinación por medio de los diagramas, determina también los días faustos o nefastos, escudriña los *camino del cielo* y el porvenir del hombre. Es lo que entre nosotros se llama la *buena ventura*. Indecisión invencible al principio, resignación fatalista después, tal es el estado mental de los chinos; estado que explica el recurso constante del pueblo a la adivinación, que le dispensa de decidirse por adelantado y le exime de todo disgusto y displacer después. Suceda lo que sucediere, es porque así debía de suceder y... *tutti contenti*.

EJEMPLARES DE IDOLOS CHINOS





VIII

Consecuencias de las supersticiones chinas.—La superstición, obstáculo a la civilización.—La superstición, obstáculo al Cristianismo.—Su parte favorable para la propagación de la Fe.

Consecuencias de las supersticiones chinas.—Si la religión popular de los chinos es lo que dejamos dicho, no hay para qué detenernos a explicar su culto, un culto politeísta que admite la existencia de genios protectores y tutelares de los hogares y de los campos, de los barrios y de los caminos, de los montes y de los ríos...; culto ridículo, indigno, irreverente, sin espíritu y sin corazón. Porque, ¿qué respeto, qué reverencia puede esperarse de una religión panteísta que admite en su seno esa multitud de genios y divinidades diferentes, acerca de los cuales nadie puede dar una noción precisa, ni de su naturaleza propia ni de sus atributos? ¿Qué respeto, qué veneración puede inspirar un culto todo interesado, que consiste en pedir a sus dioses la lluvia bienhechora, riquezas, felicidad en los negocios, aun los más injustos, próspero viaje, comercio lucrativo, descendencia masculina; es decir, el culto del vientre, lo mismo que el de los Cretenses, descrito por San Pablo, cuando dice: *quorum Deus venter est...*? ¿Qué respeto, qué veneración puede inspirar una religión cuyos ministros han caído en el descrédito universal, y se hallan infectados ellos mismos de mil géneros de supersticiones arbitrarias, pasan por los seres más degradados de la escala social, que viven del fraude, explotando al pueblo con un montón de promesas vacías de sentido, de ritos cabalísticos, de procedimientos extravagantes que no deberían ser creídos por hombre alguno dotado de razón; que ejercen, en fin, los actos del culto, como se ejerce un oficio cualquiera, cuya vocación es de un ganapán, que viven del altar como un zapatero vive de su lezna, un carpintero de sus instrumentos? ¿Qué respeto, qué veneración pueden inspirar los ídolos chinos que aparecen con sus cabezas a lo gargantúa, los ojos saliendo de sus órbitas, su abdomen largamente dilatado, que simboliza la gula, la inacción, la lujuria, sus enormes vientres, que pudieran servir en casos de necesidad de graneros públicos? ¿Qué respeto, qué veneración pueden inspirar los

templos chinos, las pagodas, que sirven a los intereses materiales de todos, bien como abrigo a un viajante retardado en su camino, al mendigo demasiado miserable para pagar una noche de descanso en una posada, o bien de lugares de reunión, de distracción, de divertimento, donde se tienen animadas conversaciones, se fuma la pipa ante las narices y las barbas de los dioses, se beben tazas de te o de vino; que sirven de refugio a los callejeros que *pelan la pava*, a los jugadores de dados, a toda clase de animales, sin exceptuar a los puercos, bueyes, cabras... y a los perros que van allá a buscar los despojos de las cocinas ambulantes?

En fin, estudiemos brevemente las funestas consecuencias que las supersticiones chinas entrañan para la civilización material e intelectual por el progreso de ideas europeas, así como para su resurrección moral por la propagación de la verdad religiosa. Esa multitud prodigiosa de supersticiones no puede menos de ser un obstáculo a la civilización, ya que ha anegado la China en una singular mezcla de fanatismo y de vileza que se opone grandemente a todo perfeccionamiento en el organismo social. La China, «paraíso de la superstición», ha venido a ser por una necesidad absolutamente inevitable, el «paraíso de la rutina». La superstición ha sido un poderoso factor que ha debido contribuir ampliamente a fijar, por decirlo así, en su evolución, una civilización notable sin duda hace muchos siglos, pero que ha permanecido inerte, inmóvil en el estado en que se encontraba a la época en que nosotros, los pueblos europeos, estábamos todavía en los primeros vagidos de una barbarie naciente. «No obstante su prodigiosa antigüedad, la China ha permanecido joven, es decir, un pueblo de niños» (1). En efecto: ¿qué generosa iniciativa puede esperarse de espíritus completamente oscurecidos por creencias apenas definidas, acerca de las cuales los más absurdos cuentos de nodriza parecerían concepciones de la más alta filosofía? Supersticioso el chino, lo es en tal grado, que no acertaríamos a formar idea de las trabas puestas a los actos más insignificantes de su existencia por la geomancia, nigromancia y brujería. «Las gentes de la alta sociedad, escribe un célebre autor (2), se dan frecuentemente *vis a vis* de los extranjeros la apariencia de espíritus fuertes, aparentan burlarse de estos cuentos, pero en todos sus actos sienten su influencia. Siempre experimentan cierto malestar, pongo por ejemplo, al emprender una obra a una hora nefasta o en un lugar poco propicio; camina uno hacia un lugar señalado para tratar un asunto, y de pronto entra

(1) J. J. Matignon. *Superstition, Crime et Misere en Chine*, ya citado, pág. 29.

(2) Marcel Mounier. *Le Tour d'Asie. L'Empire du Milieu*, pág. 360, 4^e édition, Paris. Plou, 1903.

bruscamente en su casa a influjo de no sé qué presagio o simplemente presentimiento, y trata de evadir el compromiso, excusándose de la mejor manera, con frecuencia con una mentira. Por eso los extranjeros acusan a veces a los chinos de no saber guardar la palabra dada ni apreciar el valor del tiempo. Y se equivocan, porque atribuyen a la negligencia o a su carácter lo que sólo es debido a una fuerza mayor; quisiera él ser puntual a la cita, pero *no es libre*, se encuentra enredado en la inextricable redescilla de las supersticiones, como la incauta mosca en la tela de araña». En estas condiciones, cómo esperar de la China que emprenda cosas grandes, que marche por el camino de la civilización y del progreso?

¡Y si el papel de la superstición se hubiese limitado a vivir pacíficamente! ¿Pero quién puede comprender cuanto ha contribuido ella, por ejemplo la creencia ciega, irreflexiva del *fong-sui*, a conservar el estado de sospecha y de odio en que el europeo ha sido y es tenido todavía por los chinos? Sequías, hambres, pestes, temblores de tierra y calamidades de todo género, encuentran en la superstición popular su última explicación. «La superstición latente del pueblo ha producido una como materia combustible, inflamable, explosiva, eminentemente peligrosa. Y basta apretar el botón de la superstición pública para hacer saltar todas las minas políticas chinas y provocar las masas a excesos del fanatismo más ciego y a represalias las más terribles» (1).

La superstición, obstáculo al cristianismo.—Además de las trabas exteriores que la admirable y divina obra de la propagación de la Fe encuentra en China, existen estas supersticiones que, cual inmensa red, enlazan todos los detalles de la vida nacional china. Hay supersticiones especiales, lo repetimos, en los nacimientos, en las bodas y en la muerte; en las enfermedades, al construir una casa, al cambiar de domicilio, al abrir una tienda; cuando se va a la escuela; cuando se comienza el aprendizaje de un oficio; las hay para las procesiones públicas, para las representaciones teatrales, etc. Diríase que estos pobres chinos no pueden moverse, no pueden dar un paso sin someterse a alguna de estas prácticas supersticiosas, que alcanzan a todas las edades, a todas las condiciones. Tan frecuente es la ocasión, como varia la forma; absorben la vida pública y la privada, como elemento indispensable y absolutamente necesario, y parece imposible sacudir un yugo tan tiránico.

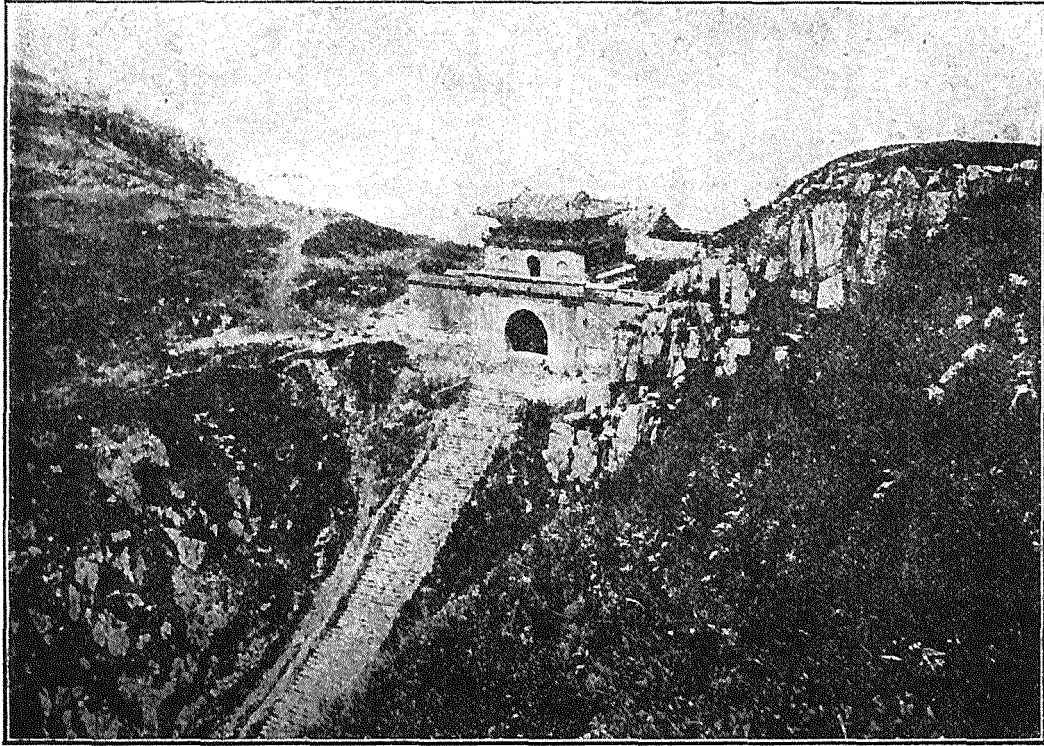
Esto supuesto, es fácil comprender que se requiere mucho valor para romper una cadena que liga a todo el mundo chino y remontarse contra la corriente de la opinión general. Porque si es verdad que para

(1) L. Wieger. *Textes historiques*, ya citado, pág. 117.

buen número de chinos la superstición no es sino una costumbre local practicada sin convicción, únicamente por hacer lo que todos hacen, también es verdad que otros muchos son hasta fervorosos en estas prácticas, a las cuales dan un sentido y una importancia muy grandes; almas naturalmente religiosas, que tienen necesidad de un culto y que creen que satisfacen a las necesidades de su conciencia y de su piedad observando el culto nacional, y se pasan la vida adquiriendo méritos, según piensan, con recitar la *corona de Venus* o haciendo largas peregrinaciones a los templos más célebres, comprando a los bonzos sufragios para obtener la paz de Nirvana, cooperando a la construcción de pagodas... Ahora bien, su conversión a la Religión católica, exige el sacrificio de todos estos tesoros espirituales, conseguidos con tanta pena y trabajo pacientemente sufrido durante largos años tal vez. Para convertirse a la Religión, han de comenzar por quemar lo que hasta ese momento han adorado, han de arrojar de su casa los ídolos, y este pensamiento, que pone a su conciencia en un estado de zozobra y de agonía indescriptible, puede ser y es con harta frecuencia—la experiencia de cada día nos lo dice—un motivo grandísimo de desaliento, y un obstáculo insuperable a su conversión.

Hay quienes hace diez, veinte, treinta... años que pasaron la juventud, y jamás durante este lapso de tiempo han fumado tabaco, bebido vino, comido carne... etc., etc. Han vivido alimentándose de legumbres, de cardos, de te, y todo con el fin de asegurarse una vida de tranquila felicidad para ultratumba. No son los más, lo confesamos, los chinos que así proceden, pero no son pocos. Por eso es que, cuando les decimos, cuando tratamos de convencerles que su admirable buena intención hállase en peligro, es decir, fuera del verdadero, recto camino que al cielo conduce, que pierden un tiempo precioso y los sacrificios que hacen, la sola perspectiva de estas cosas reales les cuesta alarmas y tormentos inexplicables; les cuesta creer que los méritos que piensan haber adquirido con una vida de verdadero sacrificio no sean sino pura ilusión, y que han de comenzar de nuevo desde el momento que abrazan la religión católica.

Su parte favorable para la propagación de la Fe.—¿Pero es que esta multitud casi infinita de supersticiones son siempre inútiles y aun perjudiciales a la propaganda del cristianismo? «En la antigüedad, escribe Mgr. Freppel, a través de los palpables absurdos de la mitología popular y de la incertidumbre causada por los sistemas filosóficos, aparecía el cristianismo con la solución clara y terminante de los grandes problemas de los destinos del hombre. Con ello respondía a las necesidades de certeza que atormentaba las inteligencias que no podían perma-



PAGODA LUGAR DE PEREGRINACIONES DE MUCHEDUMBRES PAGANAS

necer en la duda, pero que se hallaban incapacitadas de salir de la misma. Esta penosa situación en que se hallaban las almas, para quienes la duda era un tormento, debía servir naturalmente y en gran manera a la propagación del Evangelio» (1).

Algo parecido a esto pasa en China. No que la predicación evangélica encuentre un punto de apoyo en las supersticiones del pueblo, sino en el sentido de que las creencias erróneas suponen siempre un fondo más o menos religioso que puede servir de fundamento a la instalación de la verdad religiosa en el alma. Examinando el estado de ánimo que ofrece un chino a los toques de la gracia divina que le convierte, el misionero observa en él frecuentemente una predisposición favorable a causa misma de las supersticiones que practica y de las creencias que admite. Se observa que la superstición imprime en él un cierto sentimiento que yo no sé definir, pero que es algo así como una necesidad religiosa que, aunque oscura y vaga, es fácil de cultivar. Por el contrario, hemos visto mil veces y vemos cada día que se pasa en China, paganos indiferentes, sin culto ni fe alguna, que no creen en los ídolos, que no admiten una vida feliz o desgraciada, los cuales presentan muy pocas esperanzas de prestar no digo asentimiento, pero ni siquiera atención a las suaves exhortaciones del misionero. Son seres, por decirlo así, cerrados a todo sentimiento, a quienes el temor de los castigos no espanta, ni mueve la esperanza de la recompensa. Viven sin preocuparse un ardite de lo que pueda suceder después de la muerte, adheridos a los intereses materiales de la vida que les bastan y que constituye el estrecho horizonte de sus esperanzas y deseos. Si se diese el caso de convertirse uno de estos individuos, no pasaría de ser—salvo la acción de la gracia divina—un cristiano mediano, al que las generosas inspiraciones de la Fe difícilmente podrían impresionarle al grado de elevarle de la tierra.

Ahora bien, felizmente no son así la mayor parte de nuestros convertidos. Seríamos injustos si quisiéramos negar que haya cristianos en los que el sentimiento religioso sea una fibra muerta difícil de hacer revivir, pero podríamos asegurar que los otros, sin comparación muchos más, son de los que creían algo y practicaban la superstición. Y téngase en cuenta que no es que pretendamos exagerar el valor práctico de este argumento; empero es permitido creer con Mgr. Reynaud (2), que la superstición es un elemento más favorable al cristianismo que la indiferencia religiosa.

(1) Mgr. Freppel. *Les Peres Apostoliques*, pág. 117, 4.ª edición, 1885.

(2) Mgr. P. M. Reynaud. *Une autre Chine*, págs. 71-75. Abbeville. C. Paillart, 1897.



IX

PROTESTANTISMO

El poderío del número, de la influencia política y capitales que la secta pone en acción.—Las condiciones en que se mueve el Protestantismo y los resultados de su propaganda, ¿son perjudiciales al Catolicismo? Causas de la esterilidad de la propaganda protestante en China.—La Iglesia católica beneficiada por la propaganda protestante.

El poderío del número, etc.—Habiendo estudiado brevemente las grandes religiones o sectas que más dominan en China, conviene dediquemos también unas páginas al Protestantismo, como secta religiosa dominante hoy en China. El movimiento protestante en China tiene importancia suficiente para que merezca con toda justicia un capítulo aparte en nuestro humilde trabajo.

Para los hombres de buena fe, que no se pagan de palabras solamente, hay en la propaganda protestante un grande hecho a estudiar, un hecho considerable, que hasta cierto punto llena de dolor el corazón católico, pero que puede conducir a útiles reflexiones y proporcionar saludables enseñanzas. Existen en China millares de hombres y de mujeres que se consagran a la propagación de las doctrinas evangélicas (protestantismo), y no hay derecho a negar los resultados que obtienen. Negarlo sería dar un mentís a hechos indiscutibles, lo mismo que fuera absurdo el desechar absolutamente el espíritu de proselitismo, y, si se quiere, a veces, hasta cierta abnegación a las muchas de las sociedades protestantes que trabajan en la evangelización de los infieles chinos; y si como hijos de la Iglesia infalible, depositaria de la Verdad hija del cielo, si como católicos debemos sentir dolor profundo al ver que tan preciosos tesoros se prodigan en servicio de una causa que no es la buena, ello, sin embargo, no debe autorizarnos a combatir a nuestros adversarios sino con armas nobles, con armas leales de equidad y de

justicia. Por consiguiente, no podemos aplicar a las confesiones protestantes en general el *dolce far niente* de los bonzos. Para ganar almas a su causa, las confesiones protestantes se mueven algo en todos sentidos, y diríase que cuentan con medios que *humanamente* no debieran de carecer de eficacia.

Por de pronto, los protestantes tienen a su favor el poderío del número. Una multitud de sectas diferentes reclutadas en diversas naciones de Europa y América se han dividido el Celeste Imperio o República celeste, y, sin contar sus mujeres e hijos, los ministros de la propaganda protestante en más de una provincia de China, son tres veces superiores en número a los misioneros católicos. Añádase a esto una multitud inmensa de asalariados, catequistas, propagadores, médicos, curanderos... que muy bien retribuidos y adheridos a su lucrativo oficio como mecha a candela se encuentran por todas partes. «Los protestantes, dice con razón Mgr. Le Roy (1), sobresalen por su habilidad en disminuir su trabajo personal, multiplicando su acción, sirviéndose de auxiliares indígenas. Pastores, diáconos, evangelistas, institutores... reciben una buena parte de autoridad y responsabilidad que mucho les halaga, y les anima y sostiene en su empresa. Poco importa que de vez en cuando estos neófitos propagadores interpreten erróneamente el dogma y la moral; los errores de doctrina carecen de consecuencias entre los protestantes, a no ser que se acerquen demasiado a la doctrina católica, y si hay errores de conducta y son públicos en demasía, se reemplaza al delincuente y *borrón y cuenta nueva*. Este cuidado, esta facilidad que el protestantismo tiene para servirse del indígena como instrumento de conversión para sus compatriotas, es, no cabe duda, una de sus mayores fuerzas de acción».

Los ministros protestantes tienen también a su favor el nombre de su país de procedencia, es decir, la influencia política. La mayor parte de ellos vienen de Inglaterra, Alemania y Estados Unidos de América, consideradas por los chinos, por supuesto con razón, como grandes, ricas y poderosas naciones. Y esta condición, la de ser ingleses, alemanes o americanos, resulta para ellos un pedestal que les eleva a las miradas del pueblo chino.

El poder atrayente, irresistible, especialmente para el chino, del dinero de los protestantes, es un punto que se impone grandemente a nuestra consideración. Tienen sí necesidad de mucho dinero, pero el caso es que disponen de él en abundancia para su propia familia, para

(1) Mgr. Le Roy, Superior general de los PP. del Espíritu Santo, en su Prefacio al libro *Les Missions Anglicaines del P. Ragey*. París, 1900.

el *confort* de sus magníficas residencias de invierno y verano, pero también para abrir hospitales, escuelas, imprimir inmensa cantidad de biblias y otros libros de propaganda, pagar el personal que se halla a su servicio y sostener en la fe a sus adeptos, muchos de los cuales, los más, vienen a ellos, la experiencia de cada día nos lo dice más, *propter esum* que *propter Jesum*.

Las misiones protestantes son también, a las veces, temibles por su espíritu de proselitismo. Si hemos de ser sinceros, si hemos de escribir por lo que hemos visto, es necesario reconocer que entre ellos hay muchos cuyas intenciones y buena fe diríanse reales, y por su actividad, obtienen resultados apreciables y el sueldo que ganan lo tienen bien ganado. Se esfuerzan en hacerse todo para todos, con generosa resignación al ver fallidas sus dulces esperanzas. Algunos de sus auxiliares indígenas, los menos sin embargo, no están menos animados de ese fuego que, por no ser sagrado, no les impide recular ante el obstáculo, cuando preveen sobre todo que a su alrededor se levanta la mareada; criterio y objetivo infalibles en la actividad de un chino.

Las condiciones en que se mueve el Protestantismo y los resultados de su propaganda, ¿son perjudiciales al Catolicismo?—Siendo las condiciones y los resultados de la propaganda protestante tan diferentes en las diversas provincias de China, suele disputarse entre los misioneros católicos si la existencia de estos elementos reunidos—el poderío del número, la influencia de la nacionalidad, la virtud atrayente del dinero, y el espíritu de proselitismo de los protestantes—es verdaderamente perjudicial a la causa católica en China. Para dilucidar, y aun para resolver esta cuestión, en la evangelización protestante han de tenerse en cuenta dos hechos, a saber: la febril propaganda de las sociedades bíblicas y la actividad individual, o sea la influencia religiosa confesional de sus ministros.

En cuanto a la desenfrenada propaganda de libros y publicaciones diversas que el Protestantismo arroja a manos llenas en China como en otros países, ocurre recordar un pasaje del ilustre conde de Maistre en su undécima de las veladas de San Petersburgo, el cual, leyendo el porvenir con profunda mirada de profeta, y describiendo el maravilloso desarrollo que debía adquirir la propaganda del Cristianismo, nos presenta a la famosa Sociedad Bíblica como un ciego instrumento de la Providencia, trabajando, sin ella advertirlo, por la causa de la verdad católica. «Cuando un rey de Egipto hizo traducir la Biblia en griego, creyó satisfacer o su curiosidad o su antojo o su política; pero los verdaderos israelitas vieron unánimemente, y con extremo desagrado, esta venerable ley arrojada, por decirlo así, a las naciones, y privada del

idioma sagrado que la había transmitido en toda su integridad desde Moisés a Eleazar.

Pero el Cristianismo avanzó mucho más, y los traductores de la Biblia trabajaban para propagar las Santas Escrituras en el idioma universal, de modo que los Apóstoles y sus inmediatos sucesores encontraron ya este trabajo hecho. La versión de los Setenta se dejó oír súbitamente desde todos los púlpitos, y fué traducida en todas las lenguas vivas entonces, que la tomaron por texto.

En el día, aunque bajo diferente forma, sucede una cosa muy semejante. Sé que Roma no puede sufrir a la Sociedad Bíblica, y que la considera como una de las armas más poderosas que se han empleado contra el Cristianismo. Sin embargo, que no se alarme demasiado; y aun cuando la Sociedad Bíblica no supiese lo que hace, no por eso alcanzará mejor suerte en la época futura que la que en otro tiempo alcanzaron los Setenta, en el que ciertamente se dudaba muy poco del Cristianismo y del éxito que debía obtener su traducción. Es esta una nueva efusión del Espíritu Santo, y estando, por otra parte, entre las cosas más razonablemente esperadas, conviene que los predicadores de este nuevo don puedan citar la Santa Escritura a todos los pueblos.

Los Apóstoles no son traductores: tienen otras ocupaciones; pero la Sociedad Bíblica, instrumento ciego de la Providencia, prepara estas diferentes versiones, que los verdaderos enviados explicarán algún día en virtud de una misión legítima (nueva o primitiva, no importa), que *desterrará la duda de la Ciudad de Dios*; y de este modo, los mismos enemigos más terribles de la unidad, trabajan por establecerla (1).

Por lo demás, para el que conoce la indiferencia de los chinos a toda producción literaria moderna, y mucho más si es extranjera y ofrecida gratuitamente; para el que sabe el uso profano y sacrílego, al cual los celestes destinan la mayor parte de esas Biblias de propaganda distribuidas en abundancia por los disidentes, no le parecerá extraña la afirmación de que la lectura de semejantes publicaciones persuade rara vez a una alma pagana, aunque sea honesta, a que se haga cristiana.

¡Y qué contraste entre los misioneros católicos y los propagandistas protestantes! Aquéllos todo lo esperan de la gracia divina y dan en sus obras de apostolado un grande lugar a la virtud sobrenatural. Ahora bien, como la importancia y la duración de las obras está en proporción directa del lugar que en ellas ocupa Dios nuestro Señor, es por eso que

(1) *Las Veladas de San Petersburgo*, por el conde José de Maistre. Nueva traducción al castellano. Velada undécima, págs. 422-23. Madrid. Apostolado de la Prensa, 1912.

Roma, mediante sus misioneros con abnegación para el martirio, está a la cabeza de la civilización y del progreso; es que ella busca ante todo el reino de Dios y de su justicia, y Dios le concede lo demás con superabundancia. Los pobres misioneros católicos encuentran por todas las regiones del mundo a los ricos agentes de las Sociedades Bíblicas; la pobreza de los unos confunde la riqueza de los otros.

No quisiera aplicar a los protestantes de China lo que, hablando de ellos en general, dice Alejandro Dumas: «Estos buenos protestantes recorren el país con la Biblia en una mano y el precio de sus mercancías en la otra, sembrando la palabra evangélica y recogiendo libras esterlinas. Para ellos cada nuevo convertido es un nuevo consumidor, y ellos no offician en el altar del verdadero Dios sin officiar simultáneamente ante el altar del oro» (1). No; estamos dispuestos a ser sinceros y queremos tributar a ciertos agentes de las Sociedades Bíblicas el honor a que se hacen acreedores. Mas, ¿en qué consiste que ellos mismos deploren la asombrosa esterilidad de sus esfuerzos? ¿No consistirá en que con los cargamentos de volúmenes que se les envía de Inglaterra, tan generosa en este punto, llevan a los pueblos paganos un evangelio corrompido, un Cristo disminuído, una moral toda humana y cálculos en los que Dios no ocupa el lugar que le corresponde? ¿No será que olvidan uno de los principales caracteres atribuídos por San Pablo a esa caridad sin la cual la fe que se ha de propagar es puro nombre, *non quaerit quae sua sunt*, no busca el amor de sí mismo?

El misionero católico camina, trabaja y se sacrifica en la indigencia; la pobreza es su gloria; lucha contra las pasiones, reforma las costumbres, no trafica, muere pobre, pero legando a la Iglesia, su tierna Madre, provincias conquistadas. El agente de las Sociedades bíblicas camina en riquezas, y vuelve rico a su país, habiendo recibido el precio de su permanencia en el extranjero, pero vuelve sin dejar a su paso una sola alma alumbrada con la fe, consolada, fortalecida. Por eso es que un misionero protestante escribía así a su jefe: «Cosa sería difícil de probar que los millares de libros arrojados con tanta prodigalidad entre este pueblo, hayan suscitado la duda o la inquietud en el espíritu de un sólo individuo, ni movido una sola alma a buscar un director espiritual entre los protestantes residentes en China, o que, en fin, haya sido motivo para la conversión de un pagano» (2).

Causas de la esterilidad de la propaganda protestante en China.—No obstante las biblias que distribuyen, las escuelas que abren, los hom-

(1) A. Dumas. *Vie de Mgr. Faurie*. París, Lecoffre.

(2) El mismo, en el mismo lugar.

bres que emplean, el dinero que gastan y los esfuerzos personales de los misioneros protestantes, cabe afirmar que no consiguen despertar a las masas y hacer prosélitos convencidos. Si se defalcan de entre el número de sus adeptos los que viven del salario, los buhoneros de libros, los maestros de escuela, los predicadores laicos, los domésticos y otros empleados; si además se borran del número de los neófitos aquellos cuya fe es alimentada por socorros de vida y que hallan interés en practicar esa religión; si se arrojan a la calle los que sirven a los señores, el uno el templo, al que se llegan los domingos para no perder la ración diaria de arroz o de mijo; el otro su familia, en cuyo seno se permiten toda suerte de prácticas supersticiosas, ¡qué vacío se haría alrededor de los ministros! ¡qué reducido y mermado quedaría el número! así y todo bien escaso, de los fieles sinceros y convencidos!

Y es que los chinos son demasiado positivistas y tienen el sentido común suficientemente desarrollado para abrazar a la ligera un dogma tan vago y fluctuante, que se dirige, al parecer, a calentar el corazón, pero sin esclarecer la inteligencia, y cuyos límites doctrinales son arbitrarios e indeterminados. Perspicaz hasta la sutileza, aunque otra cosa se crea en Europa, el chino distingue, al primer golpe de vista sobre un individuo, ciertas irregularidades que a nosotros se nos escaparían por largo tiempo. Ahora bien; la incoherencia de la doctrina protestante y las contradicciones de las enseñanzas de sus maestros, no tienen necesidad de una tal fuerza de observación para atraerse las miradas. Por lo demás, todo en ellos es de naturaleza a causar extrañeza en los chinos: la vaguedad de la doctrina, la falta de ritos exteriores y de plegarias, la tolerancia para prácticas que los mismos chinos sensatos y decentes tienen por inmorales, tales como la poligamia, el uso del opio, y, sobre todo, la falta de unidad y de armonía entre las diversas sectas que pululan por el país.

Y no lo digo yo, que los mismos pastores se quejan de esto. Por el mes de Mayo de 1907, las sociedades protestantes de China tuvieron un congreso en Shanghai para conmemorar el centenario de sus misiones en el país. En dicho congreso se querían celebrar los progresos de un siglo y habían de señalarse los medios a emplear para ulteriores conquistas y triunfos. Dijéronse buenas cosas, y *haciéndoles justicia*, hemos de decir que tuvieron acres recriminaciones contra los misioneros católicos. Se deseaba imprimir un poco de uniformidad en la acción de las diversas confesiones sectarias, disminuir el escándalo de las divisiones, que a un veterano de las misiones protestantes, después de haber enumerado las sectas que se codeaban en una sola ciudad china, arrancaba estas dolorosas frases: ¡qué escándalo para un chino reflexivo! ¡y hay

muchas ciudades tan divididas como esta! ¿qué tiene de extraño si ellos, los chinos, nos dicen: comenzad por entenderos y os escucharemos enseguida? Y el Rvdo. Villiamson repetía: «¡qué despilfarro de fuerzas! ¡cuanto más se nos conoce menos se nos quiere!» (1). La *unidad* fué la pesadilla y la razón de ser de la última conferencia de esta asamblea. Todos la deseaban, y el comité organizador la había puesto en su programa. Los presbiterianos habían declarado: No se trata de exaltar una denominación con perjuicio de las otras, ni de perpetuar aquí las divisiones que entre nosotros existen en Occidente. *Unum in Christo*, era la divisa que se leía sobre la silla presidencial del congreso. Y refiriéndose sin duda, a esa divisa, el Rvdo. Arturo Smitt decía en la sesión de apertura: Pluguiese a Dios que en 1907 podamos realizar la unidad que reinaba en 1807. Y era que en 1807 la unidad se hacía fácil puesto que la iglesia protestante en China se reducía sólo al Dr. Morrison; lo difícil, lo impracticable entre los protestantes, es lo otro: la unidad tal y como existe entre los misioneros católicos (2).

Otra de las causas importantes, que no puedo menos de citar, y que contribuye grandemente al poco resultado de la acción protestante en China, es la falta de celibato en los ministros. Los paganos chinos, tal vez porque como paganos son ellos inmorales, han tenido siempre en grande honor la virginidad, y no conciben que personas ligadas con los lazos del matrimonio, puedan ser ministros de una religión. El celibato es para los orientales el carácter esencial de los ministros de un culto religioso, y el título más apto para ganarse consideraciones y respeto. Véase por qué el celibato de los misioneros católicos es la mejor recomendación del catolicismo en el Oriente. Y como los pastores protestantes, además de su indispensable Biblia, van siempre acompañados de esa otra biblia de carne y hueso, más indispensable todavía para ellos, la mujer y los hijos, la vida de familia les aísla, les divide, les debilita, les absorbe, y sobre todo, les arrastra a querer vivir con las comodidades que tendrían en su propia patria. Les es indispensable el *confort*, que no pueden hallar en los lugares pequeños; de ahí que busquen siempre las ciudades más importantes, residencias cómodas, ordinariamente mejor amuebladas que sus templos, lo cual no deja de causar admiración en los chinos. Quieren casas de campo para el verano, lo que trae consigo la interrupción en los oficios divinos, las vacaciones religiosas con el cierre de los templos, de tal época a tal otra, con muy poca edificación de sus fieles. Deben tener sus paseos de familia en barca,

(1) Rvdo. Villiamson. *The chinese Times*. Tien-tsin, 29 de Septiembre de 1888.

(2) Études. 5 Enero de 1909. *Bullettin des Missions*, págs. 135-136 y siguientes.

en sillas de mano, y, sobre todo, y lo que es peor, a pie y *de bracete*, con no poco escándalo de los paganos, toda vez que esta intimidad pública entre el hombre y la mujer, aunque sean esposos y de suyo nada tenga de reprehensible, es contra las costumbres chinas.

Mucho habría que decir aún acerca de otras causas que son un grande obstáculo para que los protestantes hagan verdaderos prosélitos, a saber: el sistema que emplean, el método que siguen para propagar sus ideas. Porque, por ejemplo, no cabe duda que los protestantes, por querer abarcar demasiado, hacen a su religión demasiado *vulgar*. Por medio de sus auxiliares propagadores, predicán por todas partes, en las plazas públicas, en los feriales... ofreciendo biblias a todo bicho viviente, y hasta llegan al caso de gritar a los curiosos que se les acercan: «el cielo por cuatro sapecas» (una sapeca equivale próximamente a un tercio de céntimo español), y fácilmente se comprende cuanto la religión pierde con esto, cuando los mismos chinos tienen un refrán que dice: «las buenas mercancías no se venden a bajo precio». La intención de los ministros podrá ser muy buena, lo concedo sin dificultad y de buen grado, pero por este medio la religión pierde mucho de la estima y aprecio que se merece. La experiencia de cada día nos lo enseña.

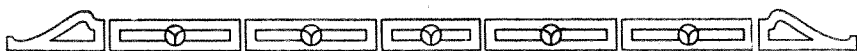
La malquerencia, el odio contra la religión católica es otro obstáculo a la propagación de sus doctrinas. Porque la mala impresión que sus calumnias hacen en los paganos sensatos, tienen sus efectos, que generalmente recaen en ellos, pues a la larga los idólatras dan la razón a nuestro prudente silencio, que es nuestra respuesta ordinaria. Nosotros, ordinariamente, damos la llamada por respuesta, dejamos que ellos mismos se caigan, y, en efecto, caen y se hieren. No pocos misioneros protestantes, en vez de acreditar con su proceder y conducta la doctrina que enseñan, la desacreditan con su intemperancia e inmoderación de la lengua contra los católicos. Los chinos, lejos de ser tontos, son perspicaces y listos, y comprenden que una religión desgastada por la discordia, predicada por ministros de tan poco tacto y prudencia, no puede ser sino mala y absurda.

No es mi intento, Dios me libre, hacer en estas *observaciones y notas*, un requisitorio de la obra de los protestantes. No trato de lanzar acusaciones sobre ellos, sólo si algunas observaciones a la larga, sin citar nombres ni lugares, y sobre todo, sin torcer la intención de las personas que, en algunos casos, puede ser, y creo es en efecto, buena y laudable.

La Iglesia católica beneficiada por la propaganda protestante.—Verdad es que, en vista de la duda y contradicción que los protestantes van sembrando por todas partes, y del odio que sienten hacia el Catolicismo,

hemos oído decir alguna vez a los chinos: «puesto que los europeos ellos mismos están en desacuerdo, diciendo católicos y protestantes que su respectiva religión es la verdadera, mejor es quedarnos con lo nuestro, con nuestros espíritus, con nuestros ídolos». Pero, por lo demás, las calumnias de los ministros de la herejía no sólo no producen efecto alguno serio, ni impiden alguna sincera conversión, sino que, al contrario, en muchos casos han dado resultados favorables, inspirando a sus oyentes reflexivos, el deseo de la comparación, mediante atento examen, después del cual se han venido a nosotros. Pudiera traer aquí ejemplos a granel, citando nombres de familias enteras convertidas del Protestantismo a nuestra divina Religión, y de las que varias he tenido la satisfacción de bautizar, previa abjuración de sus errores.

Por otra parte, los esfuerzos de los protestantes arrancan alguna vez las almas de las tinieblas del paganismo, a las cuales los misioneros católicos pueden luego, sin mucha dificultad, atraer a la Religión católica. Pocos serán los misioneros católicos en China que no puedan narrar algunos hechos de esta naturaleza, y mi libro de bautizados de Yenanfu podría dar buen testimonio de ello. La Iglesia católica se beneficia no poco de las conquistas de la mal llamada *Reforma* sobre la idolatría. Los pastores abren el camino y preparan la cosecha para que los misioneros católicos la recojan a su tiempo. A veces basta presentarse, por experiencia lo digo, para que sus adeptos, que lo sean de buena fe, que no les retenga a la herejía interés alguno particular, vengán a cobijarse bajo el árbol santo de la Cruz.



X

CATOLICISMO

**Tanteo acerca de las conversiones de los chinos al Catolicismo.—
Contraste con las conversiones del Imperio Romano.—¿Qué pensar de la conversión en masa de toda la China al Catolicismo?
Recuerdo consolador.**

Todo misionero, animado del espíritu de Jesucristo, experimenta en China los sentimientos de agonía interior y desconsuelo inexplicable que sentía San Pablo, a la vista de las manifestaciones del paganismo helénico en las calles de Atenas: *incitabatur spiritus ejus in ipso, videns idolatriae deditam civitatem* (1). Ved, gime el misionero, estos millones y millones de hombres que, después de centenares de siglos, la muerte va segando cada día en el extremo Oriente, antes que hayan tan sólo deletreado la primera letra del Santo Evangelio. ¿Qué hacemos nosotros? ¡Sin duda son parte del género humano, son almas que se pierden en la obscuridad, en el error! No, el universo no es cristiano; no lo ha sido nunca. Porque, ¿qué significan doscientos millones de católicos para ochocientos millones de infieles que hay por convertir?

Ante tal consideración, su corazón se inflama y piensa en los medios que puede poner a contribución para cooperar a la difusión de la Fe Católica (2). Para entusiasmar a las masas paganas de la inmensa China, y tentar la introducción de nuestra santa Fe en regiones aún inexploradas por los heraldos de la buena nueva, ¿cuáles son los medios a emplear? El misionero confiará únicamente en la virtud redentora de la oración y del sacrificio de sí mismo, en la virtud vivificadora de la palabra divina?: *virus est enim sermo Dei, et efficax, et penetrabilior omni*

(1) Acta Apost., cap. xvii, 16.

(2) Acerca de esta sugestiva materia—medios que habría que poner a contribución para la difusión de la Fe católica en China—tenemos en preparación un pequeño trabajo, en el que tratamos de ordenar nuestras «Notas y observaciones de la vida misionera en China».

gladio ancipiti: et pertingens usque ad divisionem animae ac spiritus, compagum quoque ac medullarum, et discretor cogitationum et intentionum cordis. Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más penetrante que toda espada de dos filos: y que alcanza hasta la división del alma y del espíritu, y aun de las coyunturas y de los tuétanos, y que discierne los pensamientos e intenciones del corazón (1).

Y es aquí que los jóvenes misioneros, que llenos de entusiasmo y de noble ardoroso fuego, vienen de Europa profundamente convencidos de los beneficios reportados por el Cristianismo a la doliente humanidad, y considerando a justo título la falta de religión como el mayor de los males que puede haber en el mundo, se persuaden fácilmente que la sólo manifestación de las verdades de la Fe, debe necesariamente arrastrar a los desgraciados infieles, felices al recibir la clara luz para salir de sus tinieblas, y al verse libres de lo que la Sagrada Escritura llama *umbrae mortis*: sombras de la muerte. Pensar así es la manía de los que nunca han puesto pie en países de infieles, de juzgar *a priori* desde las celdas de los seminarios o conventos de Europa sobre cosas que no tienen la competencia ni la misión de discutir. Hablo por experiencia, y triste experiencia tal vez. El pueblo chino, en general, está lejos de poseer esa sed de la verdad cristiana y esa disposición intelectual y religiosa por el Cristianismo que muchos le atribuyen.

Si nos remontamos a los orígenes del Cristianismo, podremos observar el contraste profundo que separa las conversiones chinas a la fe católica de la mayor parte de las conversiones de la Iglesia primitiva. En las conversiones de ésta, los espíritus y los corazones respondían a los recursos providenciales dispuestos para ayudar al triunfo admirable del Cristianismo. Después de siglos de guerras, revoluciones y luchas interiores, el *pueblo-rey* había cesado de aprestarse para los combates. Satisfecho de haber sometido el mundo conocido, se puso en las manos de Augusto. El nombre de Roma, que hacía tiempo no despertaba sino la idea de sangrientas conquistas, vino a ser el signo de la concordia. Del Atlántico a las Indias, del corazón del Africa a las riberas de la Gran Bretaña, no se sentía ya el estrépito de las armas; hasta los bandidos dejaron de infestar los caminos y los piratas desaparecieron de los mares; y en medio de este silencio del mundo, la paz romana, *inmensa Romanae pacis majestas*, que dice Plinio, se estableció. Esta apacible calma era favorable a la predicación del Evangelio. Y a los espíritus, libres de inquietudes y cuidados, proporcionaba la comodidad de escuchar y meditar la palabra de salvación.

(1) San Pablo. Ad Hebreos, cap. iv, 12.

Los pueblos, acantonados hasta entonces, se aproximaron tanto, que llegaron a constituir un cuerpo; las relaciones comerciales y sociales fueron más frecuentes; una lengua común, la griega, se hablaba en todo el imperio; las leyes y constituciones particulares de cada estado se conformaban poco a poco a las de la capital; las religiones nacionales libres como eran y diversas, tenían un punto común, el culto de Roma y de César, o por lo menos los sacrificios ofrecidos por ellos. Así, de pueblo en pueblo, se comunicó la esperanza, el deseo natural de un bien más sólido que el de los goces presentes. Y habiéndose roto toda barrera entre los pueblos, Roma hacía oír de un punto a otro del mundo, y, de este modo, la verdad cristiana, que allí había sido anunciada, resonó por todo el universo conocido. Los apóstoles de Cristo han reconocido que debían a los romanos las facilidades en el cumplimiento de su misión. «Gracias a ellos, decía San Ireneo, recorreremos sin peligros todos los caminos, y sus naves nos llevan a donde deseamos ir» (1).

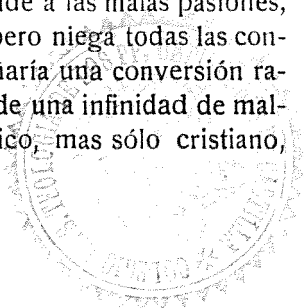
Hasta la filosofía cooperaba a la unión de los espíritus, sujetando la sabiduría a ciertas reglas del deber. Las ideas morales, así reguladas, pasaron de la escuelas al teatro, a la oratoria, a la poesía. Que sólo los pensadores penetrasen su verdadero sentido, puede concederse, mas la multitud los repetía, se habituaba a ese lenguaje, y, a la larga, entreveía algunos resplandores de verdad. El Cristianismo, entretanto, se revelaba como salvación para las almas bien dispuestas. Su misión universal le colocaba muy por encima de las religiones que dividían el mundo, las que se manifestaban ya como insuficientes. Por su «adoración en espíritu y en verdad», dominaba sobre los cultos materialistas y echaba por tierra su ascendiente; pero al mismo tiempo, bastante fecundo para vivificarlo todo, retuvo de las prácticas de ellos lo que convenía para la expresión de sus sublimes creencias. Se apropió asimismo las formas administrativas de la Roma pagana, aceptó las costumbres públicas y privadas que no estaban en contradicción con sus invariables enseñanzas, y abrazó, en fin, al mundo para regenerarlo.

Una fe que venía a colmar los votos de todos se apoderó de los corazones, y por los corazones obtuvo el más colosal de los triunfos. Los miserables, que tanto abundaban por entonces, se hallaban ávidos de un consuelo, y la vida cristiana tuvo para ellos un vivo atractivo; ella realizaba el ensueño de los filósofos, *la ciudad* donde reinara una caridad sin límites, sin aceptación de personas, la equidad entre los derechos y los deberes de todos; venía, en fin, a borrar las odiosas preocupaciones contra el esclavo y la mujer. Y así vemos que, no obstante que

(1) San Ireneo, IV, 30, 3.

en el seno del Cristianismo había una porción de sublimidades con las cuales choca la pequeñez y pravedad de los entendimientos y de los corazones de sus enemigos...; una moral que de continuo hace la guerra a las pasiones; unos misterios que por su grandeza sobrepujan los alcances de la mente del hombre; unas verdades que están fuera de los círculos de los sentidos; unas esperanzas cuyas realizaciones se guardan para cuando se haya perdido esta vida que tanto amamos, cosas que por su misma elevación predisponen en contra la protervia, mezquindad y ceguera de la naturaleza humana, degradada por su primer pecado, no obstante, digo, el mundo se transforma. De idólatra que era el universo, se hace adorador y discípulo del Salvador, que le impone nuevas leyes, y por medio de su moral sublime, al hombre, que antes era fango y corrupción, eleva en santidad hasta un grado muy próximo a la pureza y excelsitud angélica.

Ahora bien, ¿bajo qué aspecto se presenta la situación actual de los espíritus chinos desde el punto de vista de su conversión al Catolicismo? Diríase que nuestros dogmas, nuestra doctrina los encuentran, y después de hablarles al oído con insistencia, los dejan sumidos en la indiferencia y en la incredulidad. La virtud y el heroísmo de los mártires cristianos no tienen para ellos fuerza suficiente para impresionarles y conmover sus corazones; hasta los milagros apostólicos, si se renovaran en China, perderían mucho de su virtud demostrativa a los ojos fanáticos de los clientes del Taoísmo hechicero. Es increíble lo que cuesta hacerse escuchar de los paganos chinos, aun de los más honestos y morigerados en sus costumbres. A veces se encuentran paganos que escuchan con gusto, e ingenuamente confiesan que el Padre tiene razón. «Verdaderamente nosotros estamos fuera del deber, dicen, y dignos somos de la grande excomunión». Pero estas confesiones no aseguran su conversión. Esta resistencia práctica de los chinos a las verdades las más evidentes, sugería a un misionero las reflexiones siguientes: «Es raro en China más que en ninguna otra parte, hallar un deseo sincero de aceptar como principio de conducta una verdad reconocida por la inteligencia. Así, por ejemplo, una vez admitida la existencia de Dios creador y remunerador, parece que nada tan lógico como la necesidad de servir fiel y amorosamente a ese soberano Señor. Esta consecuencia salta a los ojos; pero ¡qué difícil es hacerla penetrar en el corazón! A poco que un espíritu orgulloso y razonador ayude a las malas pasiones, el hombre conviene en admitir los principios, pero niega todas las consecuencias, comenzando por aquella que entrañaría una conversión radical de ideas y de costumbres, con la ruptura de una infinidad de malos lazos. Tomad en un centro, no diré católico, mas sólo cristiano,



v. g., en un país protestante, el pecador más endurecido; yo dudo que sea tan difícil el atraerle, como fuera el atraer al infiel chino más honesto y de mejores costumbres» (1).

Hechas estas observaciones sobre el estado de los espíritus en China, veamos la conducta que los misioneros católicos siguen para la conversión de los paganos. Un atento estudio y una experiencia constante de su orgullo nacional, y del profundo materialismo que les hace insensibles e inaccesibles a toda elevación de ideas y a toda nobleza de sentimientos, al mismo tiempo que representa a sus ojos como un misterio incomprensible la labor desinteresada del misionero; todo esto convencerá bien pronto al obrero apostólico de una verdad deplorable, a saber: que «el chino para abrazar la Religión católica debe, generalmente, estar movido por un interés natural cualquiera; porque creer que sea movido únicamente por motivos sobrenaturales, sería un error en el cual no caerá misionero alguno, por poco que conozca el carácter de los habitantes de esta nación» (2).

He ahí por qué, sean como quieran nuestros discursos catequísticos, nuestras correrías apostólicas, la misteriosa acción de la gracia divina queda a salvo al ver cómo Dios nuestro Señor ayuda para ganar almas, para traernos El mismo los catecúmenos. No son nuestros buenos sermones los que convierten a los catecúmenos, no son las predicaciones al aire libre, en las plazas públicas, en los feriales, doquiera hay concurso de gentes, donde se hacen los cristianos. Nuestros mejores catecúmenos son los que vienen por relaciones de amistad o parentesco. La mayor parte, y también la más sana de nuestros catecúmenos, son atraídos por gentes, al parecer, sin ilustración ni elocuencia. Diríase que Dios se burla de la habilidad de los hombres, y se goza en servirse de instrumentos algo así como los menos propios para una obra tan colosal. En general, el trabajo del misionero consiste en dirigir a los catequistas, como un capitán su compañía de soldados, reunir sus neófitos y vigilar a su formación; pero la mayor parte de las conversiones se verifican sin una intervención directa del misionero. No cabe duda que nuestras predicaciones, nuestras correrías apostólicas, nuestras conferencias públicas y en las escuelas paganas, producen siempre una muy saludable impresión, destruyen erróneos prejuicios que existen contra nuestra Religión, tenida por extranjera, pero, frecuentemente, Dios parece dejar nuestros esfuerzos sin visible resultado. El misionero ha

(1) P. Brouillon. *Memoire sur l'état actuel de la Mission du Kiang-nan*. Paris, Julien Lamier et C., 1855.

(2) P. Emile Becker: *Le R. P. Joseph Gounet. Un demi-siècle d'apostolat en Chine*, pág. 315. Ho-kien-fu, 1907.

predicado hasta quedarse acatarrado, el catequista que le acompaña está satisfechísimo de la jornada apostólica del Padre, la multitud pagana parece hallarse conmovida... se esperan catecúmenos... ni siquiera uno se presenta. *Quidam quidem irrident, quidam vero dicunt: Audiemus te de hoc iterum* (1). Diríase que la gracia divina es celosa de sus operaciones.

Pero qué, ¿a la vista de la esterilidad de su palabra, de su celo, de su actividad, se verá obligado el misionero a plegar velas y a retirarse de un país tan poco dispuesto a la verdad evangélica, sacudiendo de sus pies el polvo y repitiendo el *Vae tibi Corozain; vae tibi Bethsaida*, del Salvador? (2). No; porque si no hubiese habido misioneros, no habría hoy un sólo católico en China. No hay que desanimarse, porque repitiendo la humilde exclamación del santo Evangelio: *servi inutiles sumus*, y con el amor y la confianza en Dios, mucho puede hacerse y mucho se hace en realidad en bien de las almas.

Y, ¿qué pensar de la conversión en masa de toda la China al Catolicismo? *Non est nostrum nosse tempora quae possuit Deus in sua potestate*. Estas palabras deben inspirarnos una gran confianza en Dios, que ha comenzado esta obra prodigiosa de la conversión de la China. El la acabará en el tiempo conveniente. Vivamos sin inquietud sobre este particular, felices de haber sido llamados al grande honor de trabajar en esta obra, y a poner los cimientos de un edificio que nosotros ni veamos, tal vez, sobresalir de la tierra. Siempre habrá mucho que hacer, pero habrá también siempre mucho ya hecho; por lo menos tendremos terreno y situaciones conquistados, jalones, normas establecidas y trabajos indicados a los que nos han de suceder.

Será necesario todavía mucho tiempo, grandes esfuerzos, no pocas vidas de ilustres misioneros para llegar a la realización de nuestro ideal, a saber: hacer de la inmensa China una sociedad, una familia sólidamente cristiana. Mas el católico no puede dudar cuando se trata de la Iglesia, ni el misionero cuando es cuestión de la propagación de la Fe. Nuestro apostolado, en efecto, tiene promesas que son una garantía para el porvenir: la garantía de la experiencia de veinte siglos. La Iglesia católica no retrocede, no cede jamás; la victoria siempre es segura; es cuestión de tiempo no más. Nosotros no trabajamos sólo; la fuerza en la cual confiamos no es la nuestra propia. El pobre trabajo del misionero no es más que el instrumento de una fuerza superior que le previene y le sigue, y los frutos obtenidos no los puede atribuir a su vir-

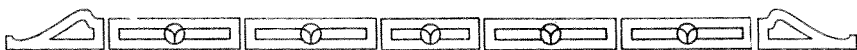
(1) Act. Apost., cap. XVII, 32.

(2) San Mateo, X y XI.

tud, que no guardan proporción alguna con el poder del hombre. Esta fuerza es la *gracia*, es la virtud de Dios, en frase de San Pablo, para la salvación de los que creen.

Sí, la Iglesia de Dios es bella en todas partes, en todas las edades, y en todas sus manifestaciones; pero ella es aún más admirable aquí, en China, en su infancia amable y santa, creciendo en medio de una sociedad pagana, verdaderamente cual lirio entre espinas. Trabajemos y oremos y suframos incomodidades sin cuento, para que Dios nuestro Señor apresure nuestras conquistas, para que la santa Fe eche raíces en todas las almas, y que nuestros cristianos de China salgan por fin de su niñez, de su infancia, y lleguen a plena virilidad, que es el esplendor de la Iglesia de Cristo: *Donec occurramus omnes in unitatem fidei, in virum perfectum, in mensuram aetatis plenitudinis Christi, qui adimpletur omnia in omnibus*. Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe... a varón perfecto, según la medida de la edad cumplida de Cristo (1).

(1) San Pablo, a los de Efeso, cap. IV, 13.



PARRAFO FINAL

¡Salve, Misioneros de China, salve!

Espectáculo sorprendente y consolador el de los progresos admirables realizados en estos últimos años por la Iglesia católica en la evangelización del inmenso imperio chino. Sin duda que si consideramos la extensión ilimitada del campo de acción que se ofrece al celo de los apóstoles de la Verdad, y la innumerable multitud de almas que hasta el día permanecen rebeldes a la luz bienhechora de la Fe, insensibles al calor vivificante de la caridad cristiana, podría dudarse que la Iglesia haya obtenido en China un resultado medianamente serio; diríase que apenas si se ha abierto el primer surco, apenas si ha pasado el arado sobre esta tierra desierta y baldía, *terra deserta et invia et inaquosa*, que no es otra cosa la China desde el punto de vista del Evangelio de Cristo; de suerte que después de siglos tantos de laborioso y continuo apostolado, sostenido incesantemente por el triple sacrificio de la oración, de la sangre y del oro, la conversión total de la China es un problema en gran manera incierto y desconsolador.

Pero miremos las cosas con los ojos de la Fe, y contemplemos entusiasmados progresos admirables. Un imponente ejército de convertidos de toda edad, condición y sexo, así como una majestuosa florescencia de obras de caridad y de beneficencia de toda clase: escuelas primarias, secundarias y superiores; seminarios, congregaciones religiosas de hombres y de mujeres; asilos, orfanatos, hospitales, clínicas, leproserías, hospicios; salas de conferencias catequísticas, iglesias, oratorios, y creaciones e instituciones de todo género, que constituyen algo así como una florida primavera, hermoso arco iris, y aurora que se abre camino entre las densas tinieblas acumuladas por espacio de tantos siglos

sobre la desgraciada China. Es una primavera que hace prever el triunfo definitivo de la causa cristiana, dulce esperanza que temple las tristezas y los sufrimientos de vosotros, heroicos ministros, sucesores del Salvador. El cielo chino, es verdad, no se encuentra del todo sereno, negros nubarrones le cubren todavía; la Iglesia del celeste imperio encuéntrase aún en su nacimiento, hállese, por decirlo así, envuelto en pañales, pero al mismo tiempo, ¡cómo alegra el corazón verle salir del baño de su primera generación, el bautismo de sangre! Y llegará, no lo dudamos, a esa virilidad de la edad madura, a esa plenitud de la perfección en que las virtudes austeras y heroicas la inunden en un segundo baño, el de la penitencia voluntaria.

Si la Iglesia no se ha asentado todavía en China, sois vosotros, apóstoles de Jesucristo, misioneros santos, las «piedras vivas destinadas a la fábrica de su templo inmortal que Dios prepara en la tierra para la inmortalidad de su gloria», y a la cual la Iglesia de China ha de contribuir en gran manera; «templo augusto del que cada una de las almas santas debe formar parte, desde los profetas y los apóstoles, que son su fundamento, y los mártires, que son sus víctimas, y las vírgenes, que son su flor que no se marchita, y los confesores, que constituyen su decoración imborrable, hasta los santos más desconocidos, que brillarán cada cual en su esfera por la variedad de sus méritos; templo siempre en creciente progreso, que va alzándose cada día a la plenitud de su perfección, y cuya dedicación se celebrará el día en que Jesús presente a su Padre su Iglesia pura y sin la menor mancha para no separársele jamás: *Omnis aedificatio constructa (in Christo Jesu) crescit in templum sanctum in Domino.* (Efesios, II, 21-22).

Tal es, compañeros míos de apostolado, la tarea sublime de vuestro apostólico celo. En presencia del cuadro que nos ofrece la situación actual de la Iglesia en China, triste como las realidades de la tierra, pero sonriente de esperanza como las del cielo, yo recuerdo la visión de San Juan en su Apocalipsis, cuando aparece el caballero negro llevando en sus manos la balanza fatídica, figura de los pueblos sumidos en las sombras oscuras de la muerte, y figura especialmente de esa inmensa multitud de idólatras chinos, acerca de los cuales nos preguntamos instintivamente si la hora del triunfo tardará aún, si no llegará pronto para ellos la hora de la justicia que determine la parte que han de tomar en el gran banquete de la Verdad. Pero recuerdo también que en la misma visión del Profeta se ve venir otro caballero blanco, que en la cabeza lleva resplandeciente corona, y en sus brillantes armas esta divisa: *Exiit vincens ut vinceret!* He ahí el vencedor que sale para nuevas empresas y triunfos nuevos. Ese caballero blanco, de resplandeciente

corona, de armas brillantes, vencedoras y triunfantes, vosotros sois, Sacerdotes católicos, Misioneros santos.

En vano se os acusa de ser los hombres de ayer, cuando sois, por el contrario, los hombres del porvenir. Vosotros ofrecéis la Víctima inmaculada en esa inhospitalaria China con vuestros hábitos blancos, y vuestra alma más blanca aún. Vosotros camináis triunfantes, de trabajo en trabajo, de mérito en mérito, de victoria en victoria. ¡Misioneros de China, desde mi Patria, que para mí es un destierro, yo os admiro, yo os envidio, yo anhelo con vosotros vivir y en vuestros brazos morir en el campo de acción!

¡Salve, Misioneros de China, Salve!

Fórua (Vizcaya), Fiesta de la Epifanía del Señor de 1919.



IMPRIMI POTEST:

Zarauz, die 1 Martii 1921.

Fr. Nicolaus Vicuña,
M. Provincialis.

Vitoriae, 20 Nov. 1921.

NIHIL OBSTAT:

Fr. Marcellus a P. Jesu,
Carmel. Disc.
Censor Eccles.

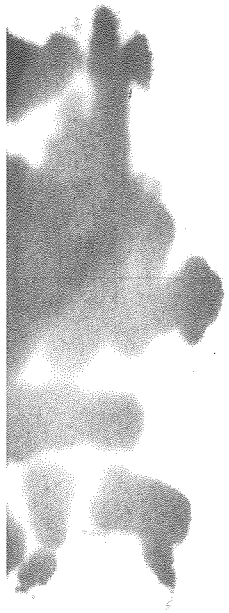
IMPRIMATUR:

Vitoriae, 21 Novembris, 1921.

Vicarius generalis

Dr. Joseph Leontius O. de Zárate.

Hay dos sellos que dicen: «Cantabriae Provincia Seraphica». «Obispado de Vitoria».



INDICE

	Págs.
A guisa de Prólogo	5
Preliminar	11
I.—TAOISMO.—Lao tse.—Su Tao-Tei-Kin.—Filosofía dogmática de este libro. Filosofía moral del mismo.—Resumen.....	13
II.—Amalgama doctrinal del Taoismo.—El Taoismo en la práctica.—Leyendas taoístas.—Consecuencias que se derivan al efecto de la predicación evangélica.....	21
III.—CONFUCIANISMO.—Confucio.—Teoría o principios del Confucianismo.—El Confucianismo en la práctica.—La piedad filial.—Un caso de conciencia.	27
IV.—Retroceso y evolución del Confucianismo en nuestros días.—Libertad de cultos ficticia.—Los cristianos chinos y las carreras del Estado.....	39
V.—BUDISMO.—Lo que significa la palabra «Buda».—Introducción del Budismo en China.—Vicisitudes que el Budismo ha sufrido en China.....	46
VI.—El Budismo en teoría.—Nirvana.—Breve respuesta a una objeción.—El Budismo en la práctica.—Monjes budistas.—Corolario	59
VII.—RELIGIÓN POPULAR DE LOS CHINOS.—Elementos componentes de la misma.—Supersticiones chinas.—Manifestaciones principales de las supersticiones chinas.—El Dragón.—El Fong-sui.—La Adivinación.....	73
VIII.—Consecuencias de las supersticiones chinas.—La superstición, obstáculo a la civilización.—La superstición, obstáculo al Cristianismo.—Su parte favorable a la propagación de la Fe	83
IX.—PROTESTANTISMO.—El poderío del número, de la influencia política y capitales que la secta pone en acción.—Las condiciones en que se mueve el Protestantismo y los resultados de su propaganda, ¿son perjudiciales al Catolicismo?—Causas de la esterilidad de la propaganda protestante en China.—La Iglesia católica beneficiada por la propaganda protestante.....	89
X.—CATOLICISMO.—Tanteo acerca de las conversiones de los chinos al Catolicismo.—Contraste con las conversiones del Imperio Romano.—¿Qué pensar de la conversión en masa de toda la China al Catolicismo?—Recuerdo consolador	98
Párrafo final.—¡Salve, Misioneros de China, salve!	105



